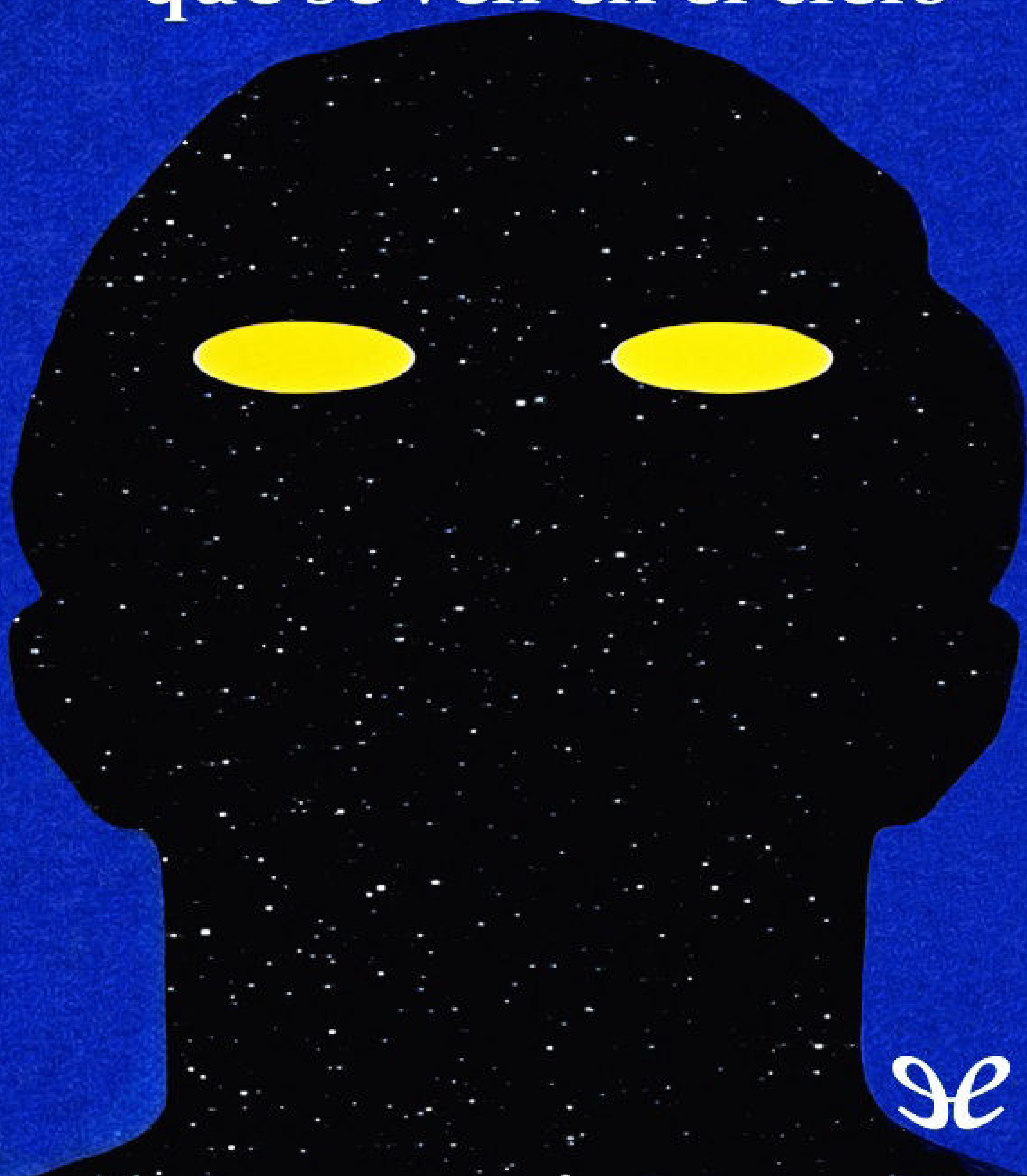
C. G. JUNG

Sobre cosas que se ven en el cielo



Sobre cosas que se ven en el cielo, una de las últimas obras de Jung, es un estudio del rumor visionario sobre los ovnis. «Atendiendo a su forma, características y antecedentes en relación con los símbolos oníricos y artísticos, Jung plantea que los ovnis son un símbolo de totalidad que avisa del peligro de la masificación para la vida del individuo, volcado hacia el exterior e incapaz de comprender su interior. Como en muchas otras ocasiones, se malentendió a Jung hasta hacerle un profeta de los ovnis».



Carl Gustav Jung

Sobre cosas que se ven en el cielo

ePub r1.0
Titivillus 04.11.16

Título original: *Ein moderner Mythus. Von Dinger, die am Himmel gesehen werde*
Carl Gustav Jung, 1958
Traducción: Alberto Luis Bixio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Al arquitecto Walter Niebus, en agradecimiento por haberme impulsado a escribir este librito.

CONTENIDO

PREFACIO

Es difícil estimar correctamente el alcance de acontecimientos contemporáneos, y grande el peligro de que el juicio se quede en el plano subjetivo. De suerte que si me dispongo a exponer a quienes quieran leerme pacientemente la opinión que tengo sobre ciertos hechos contemporáneos que me parecen significativos, lo hago con plena conciencia de los riesgos que corro. Trátase de esas noticias que nos llegan desde todos los rincones de la tierra, de esos rumores sobre cuerpos redondos que recorren tanto nuestra atmósfera como nuestra estratósfera y que se llaman "saucers", "platos", "soucoupes", "discos" y "ufos" (*Unidentified Flying Objects*[1]). El caso es que estos rumores y la existencia física de tales cuerpos me parecen tan significativos que me siento obligado —lo mismo que ya otra vez, cuando se preparaban los hechos que habrían de dejar su marca en Europa— a lanzar una voz de advertencia. Verdad es que sé, como en aquella ocasión, que mi voz es demasiado débil para que llegue a oídos de los más. No es ni presunción ni arrogancia lo que me mueve; es mi conciencia de médico la que me aconseja cumplir mi deber de advertir a los menos de quienes puedo hacerme oír, que a la humanidad le esperan hechos tales que corresponden al fin de una era. Como ya sabemos por la historia del antiguo Egipto existen fenómenos de transformación psíquica que siempre se manifiestan al término de un mes platónico y al comienzo del siguiente. Según parece, trátase de cambios producidos en la constelación de los elementos dominantes psíquicos, de los arquetipos, de los "dioses", que provocan o acompañan transformaciones seculares de la psique colectiva. Esta transformación comenzó a darse dentro de la tradición histórica y dejó sus huellas, primero en el paso de la edad de Tauro a la edad de Aries, luego en el paso de la edad de Aries a la de Piscis, cuyo comienzo coincide con el nacimiento del cristianismo. Ahora nos aproximamos al gran cambio que es lícito esperar se produzca con la aparición del punto equinoccial de primavera en el Acuario. Sería insensato de mi parte pretender ocultar al lector que semejantes consideraciones no solamente son en alto grado impopulares, sino que hasta se aproximan peligrosamente mucho a esos nebulosos fantasmas que ensombrecieron el cerebro de astrólogos y profetas que pretendieron reformar el mundo. Debo correr el riesgo por mi cuenta y apostar en el juego mi reputación, laboriosamente conquistada, de veraz, digno de confianza y capaz de discernimiento científico. Y puedo asegurar al lector que me lanzo a esta empresa con el ánimo no muy tranquilo. Para decirlo todo, me inquieta la suerte de aquellos que, sin estar preparados, hayan de ser sorprendidos por los acontecimientos y se extravíen ante su carácter incomprensible. Como hasta ahora, que yo sepa, nadie se ha sentido movido a considerar los posibles efectos psíquicos del cambio que es de prever, ni a exponerlos por escrito, estimo que es mi deber hacerlo en la medida de lo posible y de mis fuerzas. Acometo esta ingrata empresa admitiendo la probabilidad de que se me zafe de las manos el cincel con el

que debo tratar la dura piedra.

Hace algún tiempo escribí un pequeño artículo para la *Weltwoche*, en el cual exponía ciertas consideraciones relativas a la naturaleza de los “platos voladores”[1]. Llegaba yo allí a la misma conclusión a la que poco después había de llegar el informe semioficial de Edward J. Ruppelt, el ex jefe de la Oficina de los Estados Unidos encargada de las observaciones de *ufos*[2]. La conclusión es ésta: *se ve algo, pero no se sabe qué cosa sea*. Y es difícil, por no decir casi imposible, formarse una idea precisa de estos objetos, puesto que no se comportan como cuerpos sino como entes sin peso, como pensamientos. Hasta ahora no existe ninguna demostración concluyente de la existencia física de los *ufos*, con excepción de aquellos casos en que se han registrado ecos de radar. He conversado sobre la seguridad que pueden procurar semejantes observaciones por radar, con el profesor Max Knoll, un especialista en este terreno y profesor de electrónica en la Princeton University y en la Technischen Hochschule de Munich. Sus informaciones no son precisamente alentadoras. En todo caso, parece que se han registrado casos dignos de crédito, en los cuales la observación visual fijé simultáneamente confirmada por el eco del radar. Remito al lector a los libros del comandante Donald Keyhoe quien, basándose en parte en material oficial, ha evitado lo más posible, la especulación desorbitada, la falta de sentido crítico y las ideas preconcebidas de otras publicaciones[3]. La realidad física de los *ufos* continuó siendo, durante más de una década, una cuestión muy problemática, que no pedía resolverse en ningún sentido con el carácter concluyente que era de desearse, a pesar de que en el transcurso de ese tiempo se reunió un gran material de experiencias. Cuanto más se prolongaba esta inseguridad tanto mayor se hacía la probabilidad de que el fenómeno, notoriamente complejo, poseyera junto a un posible fundamento físico también un esencial componente psíquico. Esto no debe sorprender por cuanto se trata de un fenómeno aparentemente físico que se caracteriza, en un sentido, por sus frecuentes apariciones, y en otro, por su carácter extraño y desconocido, que hasta contradice su naturaleza física. Semejante objeto excita, como ningún otro, la fantasía consciente e inconsciente, proceso en el cual la primera elabora conjeturas especulativas y cuentos falsos y, la segunda, el fondo mitológico que corresponde a estas inquietantes observaciones. De ello nace una situación en la cual a menudo no se sabe, ni aun empleando la mejor voluntad, si una percepción primaria lleva a su zaga un fantasma o si, inversamente, una fantasía primaria, que se prepara en el inconsciente, asalta a la conciencia con ilusiones y visiones. El material que conozco hasta ahora, es decir, que he ido examinando en el curso de una década, justifica las dos maneras de pensar: en un caso un proceso objetivo real, es decir, físico, constituye el terreno del mito que lo acompaña. En otro un arquetipo engendra la visión correspondiente. A estas relaciones causales se agrega aún una tercera posibilidad, esto es, la de la coincidencia *sincronística*, es decir, acausal, llena de sentido, que desde Geulincx, Leibniz y Schopenhauer, no ha dejado de preocupar a los espíritus. La última de estas dos maneras de interpretar se

impone especialmente en fenómenos que se hallan en relación con procesos psíquicos arquetípicos. Como psicólogo, carezco de los medios y procedimientos que contribuirían a aclarar la cuestión sobre la realidad física de los *ufos*. Por eso sólo puedo atenerme a los aspectos psíquicos, que indudablemente existen, y en las páginas que siguen me ocuparé casi exclusivamente de los fenómenos psíquicos que acompañan a los *ufos*.

I
EL UFO COMO RUMOR

Es muy natural qué se dé una reacción negativa y una repulsa crítica respecto de las cosas que se cuentan sobre los *ufos* y que no sólo parecen increíbles, sino que además tienen visos de contrariar los supuestos físicos generales. ¡Seguramente son ilusiones, fantasías y mentiras!, se dice. A las personas que pueden informar de tales cosas (es decir, pilotos y personal de tierra) ya no les funciona bien la cabeza. Además, todos estos cuentos proceden de Estados Unidos, el país de las posibilidades inauditas y de la *“science fiction”*.

A fin de no pasar por alto esta reacción natura!, hemos de considerar primero las informaciones sobre los *ufos* como mero *rumor* y extraer de esta instancia psíquica todas las conclusiones que nos permita obtener nuestro método analítico.

En primer término, desde nuestro punto de vista escéptico, bien podríamos considerar los relatos sobre los *ufos* como un cuento repetido y difundido por todo el mundo, que por cierto se diferencia de los habituales rumores por el hecho de que los *ufos* hasta se expresan en visiones[1] o por el hecho de que, quizá, éstas los engendren y los alimenten. Llamo a esta variedad, relativamente rara, *rumores visionarios*. Este género se aproxima mucho al de las visiones colectivas, como por ejemplo la de los cruzados en el sitio de Jerusalén, la de los combatientes de Mons en la primera guerra mundial, la del pueblo creyente de Fátima, la de las tropas fronterizas del interior de Suiza durante la segunda guerra mundial, etc. Pero, independientemente de las visiones colectivas, existen casos en que una o muchas personas ven algo que no tiene existencia física. Por ejemplo, asistí yo una vez a una sesión de espiritismo, en la que, de los cinco observadores presentes, cuatro veían flotar un pequeño cuerpo en forma de luna sobre el abdomen del *medium*, y yo, el quinto, no veía nada, mientras los otros señalaban con toda precisión el lugar en que se manifestaba el fenómeno. Para ellos era absolutamente incomprensible que yo no pudiera ver nada. Conozco otros tres casos en los cuales se percibieron con todo detalle ciertas circunstancias (en dos de esos casos los testigos fueron dos personas, y en el otro, una persona) que luego, según vino a demostrarse, no existían. Dos de esos casos se produjeron bajo mi observación directa.

Por boca de dos testigos
se dice toda la verdad

puede muy bien ser un principio estadístico válido, pero en algunos casos dados puede ser asimismo falso. Es posible que personas responsables y en pleno goce de sus facultades mentales perciban cosas que no existen. No puedo dar ninguna explicación de este fenómeno. Acaso hasta se dé con más frecuencia de lo que me siento inclinado a admitir. Porque, en efecto, por regla general, no se verifican las cosas que “se han visto con los propios ojos” y por lo tanto nunca se sabe si han existido o no.

Me refiero a estas posibilidades algún tanto remotas porque en un fenómeno hasta

tal punto poco habitual como el de los *ufos* es menester considerar todos los aspectos.

Condición previa de un rumor visionario es siempre una *emoción extraordinaria, no usual*, a diferencia del rumor corriente, habitual, para cuya propalación y desarrollo bastan la curiosidad y el gusto por lo sensacional, que reinan en todas partes. Pero la elevación a la categoría de visión e ilusión sensorial responde a una excitación más viva y, por lo tanto, aquéllas proceden de una fuente más profunda.

Esta historia de los *ufos* comenzó en los últimos años de la segunda guerra mundial, con ciertas observaciones hechas en Suecia, de misteriosos proyectiles, que se suponían inventados por los rusos, y con noticias sobre *"Foo fighters"*, es decir, luces que acompañaban a los aparatos de bombardeo aliados, en sus incursiones a Alemania (Foo - feu). Luego siguieron las observaciones de *flying saucers* en los Estados Unidos. La imposibilidad de encontrar una base terrestre de los *ufos* y de explicar sus propiedades físicas pronto hizo nacer la conjetura de que tenían un origen *extraterrestre*. Con esta variación, el rumor venía a relacionarse con la psicología del gran pánico de New Jersey, antes del estallido de la segunda guerra mundial, donde la irradiación por radiotelefonía de una versión de un cuento de H. G. Wells que tenía como tema la invasión de las marcianos a la ciudad de New York, produjo una verdadera "stampede", con numerosos accidentes automovilísticos. Evidentemente la pieza irradiada desencadenó la emoción latente por la guerra que se avecinaba.

Los rumores recogieron el tema de la invasión extraterrestre y entonces se interpretaron los *ufos* como máquinas guiadas por seres inteligentes que procedían del espacio universal. El comportamiento de esos aparatos voladores, que aparentemente carecían de peso, y sus movimientos, orientados inteligentemente hacia una meta, se atribuyeron a saber y poder técnicos superiores de los invasores cósmicos. Como estos visitantes no producían ningún daño y se abstenían de todo acto hostil, se supuso que su aparición en el espacio atmosférico de la tierra se debía a curiosidad, es decir, que tenía fines de observación. Por lo demás, parecía asimismo que los campos de aviación, y particularmente las plantas e instalaciones atómicas poseían una atracción especial para esos objetos. De esto se llegó a la conclusión de que los peligrosos progresos de la física atómica, principalmente en lo tocante a la disociación nuclear habían suscitado cierta intranquilidad en nuestros planetas vecinos y habían provocado una incursión de reconocimiento aéreo a la tierra. La gente se sintió, en consecuencia, cósmicamente observada y espiada.

Y hasta llegó a reconocerse oficialmente el rumor, por cuanto las fuerzas militares de Estados Unidos fundaron un oficina especial que tenía la misión de recoger, investigar y valorar las observaciones en cuestión. Lo mismo parece haber ocurrido en Francia, Italia, Suecia, Gran Bretaña y otros países. Me pareció observar que, como consecuencia de la publicación del informe de Edward J. Ruppelt, desde hace más o menos un año habían desaparecido de la prensa las noticias sobre platos voladores. Aparentemente ya no eran *news*. Pero la reciente noticia periodística de

que un almirante de los Estados Unidos hizo la proposición de que se fundaran en todo el país clubes destinados a recoger y estudiar con precisión noticias o informes sobre los *ufos*, muestra, que el interés por estos objetivos no se ha extinguido y que probablemente continúan haciéndose observaciones.

Según los rumores, por regla general, los *ufos* son cuerpos lenticulares, también oblongos o en forma de cigarro, que muestran diversos colores[1] o que resplandecen con brillo metálico, cuyo movimiento pasa de la quietud a una velocidad de unos 15.000 kilómetros por hora, y en ciertos casos la aceleración es tan violenta que si los tripulara algún ser parecido al hombre éste quedaría muerto inmediatamente. Su trayectoria de vuelo describe ángulos tales que sólo un objeto sin peso podría describirlos. Se parece a la trayectoria que describe un insecto volador. Lo mismo que éste, el *ufo* se detiene de pronto sobre un objeto que le interesa por un tiempo más o menos prolongado, o bien vuela en círculo sobre él, cual animado de curiosidad, para luego abandonar súbitamente el lugar como para buscar en vuelo zigzagueante un nuevo objeto. Por eso no pueden confundirse los *ufos* con meteoritos o con los reflejos proyectados a las capas atmosféricas que se producen en casos de inversión de temperatura. Su presunto interés por los campos de aviación y las plantas industriales relacionadas con la disociación del átomo no siempre se confirma, pues se los ha visto también en la Antártida, el Sahara y el Himalaya. Verdad es que parecen pulular con predilección sobre los Estados Unidos, pero informes recientes establecen que también vuelan copiosamente sobre el viejo Mundo y el Lejano Oriente. No se sabe bien qué cosa buscan o qué pretenden observar. Parece que nuestros aviones excitan su curiosidad, pues muy a menudo vuelan a su encuentro o los persiguen; pero cuando éstos se dirigen a su vez hacia ellos, huyen. No podría asegurarse que sus vuelos responden a un plan sistemático reconocible. Se comportan más bien como grupos de turistas que recorren al acaso una comarca, se detienen aquí y allá un rato, obedecen a este o a aquel interés versátil y, sin motivo alguno que pueda reconocerse, se elevan a grandes alturas o realizan acrobáticas evoluciones ante las narices de los excitados pilotos. Ora se manifiestan de un tamaño de hasta 500 metros de diámetro, ora pequeños como los faroles eléctricos que iluminan nuestras calles. Hay naves madres, de las cuales salen pequeños *ufos* o en las cuales éstos buscan asilo. A veces están tripulados, otras no; y en tales casos son de gobierno remoto. Los rumores quieren que los viajeros de estos aparatos tengan unos tres pies de alto y sean semejantes al hombre, o bien inversamente que sean del todo diferentes de los seres humanos. Otros informes hablan de gigantes de quince pies de alto. Son seres que pretenden orientarse cautelosamente en la tierra y evitan con cuidado todo encuentro con los hombres, o bien amenazadoramente espían los lugares de aterrizaje, con miras a un ulterior establecimiento por la fuerza en la tierra de los habitantes de algún planeta que se ve en apuros. Por el momento la inseguridad que tienen respecto de las condiciones físicas de la tierra y el temor a posibilidades desconocidas de infección los hacen abstenerse de encuentros directos con los

hombres, aunque se hallarían en posesión de armas terribles, que les permitirían exterminar toda la población humana. Junto con su técnica, manifiestamente superior, se les atribuye también una sabiduría superior y un sentido moral del bien, que los facultaría para realizar actos de redención en la humanidad. Desde luego que también circulan relatos sobre aterrizajes, en los que no sólo se vieron de cerca pequeños seres, sino en los que éstos hasta intentaron capturar a hombres. Un hombre digno de confianza como Keyhoe deja entrever que toda una escuadrilla de cinco aviones militares, conjuntamente con un gran hidroavión de la marina, fue tragada y llevada por naves madres de *ufos*, en la región de las Bahamas.

Se nos ponen los pelos de punta cuando nos presentan semejantes informes junto con sus fundamentos documentales. Si agregamos a esto la posibilidad, generalmente reconocida, de seguir el rumbo determinado de los *ufos* con radar, bien vemos que puede nacer una *“science fiction story”* de lo mejor que pueda desearse. Ante esto, cualquier entendimiento sano se siente vacilar. Pero no quiero ocuparme aquí de los diferentes intentos de explicación relativos a estos rumores.

Mientras redactaba yo este trabajo quiso la casualidad que en dos importantes periódicos norteamericanos aparecieran, casi simultáneamente, artículos que ilustran en forma acabada el estado actual del problema. Uno estaba representado por el informe de la novísima observación de un *ufo* que llevara a cabo un piloto que conducía un avión, con cuarenta y cuatro pasajeros, a Puerto Rico. Cuando el avión se encontró sobre el Océano, el piloto vio un “objeto redondo, ígneo, que irradiaba una luz blanquecina y verde” y que desde la derecha se aproximaba hacia él a gran velocidad. Al principio lo tomó por un avión de retropropulsión, pero pronto comprobó que se trataba de un objeto desconocido y extraordinario. Para evitar un choque, hizo que el avión se elevara tan bruscamente que los pasajeros cayeron de los asientos y rodaron, confundidos Cuatro de ellos recibieron heridas que exigieron atención médica en un hospital. Desde otros siete aviones que se encontraban en la misma ruta y aproximadamente a unos 500 kilómetros a la redonda se observó el mismo objeto.

El otro artículo, titulado “No Flying Saucers, U. S. Expert Says”, contiene la categórica declaración del doctor Hugh L. Dryden, director del National Advisory Committee for Aeronautics, de que no existen los *ufos*. No es posible aceptar sin más ni más el firme escepticismo de Dryden; pero ese escepticismo expresa el sentimiento de crimen *laesae majestatis humanae* frente al carácter increíble de los rumores.

Si entrecerramos algún tanto los ojos para poder pasar por alto ciertos detalles, nos es posible adherirnos a la juiciosa opinión de la mayoría, cuyo vocero es Dryden, considerar los varios millares de informes sobre *ufos* y sus variaciones como rumores visionarios y en consecuencia tratarlos como tajes. Objetivamente quedaría entonces un montón, manifiestamente impresionante, de observaciones y conclusiones falsas, en las que se proyectan supuestos psíquicos subjetivos.

Pero, si se trata aquí de una *proyección* psicológica es menester que exista una

causa psíquica de ella; porque, en efecto, no es posible admitir que un fenómeno tan difundido como el de la leyenda de los *ufos* sea asunto insignificante y fortuito. Los muchos millares de testigos directos deberían tener una base, igualmente extendida, que fuera la causa de sus testimonios. Cuando una afirmación semejante se confirma, por así decirlo, en todas partes, hay que suponer que también en todas partes existe un motivo correspondiente. Verdad es que los rumores visionarios pueden estar producidos o acompañados por toda clase de circunstancias exteriores posibles; pero su existencia descansa esencialmente en una base emocional, que existe en todas partes y, en este caso, pues, sobre una situación psicológica general. La base de este género de rumor es una *tensión afectiva*, que tiene su causa en una situación de apremio colectivo o de peligro colectivo o en una necesidad viral del alma. Hoy esta condición está dada decisivamente y consideramos que todo el mundo sufre la presión de la política rusa y de sus consecuencias aún imprevisibles. En el individuo se producen fenómenos tales como convicciones anómalas, visiones, ilusiones, etc., únicamente cuando se halla psíquicamente *disociado*, es decir, cuando se produce una disociación entre los criterios y enfoques de la conciencia y los opuestos contenidos del inconsciente. Como precisamente la conciencia no cobra conocimiento de esos contenidos y como, en consecuencia, se encuentra en una situación aparentemente sin salida, esos contenidos extraños no pueden integrarse directa y conscientemente, y entonces procuran expresarse indirectamente al engendrar inesperadas y al principio inexplicables, opiniones, convicciones, ilusiones y visiones. Entonces se interpretan como acontecimientos amenazadores hechos naturales extraordinarios, como los meteoros, cometas, lluvias de sangre, una becerra con dos cabezas y otras monstruosidades, o se ven "señales en el cielo". Por fin muchas personas pueden ver independientemente, y hasta simultáneamente, cosas que no tienen una existencia física real. Y los procesos de asociación hasta han hecho que muchos hombres manifestaran un paralelismo temporal y espacial, de suerte que, por ejemplo, de manera independiente y al mismo tiempo, diferentes espíritus concibieran las mismas nuevas ideas, como lo atestigua suficientemente la historia de las ciencias del espíritu. Además, están aquellos casos en que la misma causa colectiva produce los mismos efectos psíquicos o, por lo menos, efectos psíquicos parecidos, es decir, las mismas interpretaciones, las mismas imágenes visionarias, precisamente en las personas menos preparadas para semejantes fenómenos o menos dispuestas a creer en ellos[1], Y esta circunstancia es justamente la que presta especial verosimilitud a las informaciones de los testigos directos; es más aún, suele hacerse notar con complacencia que este o aquel testigo está particularmente libre de toda sospecha porque no suele abandonarse a fantasías o no es fácilmente crédulo, sino que por el contrario siempre se ha caracterizado por un juicio frío y un agudo sentido crítico. Pero es precisamente en estos casos cuando el inconsciente debe apelar a medidas muy drásticas para hacer perceptibles sus contenidos. Y este proceso se verifica en virtud de la *proyección*, es decir, lanzar afuera, a un objeto en el que luego se

manifiesta, lo que antes era el secreto del inconsciente. Puede observarse el proceso de la proyección en las enfermedades mentales, en las manías persecutorias, en las alucinaciones de los llamados espíritus normales que ven la paja en el ojo ajeno pero no la viga en el propio y por fin, y en grado supremo, en la propaganda política. Las proyecciones tienen diferentes alcances según procedan exclusivamente de condiciones personales e íntimas o de condiciones colectivas más profundas. Las represiones personales y elementos inconscientes personales toman como vehículo de proyección el mundo circundante inmediato, el círculo de parientes y conocidos. En cambio, los contenidos colectivos, como por ejemplo conflictos religiosos, biológicos o político-sociales, eligen apropiados agentes de proyección, como los francmasones, los jesuitas, los judíos, los capitalistas, los bolcheviques, imperialistas, etc. En la situación mundial de hoy, tan amenazadora y peligrosa, en la que comienza a vislumbrarse que bien pudiera tratarse de jugárselo todo, la fantasía de la proyección trasciende el dominio de las organizaciones y potencias terrestres y se lanza al cielo, es decir, al espacio cósmico de los astros, donde antes tenían su morada los dueños del destino, los dioses. Nuestro mundo terreno está dividido en dos mitades y no se sabe de dónde podrían venir una decisión y un socorro. Hasta personas que sólo treinta años atrás nunca habrían pensado que un problema religioso fuera una cuestión que podría concernirles directamente, comienzan a formularse interrogaciones esenciales. En estas circunstancias en modo alguno maravilla el hecho de que esa parte de la población del mundo que no se pregunta nada se vea acosada por “visiones”, es decir, por un mito difundido en todas partes, en el que muchos creen seriamente y que muchos otros rechazan decididamente, por considerarlo ridículo; o el hecho de que testigos de los que no cabe abrigar la menor duda sobre su honestidad, anuncien que han visto con sus propios ojos las “señales del cielo” y que han vivido cosas maravillosas, que están por encima de la comprensión humana.

Desde luego que, frente a semejantes informaciones sobre *ufos*, nació una ardiente exigencia de explicarlos. Los primeros intentos de explicar los *ufos* como inventos rusos o norteamericanos se estrellaron contra el hecho de que esos cuerpos se comportaban aparentemente como si no tuvieran peso, cosa que desconocen los habitantes de la tierra. La fantasía, que ya juguetea con la idea de vuelos a la Luna, no vacila por eso en suponer que seres inteligentes, de una especie superior, hayan aprendido a vencer la gravitación y a aprovechar campos magnéticos estelares como fuentes de energía, para alcanzar, con su ayuda, velocidades cósmicas. Las recientes explosiones atómicas producidas en la tierra —se discurre— habrían atraído la atención de habitantes tan remotos como los de Marte o Venus, les habrían hecho concebir el temor de posibles reacciones en cadena y estar atentos a la probable destrucción de la Tierra, Y como semejante posibilidad significaría también una amenaza catastrófica para nuestros planetas vecinos, ello habría impulsado a sus habitantes a observar cuidadosamente los procesos que pudieran verificarse en la

Tierra, con pleno conocimiento del tremendo peligro que podía entrañar nuestra torpe manera de investigar los fenómenos nucleares. El hecho de que los *ufos* no aterricen en la Tierra ni hayan manifestado la menor inclinación a establecer ningún contacto con los hombres se explica alegando que esos seres, pese a sus conocimientos muy superiores, en modo alguno están seguros de que se les haya de dar la bienvenida en la Tierra, y por eso evitan inteligentemente y con precaución todo contacto con los seres humanos. Pero porque son seres superiores se comportan de manera enteramente inofensiva, no causan ningún daño en la Tierra y se contentan con una inspección objetiva de los campos de aviación y las instalaciones atómicas.

Así y todo, no puede entenderse por qué esos seres superiores, que muestran un interés tan ardiente por la Tierra, no hayan aún establecido en diez años —a pesar de sus conocimientos lingüísticos— relaciones con nosotros. Por eso se llega además a otras conjeturas, como por ejemplo la de que un planeta se ve en dificultades, acaso por un fenómeno de desecación o de agotamiento del oxígeno o de superpoblación, y que sus habitantes buscan un *pied à terre*. Las patrullas de reconocimiento operaron con extrema precaución y cautela, a pesar de que hace ya siglos, si no millares de años, que están presentes en nuestra atmósfera. Desde la segunda guerra mundial se habrían precipitado en masa porque evidentemente estaba proyectado un pronto aterrizaje. Recientemente volvió a ponerse en tela de juicio, a causa de varias experiencias, el carácter inofensivo de esas patrullas. Hasta existen relatos de testigos llamados directos que sostienen haber visto el aterrizaje de *ufos* con tripulantes que hablaban naturalmente en inglés. Estos visitantes espaciales son en parte figuras idealizadas de la línea de los ángeles racionales, que cuidan de nuestra salud; en parte enanos con grandes cabezas, en las que anida una inteligencia extraordinaria; en parte, seres monstruosos como lemúridas, cubiertos de pelo, provistos de garras, acorazados a manera de los insectos. Y aun hay “testigos directos”, como el señor Adamski, quien cuenta que voló en un *ufo*, que en pocas horas hizo un viaje alrededor de la Luna. Y nos da la sorprendente noticia de que la mitad de la Luna que se oculta a nuestra vista, posee atmósfera, agua, bosques y poblaciones, sin que parezca preocuparlo en modo alguno el singular capricho que la Luna tiene de mostrar a nuestra Tierra precisamente su aspecto más ingrato. Y personas ilustradas y de buena fe como Edgard Sievers[1], se tragan estos disparates físicos.

Si tenemos en cuenta la manifiesta afición de los norteamericanos por las cámaras fotográficas es sorprendente el hecho de que existan, según parece, tan pocas fotografías “auténticas” de *ufos*, siendo así que los tales a menudo fueron observados durante horas y a distancia relativamente corta. Por casualidad conozco a alguien que en Guatemala, con un centenar de personas más, vio un *ufo*. El hombre llevaba consigo un aparato fotográfico, pero por modo curioso y en medio de la excitación se olvidó por entero de tomar una fotografía, a pesar de que el hecho se produjo durante el día y de que el *ufo* fue visible por más de una hora. No tengo ningún motivo para dudar de la honestidad del informe, que, empero, fortaleció mi impresión de que los

ufos no son precisamente “photogenic”.

Por lo que puede verse en lo que hemos expuesto, la observación e interpretación de los *ufos* hizo que se formara una verdadera leyenda. Independientemente de los millares de artículos y crónicas periodísticas, existe ya una serie de libros sobre este tema, *pro et contra*, en parte morralla en parte obras serias. Como lo demuestran las más recientes observaciones, el fenómeno mismo no se deja atrapar. Por el momento parece escapársenos de las manos. Pero, sea ello lo que fuere, puede afirmarse con seguridad una cosa: ha llegado a convertirse en un *mito vivo*. Tenemos aquí la oportunidad de ver cómo nace una leyenda y cómo se forma una fábula maravillosa sobre la invasión, o por lo menos la aproximación, de potencias “celestes” extraterrenales, en una época oscura y difícil de la historia humana, en una época, por otra parte, en la que la fantasía humana se dispone a discutir con toda seriedad la posibilidad de viajes a través del espacio cósmico, de visitas y hasta de invasiones a otros cuerpos celestes. Nosotros, por nuestra parte, pretendemos llegar a la Luna o Marte, y a su vez los habitantes de otros planetas de nuestro sistema y hasta de planetas de la esfera de las estrellas fijas, pretenderían llegar hasta nosotros. Tenemos conciencia de nuestra aspiración de recorrer los espacios interestelares, pero la correspondiente tendencia extraterrestre es sólo una conjetura mitológica, es decir, proyección. El gusto por la aventura y lo sensacional, la arriesgada empresa técnica y la curiosidad intelectual son en verdad aparentemente motivos suficientes para nuestra fantasía creadora; pero, como suele ocurrir, semejantes impulsos de la fantasía reconocen, aun cuando asuman formas serias —pienso en los satélites artificiales de la Tierra— una causa subyacente, esto es, una situación de apremio vita! y, en consecuencia, una ansiedad general. Podría suponerse fácilmente que los hombres están viviendo en la Tierra cada vez con estrechez mayor y que querrían evadirse de su prisión, en la cual se ven amenazados no sólo por la bomba de hidrógeno, sitio —aún más hondamente— por el torrencial aumento de la población, que constituye un motivo de preocupación seria. Este último es un problema del que no suele hablarse con complacencia o al cual se alude tan sólo con referencias optimistas a las imprevisibles posibilidades de una producción intensiva de alimentos, ¡como si esto fuera algo más que una mera postergación de la solución definitiva! Por precaución, el gobierno de la India ha destinado 500.000 libras esterlinas al control de los nacimientos y Rusia aprovecha el sistema de los campamentos de trabajo para practicar la esterilización y la reducción del temido exceso de nacimientos.

Cierto es que los países altamente civilizados de Occidente se valen de otros medios, pero el peligro inmediato no procede de ellos, sino principalmente de las poblaciones infradesarrolladas de África y Asia. No es éste el lugar apropiado para discutir la cuestión de hasta qué punto las dos guerras mundiales fueron también un resultado de este apremiante problema de limitar la población *à toux prix*. La naturaleza tiene muchos medios para echar por la borda sus productos superfluos. El espacio vital del hombre se está estrechando efectivamente en creciente medida y una

serie de pueblos hace ya algún tiempo que ha dejado atrás su estado óptimo en tal sentido. El peligro de catástrofe es proporcional al agolpamiento de poblaciones que crecen. La estrechez engendra miedo que impulsa a buscar remedio en una esfera extraterrestre, puesto que la Tierra no puede ofrecerlo.

Aparecen entonces “señales en el cielo”, seres superiores que navegan en una suerte de naves espaciales, como puede imaginarlas nuestra imaginación técnica. De una angustia cuyo alcance completo no se comprende y de la cual, por eso mismo, no se tiene conciencia, nacen proyecciones explicativas que creen encontrar la causa de la angustia en todas las insuficiencias secundarias posibles e imaginables. Algunas de esas insuficiencias son hoy tan evidentes que nos parece casi superfluo estudiarlas aún con mayor detalle[1], Pero si se quiere comprender un rumor general que corre entre las masas y que, según parece, basta va acompañado de visiones colectivas, no es posible contentarse, por cierto, con la explicación de motivos demasiado racionales y superficialmente claros. La causa debe de estar en las raíces de nuestra existencia misma, si ha de explicar fenómeno tan extraordinario como el de los *ufos*. Verdad es que en siglos anteriores se vieron *cosas curiosas*, pero tales fenómenos dieron lugar entonces sólo a rumores regionales y vulgares. El rumor universal de las masas estaba reservado a nuestro presente ilustrado y racionalista. La gran fantasía, tan ampliamente difundida, sobre el fin del mundo, que tomó cuerpo al terminar los primeros diez siglos de la era cristiana y que tenía un fundamento puramente metafísico, no necesitaba de ningún *ufo* para parecer racionalmente fundada. La intervención del cielo correspondía a la cosmovisión de la época. En cambio, nuestra opinión pública acaso no tenga propensión alguna a echar mano de la hipótesis de un acto metafísico, porque de otra manera ya muchos párrocos seguramente habrían predicado sobre las premonitorias señales del cielo. Nuestra cosmovisión no tolera esas cosas. Tal vez estuviéramos más inclinados a pensar en las posibilidades de perturbaciones psíquicas, especialmente porque, desde la última guerra mundial, nuestra condición espiritual parece haberse hecho, de algún modo, dudosa. Y con esta circunstancia se relaciona una creciente inseguridad en todas las esferas. Ni siquiera la explicación histórica, cuando se trata de valorar y explicar los fenómenos que se produjeron en Europa durante las últimas décadas, puede llevarse a cabo por los habituales medios, sino que es menester reconocer que factores psicológicos y psicopatológicos comenzaron a ampliar grandemente el horizonte de los historiadores. El lógico y creciente interés general del público inteligente por la psicología ya ha suscitado la indignación de las academias y de los especialistas incompetentes. Pero, a pesar de la resistencia perceptible que ofrecen estos círculos psicológicos, una psicología consciente de su responsabilidad no ha de dejarse desalentar en sus empeños de considerar críticamente un fenómeno semejante, que alcanza a las masas, porque teniendo en cuenta la aparente imposibilidad de afirmar cosas seguras, acaso lo más aproximado al *common sense* sea postular una perturbación psíquica.

De acuerdo, pues, con nuestro programa, consideraremos la cuestión de la naturaleza psíquica del fenómeno. Y para este fin recapitularemos una vez más el contenido central de los rumores: en nuestra atmósfera se observan, de día y de noche, objetos que no pueden compararse con ninguna de las manifestaciones meteóricas conocidas. No son meteoros, no son cuerpos que puedan confundirse con las estrellas fijas no son reflejos causados por inversiones de la temperatura, no son configuraciones nubosas, no son aves de paso, no son globos aéreos, no son relámpagos esféricos y —*last not least*— tampoco son productos de la embriaguez, de delirios febriles ni mentiras de los testigos directos. Lo que se ve por regla general es un cuerpo resplandeciente o ígneo, que irradia distintos colores, de *forma redonda*, a veces como un disco, a veces como una esfera, más raramente también en forma de cigarro, o sea una forma cilíndrica, de diferentes tamaños[1]. Los informes dicen que ocasionalmente estos cuerpos son invisibles al ojo humano, pero que dejan un *"blip"* (mancha) en la pantalla del radar. En verdad, los cuerpos redondos son formas como las que el inconsciente engendra en sueños, visiones, etc. En este caso han de considerárselas como *símbolos* que representan en forma gráfica un pensamiento que no se piensa conscientemente, sino que existe de manera meramente potencial, esto es, en forma no gráfica, en el inconsciente y que sólo cobra su carácter gráfico en el proceso de hacerse consciente. Pero la forma reconocible sólo expresa aproximadamente el contenido inconsciente. En la práctica éste aparece "pleno" sólo mediante la interpretación que lo completa. Las inevitables fuentes de errores que se dan, no pueden eliminarse sino mediante el principio del "eventus docet", es decir, hasta que la comparación de largas series de sueños en distintos individuos ofrezca un texto legible y de validez general. También las figuras de un rumor se someten a los principios de la interpretación de los sueños. Si se los aplica a los objetos redondos percibidos —y aquí no importa que se trate de discos o de esferas— quien esté familiarizado con la psicología de lo profundo advertirá, sin más ni más, la analogía que esos objetos presentan con el bien conocido símbolo de la totalidad: el mandala[1]. Éste en modo alguno representa un hallazgo nuevo, sino que por así decirlo fue siempre ubicuo en todas las épocas y, sin que medie el eslabón de una tradición exterior, aparece en el hombre moderno, como círculo limitador, "protector" o apotropeico (tutelar), del mismo modo en que apareció como "rueda del Sol" en los tiempos prehistóricos o como círculo mágico o como microcosmo alquímico, o como un símbolo moderno ordenador que abarca la totalidad psíquica. Según he señalado en otro lugar, en el curso de los últimos siglos el mandala ha ido evolucionando paulatinamente y en medida creciente hasta convertirse en un símbolo explícitamente psicológico de la totalidad, como lo demuestra la historia de la alquimia. Quisiera ilustrar la manera en que 8parece el mandala en el hombre moderno con el sueño de una niña de seis años.

La soñante se baila de Pie ante la entrada de un enorme, desconocido edificio. La espera allí un hada que la conduce al interior y, Por un largo corredor de

columnas a una especie de sala central, en la que desembocan Por todas Partes análogos corredores de columnas. El bada se coloca en el centro y allí se transforma en una alta llama, Tres serpientes se arrastran en círculo alrededor del fuego.

Es éste un sueño infantil clásico, arquetípico, que no sólo se sueña a menudo, sino que ocasionalmente también —sin que se ejerzan influencias exteriores— se caracteriza por el manifiesto fin de contrarrestar los influjos desagradables e inquietantes de un círculo familiar perturbador y de conservar así el equilibrio interior.

En la medida en que el mandala describe la totalidad del alma, la abarca, la defiende de lo exterior y tiende a conciliar oposiciones íntimas, es un reconocido *símbolo de la individuación* y como tal nos es ya familiar en la alquimia de la Edad Media. Por analogía con el alma del mundo platónica, se atribuye al alma una forma esférica y también en los sueños modernos encontramos el mismo símbolo. La antigüedad de éste nos conduce a los espacios celestes y, más aún, al lugar "supraceleste" de Platón, donde moran las "ideas" de todas las cosas. Por eso en este sentido nada habría que alegar contra la ingenua interpretación de los *ufos* como "almas". Desde luego que ellos no responden a nuestro moderno concepto de alma, sino que más bien son vehículos de una representación espontánea involuntaria, arquetípica —y por decirlo así mitológica— de un contenido inconsciente, de un "rotundum", que expresa la totalidad del individuo. Yo he caracterizado y definido esta imagen espontánea como representación simbólica del *Selbst*, esto es, de la totalidad de la conciencia y del inconsciente juntos[1]. Y en modo alguno me encuentro solo en esta posición, por cuanto ya la filosofía hermética de la Edad Media había llegado a conclusiones muy parecidas. El carácter arquetípico de esta idea queda confirmado por la frecuente experiencia de su espontáneo renacimiento en individuos modernos que indudablemente están muy le jos de esa tradición y por lo tanto no saben nada de ella, lo mismo que su mundo circundante. Es más aún, hasta personas que pudieran conocerle no conciben la idea de que sus hijos puedan soñar algo que corresponda a la filosofía hermética. Tocante a estas cosas reina una ignorancia tan general y profunda que no es posible suponer que exista un vehículo de tradición mitológica.

En la medida en que los cuerpos redondos, resplandecientes, que aparecen en el cielo se consideren como visiones no se puede dejar de interpretarlos como imágenes arquetípicas, es decir, como proyecciones espontáneas y automáticas fundadas en el instinto, que no es posible desechar considerándolas faltas de sentido y meramente fortuitas, así como no es posible hacerlo con otras manifestaciones o síntomas psíquicos. Quien tenga los necesarias conocimientos histórico y psicológicos sabe que los símbolos circulares —lo "rotundum" (lo redondo) en el lenguaje alquímico— han desempeñado en todas partes y en todos los tiempos, un papel significativo; en nuestra esfera cultural, junto al ya citado símbolo del alma ha representado, por ejemplo, la imagen de Dios. El antiguo aforismo reza así: *Deus est circulus cuius*

centrum est ubique, cuius circumferntia vero nusquam (Dios es un círculo cuyo centro está en todas partes, pero cuya circunferencia no está en ninguna). Dios, y su *omniscientia, omnipotentia,* es uno εν το παν (uno en el todo), es el símbolo de la totalidad *par excellence,* es algo *redondo,* cabal y perfecto. En la tradición, muchas veces epifanías de este género están relacionadas con el fuego y la luz. Por eso en la antigüedad los *ufos* pudieron considerarse fácilmente como "dioses". Son impresionantes manifestaciones de totalidad, cuya redondez representa precisamente ese arquetipo que, de acuerdo con la experiencia, desempeña el papel fundamental en la unión de opuestos aparentemente inconciliables y que es asimismo lo que, como compensación, mejor cuadra a la disociación de nuestro tiempo. Entre los arquetipos, éste desempeña además un papel particularmente significativo, por cuanto es ante todo el ordenador de estados caóticos y el que confiere a la personalidad la unidad y la totalidad mayores posibles. Él es el que engendra la imagen de la gran personalidad humano-divina; del hombre primigenio o *anthropos*; de un chênyên[1]; de un Elías que invoca el fuego del cielo, que asciende al cielo en ígneo carro[1] y es un precursor del Mesías; de la figura dogmáticamente establecida de Cristo y, *last not least,* del islámico Kadir el Verde, que a su vez es un paralelo de Elías, por cuanto, lo mismo que éste, transita por la Tierra como personificación humana de Alá.

La situación actual del mundo es la más apropiada para suscitar la expectación de un acontecimiento redentor, supraterrestre. Si esta expectación no se manifiesta con toda claridad, ello se debe tal vez únicamente al hecho de que ya nadie tiene tan firmemente sus raíces en la cosmovisión de siglos anteriores para poder considerar como obvia una intervención del cielo. En efecto, en nuestra evolución nos hemos apartado ya mucho de la seguridad metafísica de la Edad Media, pero así y todo no tanto que nuestro fondo y nuestros antecedentes históricos y psicológicos se hayan liberado de toda esperanza metafísica[1]. La conciencia está dominada por una claridad racionalista que rechaza todas las propensiones "ocultas".

Podrán hacerse desesperados esfuerzos por promover a una renovación de la fe cristiana, pero no será posible llegar a aquella limitación de la imagen del mundo que —como en tiempos pasados— daba la necesaria cabida a una intervención metafísica o a una verdaderamente cristiana creencia en el más allá y a la esperanza, asimismo cristiana, de que el cercano fin del mundo terminaría definitivamente con el dolor de la Creación. La fe en el acá y en el poder del hombre se ha convertido entretanto, a pesar de todas las afirmaciones contrarias, en una verdad práctica irrefutable.

Esta actitud de una enorme mayoría es la base más favorable para que se produzca una proyección, es decir, una manifestación de los contenidos profundos del inconsciente que, a pesar de la crítica racionalista, se manifiestan en la forma de un rumor simbólico, acompañado por correspondientes visiones, y se apoderan de un arquetipo que, desde siempre, expresó el elemento ordenador, liberador, santo e integrador del todo. Acaso sea característico de nuestro tiempo el hecho de que el arquetipo, a diferencia de sus formas anteriores, asuma esta vez una forma concreta, y

hasta técnica, para eludir el carácter chocante de una personificación mitológica. El hombre moderno acepta sin resistencia cualquier cosa que parezca técnica. La impopular idea de una intervención metafísica se hace significativamente más aceptable por la posibilidad de los viajes a través del espacio cósmico. Desde luego que la aparente falta de peso de los *ufos* constituye una circunstancia algún tanto difícil de digerir, pero en los últimos tiempos nuestra física ha realizado tantos descubrimientos que rayan en lo milagroso que, ¿por qué habitantes más evolucionados de otros planetas no habrían encontrado ya el medio de superar la fuerza de gravedad y de alcanzar la velocidad de la luz, y aun velocidades mayores? La física nuclear ha determinado en la cabeza de los legos una amplitud de juicio que supera hasta la del propio físico y que 12 hace ver como posibles cosas que hasta hace poco habría considerado completamente disparatadas, Por eso los *ufos* pueden concebirse fácilmente como otra maravilla física en la que puede creerse. Claro está que yo recuerdo con ciertos *misgivings* la época en que estaba convencido de que algo más pesado que el aire no podía volar, para luego tener que admitir, embarazosamente, lo contrario. Pero, la aparente naturaleza física de los *ufos*, por un lado, plantea estos enigmas a los espíritus mejor dotados y, por otro, forma una leyenda tan impresionante que, se siente uno impulsado a considerarla, por así decirlo, en un noventa y nueve por ciento como producto psíquico y a someterla, en consecuencia, a la habitual interpretación psicológica. Si un fenómeno físico desconocido fuera la causa exterior del mito, ello no quitaría nada al mito mismo, pues muchos mitos tienen como causa meteoros y otros fenómenos naturales que en modo alguno explican el mito como tal. Éste es, en última instancia, un pro ducto del arquetipo inconsciente y por lo tanto un símbolo que pide interpretación psicológica. Para una mentalidad primitiva cualquier objeto, como por ejemplo una lata de conservas ya usada, puede adquirir de pronto significación de fetiche, cuyo efecto en modo alguno es inherente a la lata de conserva misma, sino que antes bien es un producto psíquico.

II
EL UFO EN LOS SUEÑOS

Es cosa obvia que los *ufos* no sólo se vean, sino que además se sueñen, lo cual tiene un interés especial para el psicólogo, pues los sueños individuales nos informan en qué sentido el inconsciente concibe los *ufos*. Como se sabe, de ningún modo basta una operación exclusivamente intelectual para alcanzar una imagen más o menos acabada de un objeto psíquico que se proyecta. Es menester que, además de los tres aspectos psíquicos de sentimiento (valoración), sensación (*fonction du réel*, realidad) e intuición (percepción de las posibilidades), intervenga también la reacción del inconsciente, esto es, el cuadro del contexto de asociaciones inconscientes. Sólo esta visión de conjunto es la que permite un juicio aproximadamente total sobre el estado psíquico manifestado por obra del objeto. La consideración exclusivamente intelectual de un objeto dado es insuficiente de la mitad a las tres cuartas partes.

Como ilustración aduciré aquí dos sueños de una señora de espíritu cultivado. Esta señora nunca vio un *ufo*, aunque se interesó por el fenómeno, pero sin conseguir forjarse una idea clara de él. No conoce tampoco la literatura sobre los *ufos* ni lo que yo pienso de ellos. La soñante cuenta:

> *Sueño 1*
>
> *Voy recorriendo los Champs Elysées, con muchas otras personas, en una camioneta. Suena la señal de alarma aérea. El camión se detiene, todos inmediatamente saltan de él y desaparecen en el interior de las casas cercanas, después de haber cerrado las puertas. Yo soy la última en bajar de la camioneta y también intento refugiarme en una casa, pero todas las puertas están firmemente cerradas, con sus resplandecientes picaportes de metal y los Champs Elysées están desiertos. Me quedo pegada a la pared de una casa y contemplo el cielo: en lugar de los esperados aviones de bombardeo veo una especie de plato volador, es decir, una esfera metálica con forma de gota. Vuela muy lentamente por el cielo de norte a este, y yo tengo la impresión de que desde él me observan. En medio del silencio oigo cómo resuenan los altos tacones de una mujer; que, sola, va andando por la calzada desierta de los Champs Elysées. La atmósfera es muy inquietante.*
>
> *Sueño 2 (alrededor de un mes después)*
>
> *Es de noche y voy Por las calles de una ciudad. En el cielo aparecen engings interplanetarios y toda la gente huye. Los engings tienen el aspecto de grandes cigarros de acero. Yo no huyo. Uno de los engings toma rumbo hacía mí y se lanza en línea recta y directamente hacia abajo. Pienso que el profesor Jung opina que no hay que huir, y entonces me quedo de pie y miro de hito en hito el enging. Cuando está cerca veo frente a mí como un ojo circular, a medias azul, a medias blanco.*

Una sala de hospital: mis dos jefes entran en la sala y preguntan muy preocupados a mi enfermera, que los recibe, cómo va la cosa. La hermana contesta que por sólo haber mirado se me ha quemado todo el rostro, y únicamente entonces advierto que hablan de mí y que tengo la cabeza vendada, aunque no puedo vérmela.

Comentario al sueño 1

El sueño describe en su exposición de la situación inicial un Pánico de masas, como el que se produce en las alarmas aéreas. Aparece un *ufo* que tiene forma de gota. Cuando un cuerpo líquido cae asume la forma de una gota y ello indica que se concibe al *ufo* como algo liquido que cae del cielo, como la lluvia. Esta sorprendente forma de gota que tiene el *ufo* y la analogía con un liquido aparece en la literatura sobre los *ufos*[1], Según es de suponer esa analogía con el líquido explica la variabilidad de formas, frecuentemente mencionada en las informaciones sobre los *ufos*. Este líquido "celestial" debe de tener propiedades misteriosas y debe de ser una representación parecida a la del concepto alquímico del *aqua permanens,* del "agua eterna" que en la alquimia del siglo XVI se llama también "cielo" y representa una *quinta essentia*. Esta agua es el *Deus ex machina* de la alquimia, el milagroso medio de solución (y en la alquimia se emplea la voz *solutio* igualmente para designar la solución química y la "solución" de un problema). Es más aún, trátase del gran mago, del propio Mercurio, del que disuelve y conglomera (*"solve et coagula"*) la eficaz panacea física y espiritual, que puede asimismo significar lo amenazante y peligroso, y que cae del cielo como *aqua coelestis*.

Los alquimistas hablan, así como de su "piedra que no es una piedra", de Su agua "filosófica" que no es agua sino azogue, y que no es tampoco el hidrargiro metálico común, sino un "espíritu" (*pneuma, spiritus*). Este último representa la materia arcana, que en las operaciones alquímicas se transforma de sustancia mineral innoble en una figura espiritual, las más veces personificada (*filius hermaphroditus s. Macrocosmi*). El "agua de los filósofos" es la sustancia clásica que transforma los elementos químicos, y en la mutación de éstos ella misma se transforma y es asimismo el *espíritu redentor* de las esperanzas religiosas de los filósofos. Estas representaciones simbólicas aparecen ya en la literatura antigua, continúan desarrollándose en la Edad Media y penetran hasta en las leyendas populares. Un texto muy antiguo (probablemente del siglo I d. de C.) dice que en la piedra que se encuentra en el Nilo está oculto un espíritu. "Ve allí dentro y extrae el espíritu (pneuma). Ésa es la *exhydragyrosis* (la destilación del azogue)". En el espacio de aproximadamente mil setecientos años tenemos abundante testimonio de la acción de este arquetipo animista. El mercurio es por un lado un metal y por otro lado un líquido que se evapora fácilmente, es decir, que puede transformarse en un vapor o

spiritus, y se lo ha considerado como *“spiritus Mercurii”* y como una especie de panacea, salvador y *“servator mundi”* (conservador del mundo). El mercurio es un “portador de salud”, que “pone paz entre los enemigos” y que, como *“cibus inmortalis”* (alimento de la inmortalidad) libera a la creación de la enfermedad y la corruptibilidad, como hiciera Cristo en el caso de los hombres. Del mismo modo en que los padres de la iglesia llaman a Cristo “una fuente que mana”, los alquimistas llamaron al mercurio *aqua permanens* (agua eterna), tos Gideonis (rocío de Gideón), *vinum ardens* (vino ardiente), *mare nostrum* (mar nuestro), *sanguis* (sangre).

De muchos relatos, especialmente del período inicial, se desprende que los *ufos* pueden aparecer repentinamente y asimismo desaparecer repentinamente. Se los puede captar con radar, pero permanecen invisibles al ojo y viceversa, pueden verse a simple vista, ¡pero no captarse con radar! Se sostiene que los *ufos* pueden hacerse visibles o invisibles a voluntad y que por lo tanto deben de estar hechos de una materia que es ya visible ya invisible. Por eso la analogía más próxima es la de un *líquido evaporable*, que del estado de invisibilidad se condensa en forma de gota. Si leemos los textos antiguos podemos aún percibir el eco del prodigio de la desaparición y de la reaparición que se manifestaba ante el alquimista en la evaporación, tanto del agua como del mercurio: es la transformación del alma de Heráclito, convertida en agua en el neuma invisible, bajo la acción de la varita mágica de Hernies, y su tornar a caer desde el Empíreo a la visibilidad de la creación. Zósimo de Panópolis (siglo III) nos ha dejado un precioso documento que describe esta transformación. La fantasía engendrada en plena lucidez frente a una olla que hierve, una de las más antiguas experiencias del hombre, bien pudiera ser también la causante de la aparición y desaparición de los *ufos*.

La inesperada forma de gota que aparece en nuestro sueño nos permite hacer la comparación con una idea central de la alquimia que nos viene no sólo de Euro-pa, sino también de la India (sistema del mercurio) y de la China (aquí ya en el siglo II d. de Cristo). El carácter extraordinario de los *ufos* corresponde al carácter extraordinario de su contexto psicológico, el cual resulta claramente evidente si nos aventuramos a hacer una interpretación de este género. Dado el carácter esencialmente singular del fenómeno de los *ufos* no cabe esperar que los conocidos principios racionalistas de explicación basten para abordarlo. Un intelecto “psicoanalítico” no podría hacer otra cosa que convertir la imagen de los *ufos*, con el auxilio de una presunta “teoría sexual”, en una correspondiente fantasía sexual, para llegar a lo sumo a la conclusión de que del cielo desciende, por ejemplo, un útero reprimido. Una interpretación de este tipo se ajustaría bastante bien a la antigua concepción médica de la histeria (*hysteros* = útero) como “migración del útero”, especialmente tratándose aquí de una mujer que tiene un sueño angustiado. (Pero ¿cómo explica esta interpretación a los pilotos, que son varones y los primeros y verdaderos creadores de los rumores?) El “lenguaje sexual” podría significar muy poco más que cualquier otro medio de expresión simbólica. Este tipo de explicación

viene a ser en el fondo tan mitológico y racionalista al propio tiempo como las fábulas técnicas sobre la índole y finalidades de los *ufos*.

La soñante conoce psicología hasta el punto de que aun en el sueño tiene conciencia de la necesidad de no ceder al miedo y no huir, aunque preferiría hacerlo. Pero el inconsciente engendra en el sueño una situación en la cual le está vedada esta salida. Por eso la soñante tiene la oportunidad de examinar de cerca el fenómeno, que se revela inofensivo. Es más aún, los pasos tranquilos de una mujer indican la presencia de alguien que ni siquiera ha percibido el fenómeno o que no siente miedo.

Comentario al sueño 2

La exposición del sueño comienza estableciendo que es de noche y todo está *oscuro*. Es una hora en la que normalmente se duerme y se sueña. Como en el sueño anterior, reina el pánico. Aparece una *multitud* de *ufos*. Si recordamos el primer comentario, la acentuada unicidad del *Selbst* entendido como una forma superior y, por así decirlo, divina, vendría a resolverse aquí en una pluralidad. En el plano mitológico esto correspondería a una pluralidad de dioses, de hombres divinizados, de demonios o almas. En el lenguaje de la filosofía hermética la materia arcana o *quinta essentia* tiene por cierto *“mille nomina”* (mil nombres) pero está esencialmente constituida por el Uno y Único (es decir, *ex principio* Dios), que se convierte en pluralidad sólo por multiplicación (*multiplicatio*). La alquimia se considera un *opus divinum*, en cuanto pretende liberar al *“anima in compedibus”* (al alma aherrojada), esto es, al demiurgo disperso en su creación, de la prisión de la materia creada, para restituirla a su original condición unitaria. Desde el punto de vista psicológico, la pluralidad del símbolo unitario significa una subdivisión en muchas unidades autónomas, es decir, una pluralidad de *Selbsten*, con lo cual el principio de lo uno “metafísico”, es decir, la concepción monoteísta, se resuelve en una pluralidad de *“dii inferiores”* (dioses inferiores). Desde el punto de vista del dogma cristiano, semejante operación podría considerarse fácilmente como una archiherejía, si frente a esta concepción no estuviera el inequívoco *logion* de Cristo: “Vosotros sois dioses” y asimismo la idea bien clara de la filiación divina que supone el parentesco, por lo menos potencial, entre los hombres y Dios. Desde un punto de vista psicológico, la pluralidad de los *ufos* correspondencia a una proyección de la pluralidad de los individuos humanos, en la cual la elección del símbolo (cuerpo redondo) indica que lo que se proyecta tiene por contenido no tanto la pluralidad de las personas, sino más bien su totalidad psíquica ideal, es decir, no sólo el hombre empírico como él mismo se conoce por la experiencia, sino toda su psique, cuyos contenidos conscientes deben completarse aún con los contenidos del inconsciente. Gracias a la investigación, sabemos del inconsciente algunas cosas que nos permiten extender nuestras suposiciones. Pero en realidad distamos aún mucho de poder trazar

siquiera un cuadro hipotético de conjunto suficientemente bien fundado. Para mencionar sólo una de las enormes dificultades con que tropieza la psicología del inconsciente diré que existen experiencias *parapsicológicas* que hoy ya no se pueden pasar sin más ni más por alto, sino que es menester tenerlas en cuenta para juzgar procesos psíquicos. No es pues ya posible tratar el inconsciente como si dependiera de la conciencia en una relación de causalidad, porque el inconsciente tiene propiedades sobre las cuales la conciencia no tiene dominio. Ha de entenderse más bien como una magnitud autónoma, que se halla en relación recíproca con la conciencia.

La pluralidad de los *ufos* corresponde a la proyección de una pluralidad de imágenes psíquicas de totalidad, que aparecen en el cielo, porque, por un lado representan arquetipos cargados de energía y por otro los hombres no los reconocen como factores psíquicos. Esta última circunstancia se basa en el hecho de que la conciencia individual no posee categorías conceptuales con las cuales pueda aprehender la esencia de la totalidad psíquica. Por el contrario, la conciencia actual se encuentra aún en un estado, por así decirlo, antiguo, en el que apercepciones de este género no pueden aún realizarse y los contenidos correspondientes no pueden por ende reconocerse como factores psíquicos. Además, la conciencia está educada de manera tal que no puede comprender esas ideas como formas inherentes a la psique, sino que tiene que concebirlas más bien como existentes en el espacio extrapsíquico, es decir metafísico, o por lo menos como hechos históricos. Si el arquetipo conserva, a través de las circunstancias temporales y de la situación psíquica general, una carga de energía adicional, por los motivos ya indicados no puede, empero, integrarse directamente en la conciencia. Se ve obligado, pues, a manifestarse indirectamente en la forma de una proyección espontánea. Entonces la imagen proyectada aparece como un hecho aparentemente físico, independiente de la psique individual y de su constitución. Es decir, la totalidad redonda del mandala se convierte en un aparato espacial, tripulado por seres inteligentes. La frecuente forma lenticular de los *ufos* se ve favorecida por la circunstancia de que la totalidad psíquica se relaciona, desde tiempos inmemoriales —como lo demuestran los testimonios históricos—, con los espacios universales, por cuanto se considera que el alma individual tiene origen "celeste" y es una partícula del alma universal, por lo tanto un microcosmo, o sea una copia del macrocosmo. La doctrina de las mónadas de Leibniz constituye un ejemplo concluyente de ello. El macrocosmo es el universo astral que nos rodea y que al espíritu ingenuo se manifiesta como esférico, por lo cual confiere, por así decirlo, al alma su tradicional forma esférica. Pero el cielo astronómico en realidad está lleno de conglomerados estelares de forma lenticular, las galaxias, cuya forma coincide con la de los *ufos*. La forma decididamente lenticular de los *ufos* podría acaso significar una concesión a los resultados de las recientes investigaciones astronomías, porque, que yo sepa, no existen tradiciones anteriores que hablen de una forma lenticular del alma. Trátase aquí sin duda de un ejemplo de modificación de una tradición antigua

gracias al aumento de los nuevos conocimientos y por lo tanto de una influencia ejercida sobre una antigua representación por adquisiciones recientes de la conciencia, como la sustitución, frecuente en tiempos modernos, de animales y monstruos por automóviles y aviones en los sueños.

Pero existe también la posibilidad, como es menester subrayarlo, de un conocimiento natural o “absoluto”, que representa una coincidencia de la psique inconsciente por estados de cosas objetivos. Éste es un problema planteado por los resultados de la parapsicología. El “conocimiento absoluto” es una cuestión que se plantea no sólo en el campo de la telepatía y del pre-conocimiento, sino también en el terreno de la biología, como por ejemplo en el caso de la correlación —demostrada por Portmann— entre el virus de la hidrofobia y la anatomía del perro y del hombre; el aparente conocimiento que tiene la avispa de la localización del ganglio motor de la oruga, que debe alimentar a la cría de la avispa; la producción de luz en peces e insectos con un efecto útil de aproximadamente el 99 %; el sentido de orientación de las palomas mensajeras, la advertencia de terremotos por parte de gallinas y gatos; y la sorprendente *cooperación* que se registra en relaciones simbióticas. Como es sabido, el proceso vital se explica no sólo por causalidad, sino también por elección (“inteligente”). Y la forma de los *ufos* presenta una analogía con los elementos de la estructura del espacio, las galaxias. Y no importa aquí que esto resulte ridículo o no al entendimiento humano.

En nuestro sueño la habitual forma lenticular aparece sustituida por la forma menos frecuente de cigarro, que parece remontarse a la de los primeros dirigibles. Así como en el sueño 1, la interpretación psicoanalítica podría haber recurrido, para explicar la forma de gota, a un “símbolo” femenino, el útero, aquí podría recurrir obviamente a la analogía sexual de la forma fálica. Los estratos profundos psíquicos arcaicos tienen en común con el lenguaje primitivo el hecho de que traducen cosas presentidas e imperfectamente comprendidas en análogas formas imaginativas instintivas, es decir, consuetudinarias; de manera que Freud ha podido establecer con cierta razón que todas las formas redondas o cóncavas tienen significado femenino, y que las formas alargadas tienen significado masculino, como ocurre en la llave hueca (hembra) y la llave llena (macho); o en las tejas cóncavas que se ponen abajo (monjas) y las otras convexas, que se ponen arriba (monjes). En estos casos el interés natural que tiene la sexualidad incita en cierta medida a tales analogías imaginativas. Pero lo cierto es que estas transposiciones no se dan sólo en el impulso sexual, sino también en los casos del hambre y la sed. Con los dioses ocurre que no se verifican sólo acoplamientos sexuales, sino que se los come y se los bebe, Y la propia atracción· sexual debe ceder a una transposición semejante: por ejemplo, nos gusta una muchacha hasta el punto de querer comérnosla. El lenguaje está lleno de metáforas que expresan una esfera de impulsos mediante otra y no es posible establecer la conclusión de que “el amor” o el hambre o el impulso de poderío sea el esencial y primario. Lo esencial y primario consiste más bien en el hecho de que cada

situación despierta el instinto que le corresponde, el cual domina entonces como necesidad vital y determina la elección del símbolo[1] ', así como su interpretación.

En el caso de nuestro sueño nos hallamos ante una probable analogía fálica que, de acuerdo con el significado de este símbolo extremadamente arcaico, confiere a los *ufos* carácter "generador" y "fecundador" y, en un sentido más amplio, también "penetrante" (Lo que corresponde por ejemplo a la invocación de Dionisios como *enkolpios*[2].) El "penetrar" o el "recibir" del dios fue en efecto sentido y alegorizado en el acto sexual. Pero sería equivocado transformar una genuina experiencia religiosa en una fantasía sexual "reprimida", por amor a una mera metáfora. El "que penetra" también se representa con una lanza, una espada, una flecha.

La soñante no cede ante el aspecto amenazador del *ufo*, ni siquiera cuando el aparato se lanza hacia ella. En esta observación directa y frente a frente, reaparece entonces el aspecto original esférico o lenticular del *ufo*, bajo la forma de un *ojo redondo*. Esta imagen corresponde al tradicional ojo de Dios, que como *panskopos* (omnividente), escruta el corazón de los hombres, es decir, exhibe a la luz su verdad y revela despiadadamente la totalidad del alma. Es el reflejo de la *visión* del propio ser en su totalidad real.

El ojo es a medias azul, a medias blanco. Esto corresponde a los colores del cielo, a su puro azul y al blanco de las nubes que privan al cielo de su traslúcido azul. La totalidad del alma, es decir el *Selbst*, representa una conciliación de opuestos. Sin una sombra, ni siquiera el *Selbst* es real. El *Selbst* tiene siempre dos aspectos, uno más claro y el otro más oscuro, como la representación precristiana de Dios en el Antiguo Testamento, que corresponde a la experiencia del hecho religioso bastante mejor que el *summum bonum* de origen cristiano, el cual se funda en el incierto terreno de un silogismo (es decir, el de la *privatio boni*, Apocalipsis, Juan XIV, 7). Ni siquiera el muy cristiano Jacob Böhme pudo eludir este asunto, sino que le dio elocuente expresión en sus Cuarenta Problemas sobre el alma.

La forma de gota que tiene el *ufo* y que indica una sustancia líquida, una especie de "agua", hace lugar aquí a una forma circular, que no solo *ve*, es decir según la antigua concepción, no sólo irradia vista (o sea luz), sino que también irradia quemante calor. ¿Cómo no pensar en el insoportable resplandor que irradia el rostro de Moisés después de haber mirado a Dios? ¿En el "fuego eterno, junto al cual nadie puede permanecer"? ¿Y en las palabras de Cristo: "quien está cerca de Mí está cerca del fuego"?

En nuestro tiempo una experiencia de semejante género pide la intervención no del teólogo, sino del médico y en el caso práctico la intervención del psiquiatra, que es el especialista competente. Me ha ocurrido más de una vez que me haya consultado gente asustada de sus sueños y visiones. Consideraban tales hechos como síntomas psíquicos morbosos que quizá anunciaban una enfermedad mental, siendo así que en realidad eran más bien *"somnia a Deo missa"* (sueños enviados por Dios), es decir verdaderas y auténticas vivencias religiosas, que chocaban contra una

conciencia no preparada, ignorante y hasta cargada de prejuicios. De manera que en esto hoy no nos queda otra alternativa: lo que no es cotidiano no puede ser sino morboso, enfermizo, pues el término medio abstracto, no la realidad, representa la verdad última. El sentido de valor queda reprimido en favor de un intelecto limitado y de una razón cargada de prejuicios; por eso no ha de sorprendernos el hecho de que nuestra paciente, después de su experiencia del *ufo*, se despierte en un hospital, con el rostro quemado. Ésta es, por cierto, una historia bien contemporánea.

El segundo sueño se distingue del primero porque expresa claramente la relación interna del su jeto con el *ufo*, relación que falta en el primer sueño. El *ufo* se ha precipitado sobre la soñante y no sólo le clava un ojo escrutador, cuya mirada la abrasa, sino que irradia hacia el sujeto *calor* mágico, que representa un fenómeno de intensidad emocional interna. El fuego es el equivalente simbólico de una emoción fuerte, que en este caso se manifiesta de manera enteramente inesperada. A pesar de su miedo (justificado) la soñante hace frente al fenómeno, como si éste en el fondo fuera inofensivo; pero luego debe comprobar que es capaz de irradiar un calor amenazador, afirmación que encontramos muchas veces en la literatura sobre los *ufos*. Este efecto representa de nuevo una proyección de una emoción propia y no advertida como tal y elevada, por un sentido del valor, hasta la pasión (*Afffekt*), que empero el yo no conoce. Aun la expresión del rostro queda modificada después de la visión del sueño (quemadura). Esto nos recuerda no sólo la transfiguración del rostro de Moisés, sino también la del "hermano Klaus, después de su terrible visión de Dios. Con ello se alude a una vivencia “indeleble”, cuyas huellas son visibles hasta para los otros, es decir que el fenómeno ha determinado una modificación en la expresión general de la persona. Sin embargo, desde el punto de vista psicológico, el hecho, hasta que no esté integrado en la conciencia, sólo significa una modificación potencial. Por eso el hermano Klaus se vio constreñido a emprender fatigosos estudios y meditaciones hasta que logró reconocer en su transfigurado rostro una visión de la Santa Trinidad, y a transformar, de acuerdo con el espíritu de la época, la vivencia en un contenido integrado en la conciencia, contenido que lo obligaba intelectual y éticamente. A nuestra soñante le falta aún realizar este trabajo y también quizá a todos aquellos que ven *ufos,* sueñan con *ufos* o difunden rumores sobre *ufos*.

Los símbolos de la divinidad coinciden con los del *Selbst*, es decir, que lo que por un lado significa como experiencia psicológica la totalidad psíquica, expresa por otro lado la idea de la divinidad. Esto no quiere decir que pretendamos afirmar la identidad metafísica de las dos entidades, sino únicamente la identidad empírica de las imágenes que nacen en la psique humana como surge claramente también de nuestro sueño. Lo que constituye el supuesto metafísico de la coincidencia en la formación de las imágenes, se sustrae como todo lo trascendental al conocimiento humano.

El motivo del ojo divino aislado, que en nuestro sueño el inconsciente ofrece en cierto modo como explicación del fenómeno del *ufo*, aparece ya en la antigua

mitología egipcia como *ojo de Horus*, el ojo del hijo que cura al padre Osiris del parcial enceguecimiento provocado por Seth. La representación del ojo autónomo ele Dios se encuentra también en la iconología cristiana.

Es indispensable situar en un contexto simbólico histórico los productos del inconsciente (colectivo), es decir, las imágenes que exhiben un carácter inconfundiblemente mitológico, porque ellas forman el lenguaje de la psique innata y de su estructura y en lo que respecta a su disposición, no son en modo alguno adquisiciones individuales. La psique humana, a pesar de su excepcional capacidad de hacer adquisiciones y aprender conscientemente, es un fenómeno natural, como la psique de los animales, y se funda en instintos innatos que llevan en sí su forma *a priori* relativamente determinada y que constituyen lo específicamente heredable de la especie. El arbitrio, la intención, como todas las diferenciaciones personales, son adquisiciones tardías, que deben su existencia a una conciencia emancipada de la mera instintividad. Cuando se trata de configuraciones arquetípicas, los intentos de explicarlas sobre la base de la persona inducen a error. En cambio, la comparación histórico-simbólica no sólo es fecunda por razones científicas, sino que posibilita además prácticamente una comprensión más profunda. El tratamiento histórico-simbólico (“amplificador”) produce un resultado que al principio crea la impresión de una retrotraducción al lenguaje primitivo. Y en realidad sería así, si aprehender mediante el inconsciente fuera una operación exclusivamente intelectual y no total, es decir, si el arquetipo, además de su manera de manifestarse formal, no poseyera al propio tiempo también una propiedad numinosa, esto es, también un sentimiento de valor prácticamente operante. Cierto es que de este último puede no tenerse conciencia, porque es posible suprimirlo artificialmente. Pero una supresión es capaz de engendrar neurosis porque la carga afectiva que así y todo existe, sencillamente busca una salida por otra parte, otra parte impropia, según todos sabemos.

Como lo muestra claramente nuestro sueño, el fenómeno de los *ufos* se basa en estratos profundos del inconsciente, que históricamente se han expresado siempre en *representaciones numinosas*. Es en ellos, pues, donde debemos buscar una explicación del misterioso acontecimiento, son ellos que arrojan luz significativa sobre la existencia de éste; significativa porque no se trata exclusivamente de reminiscencias históricas que han quedado en oscuros abismos, o de comprobaciones psicológico comparativas, sino más bien de procesos afectivos actuales.

Nunca como hoy se prestó, por motivos técnicos, atención tan extraordinaria a la atmósfera y a la esfera celeste. Y esta afirmación es especialmente válida en el caso de los aviadores, cuyo campo visual está llenado por una parte con el complicado conjunto de aparatos de su cabina y, por otra parte, con el vacío del espacio cósmico. Su conciencia está concentrada uní-lateralmente en particularidades que exigen una observación atenta y, por otro lado, su inconsciente tiende a llenar el vacío indeterminado del espacio. Pero la disciplina del piloto, así como su llamado *common sense*, le impiden observar todo aquello que para compensar el vacío y la soledad del

vuelo alejado de la tierra podría emerger de su interior y hacerse perceptible. Semejante situación representa una condición ideal para que se produzcan fenómenos psíquicos espontáneos, como lo saben bien quienes han vivido mucho tiempo en la soledad, en el silencio, en el aislamiento del desierto, del mar, de los montes y de las selvas vírgenes. El racionalismo y la trivialidad son esencialmente consecuencias de la necesidad de estímulos que caracteriza a los habitantes de las ciudades. El habitante de la ciudad busca sensaciones artificiales para huir de su trivialidad; en cambio, el solitario no las busca, sino que, sin que él lo quiera, esas sensaciones se le presentan espontáneamente.

Por las experiencias de la vida ascética y austera de los eremitas sabemos que, voluntariamente o no, sin que aquí intervenga la conciencia, se suscitan visiones psíquicas espontáneas para compensar la situación de extrema necesidad biológica del anacoreta: por un lado surgen imágenes fantásticas, visiones y alucinaciones numinosas de valor positivo; por otro lado, sur6en visiones de valor negativo, Las primeras proceden de una esfera del inconsciente sentida como espiritual; las otras, evidentemente, del demasiado bien conocido mundo de los instintos, visiones de fuentes, copas y magníficos manjares para aplacar el hambre, de seres seductores y voluptuosos que se ofrecen al deseo sexual reprimido, imágenes de riqueza y poder universal, que compensan la pobreza y la falta de autoridad e influencia, en tanto que alboroto, ruido y música animan el silencio y la soledad insoportables. Aunque en este caso nos sentiríamos fácilmente inducidos a hablar de imágenes provocadas por deseos reprimidos y a explicar de esta manera la proyección de las fantasías, la visión de valor positivo escapa a este modo de interpretación, porque no corresponde a ningún deseo reprimido, sino que por el contrario corresponde a un deseo perfectamente consciente que, por eso mismo, no puede engendrar ninguna proyección. Un contenido psíquico puede manifestarse como proyección únicamente cuando el yo no sabe que pertenece a su persona. Por eso es mejor que descartemos la hipótesis del deseo.

El eremita busca lograr una vivencia espiritual y a ese fin deja desfallecer al hombre terrenal. Como es comprensible, el mundo de los instintos ofendidos reacciona con proyecciones no deseadas, pero también la esfera espiritual responde con proyecciones de naturaleza positiva… de manera por así decirlo inesperada para nuestra razón científica. La esfera espiritual no parece sufrir de ninguna falta, sino que hasta se cultiva con la mayor dedicación posible, mediante oraciones, meditaciones y otros ejercicios ascéticos. De manera que la esfera espiritual —de acuerdo con nuestro supuesto— no tiene en modo alguno necesidad de una compensación. Verdad es que su unilateralidad, que deja desfallecer al cuerpo, queda compensada por la viva reacción del mundo de los instintos. La aparición espontánea de proyecciones positivas, es decir, de imágenes numinosas, se considera, empero, como gracia y manifestación divina, caracterizadas precisamente así por los contenidos de la visión. En apariencia, esta visión se comporta psicológicamente de

modo absolutamente igual a la visión de los instintos insatisfechos, a pesar del hecho bien conocido de que el santo hace todo cuanto puede por nutrir y cultivar su espiritualidad. El santo precisamente no deja perecer al hombre espiritual y por lo tanto no puede tener necesidad de ninguna compensación tocante a esto.

Si frente a este dilema nos atenemos a la teoría de la compensación, teoría que en la práctica se verifica, debemos llegar a la paradójica suposición de que el estado espiritual del eremita, a pesar de la apariencia contraria, es un estado de insatisfacción que, en consecuencia, tiene necesidad de una apropiada compensación. Así como por ejemplo el hambre físico se sacia por lo menos en sentido figurado con la vista de una magnífica comida, así el hambre del alma se sacia con la visión de imágenes numinosas. Pero no nos convence la idea de que el alma del eremita pase hambre. El anacoreta hasta pone toda su vida para obtener el *panis supersubitancialis* (el pan suprasustancial) que es lo único que aplaca su hambre, y tiene a su disposición la fe, la doctrina de la iglesia y los medios que ésta le ofrece para obtener la gracia. ¿Por qué iba a sentir que le falta algo? Pero en verdad todas esta5 cosas no lo nutren y su anhelo inextinguible no se apaga. Lo que evidentemente aún le falta es el hecho real, la *experiencia inmediata* de la realidad espiritual, cualquiera sea la fornía en que ésta se le presente. Poca importancia tiene el hecho Je que esta realidad se le manifieste ante los ojos de manera más o menos concreta o simbólica. El eremita no espera por cierto la palpabilidad física de una cosa terrenal, sino la sublime impalpabilidad de una visión espiritual. Esta experiencia es en sí una compensación —de un valor que está por encima de todos los otros— del vacío de las formas tradicionales. En efecto, se le aparece, sin intervención suya, una imagen numinosa que es tan “real” (porque “realiza”) como las ilusiones de sus impulsos insatisfechos. Pero esa imagen, a causa de su realidad y espontaneidad, es una imagen que él desea, así como no desea las ilusiones de su mundo sensible. Mientras los contenidos numinosos se sirven más o menos de las formas tradicionales no existe ningún motivo de inquietud. Pero si esos contenidos traslucen su arcaísmo a través de propiedades insólitas y desconcertantes, el asunto se hace equívoco y penoso. Suscitase entonces la duda de si, al fin de cuentas, no son tan ilusorios como las engañosas imágenes del mundo sensible. Puede ocurrir asimismo que una manifestación que parece al principio divina se maldiga luego como “*diabólica fraus*” (engaño del demonio). El criterio de distinción está únicamente en la tradición, no en la realidad o en la irrealidad de las visiones, como en el caso de un banquete que puede ser real o ilusorio. La visión, lo mismo que sus contenidos numinosos, es un fenómeno psíquico. El espíritu responde al espíritu, en tanto que en el caso del ayuno a la necesidad de alimento responde una alucinación; pero no una comida real. En el primer caso la cuenta se paga en efectivo; en el último, en cambio, con un cheque sin fondos. Por eso, en el primer caso la solución es satisfactoria, y en el último evidentemente in-satisfactoria.

Sin embargo, la estructura del fenómeno es la misma. En el caso del hambre físico el hombre tiene necesidad de una comida real, y en el caso del hambre

espiritual tiene necesidad del contenido numimoso que, de acuerdo con su naturaleza, es arquetípico y ha pre sentado desde tiempos inmemoriales una manifestación natural, ya que el simbolismo cristiano se funda, como todas las otras representaciones religiosas, en modelos arquetípicos que se remontan a la prehistoria. El carácter original de totalidad del símbolo comprende todos los posibles intereses e instintos humanos, lo cual precisamente garantiza la numinosidad del arquetipo. Por eso, en el estudio comparado de las religiones encontramos continuamente asociados aspectos religioso-espirituales con aspectos de la sexualidad, del hambre, del instinto de lucha y de poderío, etc. Una fuerte particularidad fecunda de símbolos religiosos es a veces el impulso al que más responde el individuo. Existen sociedades en las cuales el hambre es más importante que la sexualidad y viceversa. Por ejemplo, la civilización nos molesta menos con tabúes del hambre que con restricciones sexuales. En la sociedad moderna la limitación sexual hasta asume el papel de una divinidad ofendida, que sabe hacer valer indirectamente sus derechos y sus pretensiones en todas las esferas posibles, hasta en la de la psicología, donde procura reducir el espíritu a una represión sexual.

La interpretación (parcial) del simbolismo *sub especie* de la sexualidad, se toma hoy muy en serio. Si tender a metas espirituales no es un instinto auténtico, sino meramente la consecuencia de cierto desarrollo social, la explicación basada en principios sexuales es la más clara y la que más se recomienda a la razón. Pero aun cuando se atribuya al impulso hacia la totalidad y la unidad el carácter de un instinto genuino y la explicación se funde esencialmente en ese principio, queda sin embargo el hecho de una estrecha asociación del impulso hacia la totalidad con el instinto. Con excepción de la experiencia religiosa, nada desafía de manera más consciente y personal al hombre moderno que la sexualidad. Pero asimismo puede afirmarse con buena fe que es el impulso de poderío lo que se resuelve de acuerdo con el temperamento y las premisas subjetivas. Lo único indudable es el hecho de que el más importante de los impulsos fundamentales, es decir, el impulso religioso hacia la totalidad des· empeña en la conciencia actual y corriente el papel más modesto considerado históricamente, porque hoy puede liberarse sólo con esfuerzo y tras continuas recaídas de asociaciones y contaminaciones con los otros dos impulsos. Mientras estos dos últimos se refieren a lo cotidiano, evidente para cualquiera, el primero, para hacerse evidente, tiene necesidad de una conciencia relativamente más diferenciada, de reflexión, de juicio, de responsabilidad, y de muchas otras virtudes similares. En efecto, el impulso religioso no se recomienda al hombre relativamente inconsciente, atado a la naturaleza, porque éste, afirmándose en el mundo que le es conocido, se aferra a lo cotidiano, a lo que aprehenden sus sentidos y que, por lo tanto, es probablemente válido colectivamente, circunstancia que hace honor a la máxima: “pensar es difícil; por eso la mayor parte de los hombres juzga”. El hombre de este tipo cree que la existencia queda considerablemente aliviada y aligerada cuando algo aparentemente complicado, inusitado, difícil de entender, algo que

amenaza suscitar problemas, puede reducirse a algo habitual, es más aún, trivial, especialmente cuando la solución le parece sorprendentemente sencilla, y además ingeniosa. Como explicación más obvia y clara siempre puede echar mano de la sexualidad, presente en todas partes y en todo momento, y también del impulso de poderío. La reducción a estos dos impulsos fundamentales dominantes procura una satisfacción no despreciable y por lo general mal disimulada a una mente racionalista y materialista, porque de tal manera la dificultad que tiene un carácter amenazador tanto en el plano intelectual como en el moral, queda en apariencia fundamental y definitivamente suprimida. Además se experimenta la jubilosa sensación de haber llevado a cabo un útil traba jo de clarificación, al haber contribuido a liberar al individuo de un superfluo peso moral y social. El racionalista que de esta manera ha iluminado el problema conquista entonces fama de benefactor de la humanidad. Pero considerada más de cerca la cuestión presenta por cierto un aspecto muy diferente: la liberación, difícil y sobre todo aparentemente insoluble, que se lleva a cabo conduce la sexualidad a una represión aun peor, es decir a una represión racionalista o a un cinismo que agosta el alma y conduce al impulso de poderío primero hacia el idealismo socialista que, empero, en la mitad del mundo ya se ha detenido en la cárcel del estado comunista. De esta manera mediante la contención de los otros dos instintos se obtiene exactamente lo contrario de lo que quiere conseguir la tendencia a la totalidad, es decir, la liberación del individuo. Este cometido no logrado refuerza en grado casi patológico las exigencias de los otros dos impulsos, que siempre han impedido una evolución más elevada del hombre. En todo caso ha tenido el efecto de engendrar la neurosis característica de nuestra época y en el fondo es el principal responsable de la disociación del individuo, y sobre todo del mundo. No quieren admitirse las *sombras* y de esta manera la mano derecha no sabe lo que hace la izquierda.

Con cabal conocimiento de la situación, la iglesia, a pesar de haber considerado los pecados sexuales como pecados “veniales”, ha convertido prácticamente la sexualidad en su enemigo principal y lo combate desde todos los ángulos. Con ello ha provocado una conciencia sexual aguzada, que podrá no convenir a los espíritus débiles, pero que fomenta, empero, la reflexión y la ampliación de la conciencia. La magnífica explicación del universo que da la iglesia católica y que tanto le reprochan los protestantes, tiene la finalidad manifiesta de hacer ver gráficamente al impulso de poderío natural, la fuerza del espíritu, lo cual es infinitamente más eficaz que los mejores argumentos lógicos, fastidiosos para todo el mundo. Menos del uno por mil de la población del globo se deja instruir por reflexiones. Todos los demás ceden a la fuerza de sugestión de la evidencia gráfica.

Pero después de esta digresión volvamos al problema de la interpretación sexual. Si intentamos definir la estructura psicológica de la vivencia religiosa, es decir, de ese acontecimiento total, salvador, redentor, que todo lo abarca, parece que la fórmula más sencilla que podemos encontrar es la siguiente: *en la evidencia religiosa el*

hombre encuentra a otro Ser psíquicamente superior. De esa potencia sólo existen predicados; ninguna prueba física o lógica. Se presenta al hombre revestida de forma psíquica. Tampoco se la puede interpretar como exclusivamente espiritual, pues la experiencia nos obliga inmediatamente a desautorizar semejante juicio, por cuanto lo que se manifiesta según la disposición psíquica asume por ejemplo la forma de la sexualidad o de algún otro impulso no espiritual. Sólo lo superior, sin importar de qué modo de expresión se sirva, puede desafiar al hombre como todo y obligarlo a reaccionar como totalidad. No puede probarse que existan o deban existir tales hechos. Tampoco existe prueba alguna de que esos eventos sean algo más que psíquicos[1]. Porque su evidencia descansa, para el observador, sola y exclusivamente en afirmaciones y confesiones. Dada la crasa infravaloración del alma que caracteriza a nuestra época, predominantemente materialista y estadística, esto parece condenar el hecho religioso. En consecuencia, el intelecto medio busca refugio en la incredulidad o en la credulidad que no es fe, ya que el "alma" equivale para él a una niebla inasible. Los hechos o son hechos sólidos o bien son sólo ilusiones producidas por la sexualidad reprimida o por compensaciones de complejos de inferioridad. Yo en cambio he propuesto que se reconozca al alma una realidad que le es propia. Porque, en efecto, a pesar de los progresos de la química, distamos aún mucho de poder explicar bioquímicamente la conciencia. Por el contrario, la química tiene que admitir que sus leyes no explican ni siquiera el proceso selectivo de la asimilación de los alimentos, para no hablar de la autorregulación y autoconservación del organismo. Cualquiera sea la manera en que esté constituida la realidad del alma, ella parece coincidir con la realidad de la vida y además hallarse en relación con las leyes de lo inorgánico. Y por último, el alma posee una propiedad que se prefiere no admitir, esto es, ese factor relativizante de tiempo y espacio, que la parapsicología se esfuerza por comprender.

Desde que se descubrió el inconsciente empírico, la psique y lo que en ella ocurre es un hecho natural y no ya una opinión arbitraria, cosa que sería si debiera su manifestación a designios o intenciones de una conciencia sin base. Pero la conciencia, con su movilidad caleidoscópica, descansa, como sabemos gracias al descubrimiento del inconsciente, sobre la base, por así decirlo, estadística o por lo menos en alto grado conservadora de los instintos y sobre sus formas específicas, los arquetipos. Este mundo de los estratos psíquicos profundos[1] se revela como un mundo antagónico de la conciencia, la cual, en virtud de su movilidad (capacidad de aprender) corre a menudo el peligro de perder sus raíces. Como consecuencia de esta experiencia, los hombres se han visto obligados desde tiempos inmemorables a practicar ritos que tienen la finalidad de asegurar la cooperación del inconsciente. En un mundo primitivo no se echa la cuenta sin la huéspeda, sino que continuamente se recuerdan los dioses, los espíritus, el hado y las propiedades mágicas de tiempo y lugar, con lo cual se reconoce justamente que la voluntad del hombre por si sola representa únicamente un fragmento de una situación total. El comportamiento del

hombre primitivo posee un carácter total, del que el hombre civilizado procura liberarse como si se tratase de una carga superflua. Hasta tiene la impresión de que no puede hacerse otra cosa. Este hecho, por un lado reviste gran importancia como desarrollo, que puede juzgarse positivo, de la conciencia que discierne; pero por otro lado presenta la desventaja, casi igualmente grande, de disolver la totalidad primaria en funciones independientes que se hallan en conflicto recíproco. La diferenciación de la conciencia respecto de los instintos es inevitable. Pero igualmente inevitables son, a pesar de las ventajas, también las desventajas que acarrea el desmembramiento de la t6 talidad originaria. En los tiempos modernos se siente esta pérdida creciente. Recordaré solamente la irrupción de Nietzsche y esa corriente de la literatura ale-muria cuyo síntoma más claro es acaso el libro de Klages *Der Geist als Widersacher der Seele*[1],

Como consecuencia de esta fragmentación, las funciones individuales de la conciencia quedan diferenciadas y pueden sustraerse al gobierno de las otras funciones, hasta alcanzar una especie de autonomía y crearse un mundo propio en el que las otras funciones se admiten sólo en la medida en que se dejan someter por la función dominante. Pero de este modo la conciencia pierde su equilibrio: si predomina el intelecto, entonces cede el juicio de valor de los movimientos y viceversa. Si domina la *fonction du réel*, la intuición queda sin poder, porque a ésta no le interesan generalmente los hechos evidentes, en tanto que inversamente una intuición preponderante vive en un mundo de puras posibilidades indemostradas. Con una evolución de este tipo se hace posible la útil especialización, pero también la odiosa unilateralidad.

Ahora bien, es nuestra capacidad de ser unilaterales la que nos invita a considerar las cosas desde un solo punto de vista y a reducirlas, hasta donde es posible, a un único principio. En la esfera de la psicología esta actitud conduce inevitablemente a explicaciones que tienden a ser unilaterales. Por ejemplo, donde predomina la extraversión el conjunto de la psique queda reducido a influencias del mundo circundante, y donde predomina la introversión todo se reduce a la disposición psicofísica hereditaria y a factores intelectuales y sentimentales correspondientes a ella. Tanto una actitud como la otra tiende a la mecanización del aparato psíquico. Quien intentara hacer que se expresen igualmente los dos puntos de vista sería acusado de introducir confusión. En verdad deberían aplicarse los dos puntos de vista, pero el resultado será una serie de proposiciones paradójicas. Para eludir la penosa pluralidiad de principios de interpretación se prefiere a menudo, a expensas de los otros, considerar sólo uno de los impulsos fundamentales fácilmente reconocibles. Nietzsche funda todo en el impulso de poderío; Freud, en el placer y en la renuncia. Si en Nietzsche el inconsciente como factor se hace por fo menos claramente perceptible y en Freud una *conditio sine qua non*, sin perder empero en ningún momento el carácter de magnitud de segundo orden y de “no otra cosa que” una represión, en Adler el campo visual se limita a una psicología subjetiva

“megalómana” (¡“psicología individual”!), en la que el inconsciente como magnitud en ciertos casos decisiva pierde toda significación. Y esta misma suerte hubo de correr también el “psicoanálisis” freudiano en la generación de los discípulos. Las significativas aportaciones de Freud a una psicología del inconsciente se han quedado en el arquetipo único del “complejo Edipo”, y los discípulos más cercanos a él no las desarrollaron ulteriormente. La evidencia del instinto sexual es tan convincente en el caso del complejo del incesto que un intelecto cuya cosmovisión fuera más o menos limitada podía declararse satisfecho. Lo mismo cabe afirmar de la exigencia de potencia subjetiva en Adler. Las dos concepciones w aferran a un supuesto instintivo que no deja lugar a algún otro que puede presentarse de cuando en cuando, con lo cual conducen inevitablemente al callejón sin salida de la especialización y de la interpretación fragmentaria. En cambio, la promisoria aportación de Freud apunta a la bien documentada historia de la fenomenología psíquica que nos permite obtener un cuadro general aproximado de la psique. La psique no se manifiesta por cierto tan sólo en la esfera subjetiva de la persona, sino mucho más en los fenómenos psíquicos colectivos que Freud intuyó correctamente en principio, como lo prueba por ejemplo el concepto del *superyo*. Tanto el método como la teoría estuvieron inicialmente —y por demasiado tiempo— en manos del médico, quien necesariamente tiene que ocuparse de individuos con problemas personales apremiantes. Como es natural, el médico no piensa en primer lugar en realizar una indagación de fondo, con sus exigencias inevitablemente históricas, y su formación naturalista así como su actividad práctica no acuden en su ayuda cuando se interesa por los supuestos generales del conocimiento psicológico. Freud se vio por esto inducido a saltar el por cierto fatigoso escalón de una ciencia psicológica comparativa y a aventurarse en la protohistoria de la psique humana, que es sin duda un terreno inseguro, susceptible de toda conjetura. De esta manera abandonó el terreno firme y, sin hacerse instruir por los conocimientos de los etnólogos y de los historiadores, transfirió directamente al vasto campo de la psicología primitiva las nociones adquiridas del neurótico moderno en su práctica médica. No se dio suficientemente cuenta de que en condiciones diferentes los acentos de valor se desplazan y entran en acción otros elementos psíquicos dominantes diferentes. La escuela freudiana se quedó en el motivo de Edipo, es decir, el arquetipo del incesto, y por lo tanto en una concepción predominantemente sexual, con absoluto desconocimiento de la circunstancia de que el complejo de Edipo es un hecho exclusivamente masculino, de que la sexualidad n? es el único elemento dominante posible del acaecer psíquico y de que el incesto, por lo que supone de instinto religioso, es más una expresión que la causa del instinto mismo. No quiero citar aquí los intentos que hice en esta dirección, porque para casi todo el mundo constituyen un libro cerrado con siete sellos. Y éste no es un reproche, por cuanto ni siquiera el propio Freud, a pesar de su “complejo de Edipo” fue capaz de ver cuán justificado estaba mi punto de vista. Su orientación “psicoanalítica”' siguió encadenada a la teoría sexual.

La hipótesis sexual posee sin embargo una considerable fuerza de persuasión porque coincide con un instinto fundamental. Lo mismo cabe afirmar de la hipótesis del poderío, que puede remitirse a impulsos que no sólo caracterizan a los individuos singulares sino que están también en la base de las aspiraciones políticas y sociales. No existe la menor perspectiva de llegar a un acuerdo y menos a una unificación de los dos puntos de vista, a menos que se reconozca la índole particular del *Selbst*, que comprende tanto al individuo como a la comunidad. Según lo muestra la experiencia, los arquetipos poseen la propiedad de la *transgresividad*, es decir, que se manifiestan eventualmente como si perteneciesen tanto a la sociedad como al individuo. Son pues numinosos y contagiosos. (*Es ist der Ergriffene, der ergreift*)[1] En ciertos casos, no demasiados raros, la *transgresividad* produce también coincidencias significativas, es decir, fenómenos acausales, sincronísticos, como por ejemplo, los resultados de la ESP (*Extrasensory Perception*) de Rhine[2].

Los instintos son partes de la totalidad viva. Están coordinados a la totalidad y subordinados a ella. Su liberación como entidades singulares conduce al caos y al consiguiente nihilismo, porque elimina la totalidad y la unidad del individuo, con lo cual lo destruye. Pero sería tarea del psicoterapeuta, en el sentido más elevado de la palabra, conservar o restablecer la unidad y la totalidad. No puede ser tarea de la educación la de producir racionalistas, materialistas, especialistas técnicos, en suma, existencias que sin tener conciencia de su origen vienen a encontrarse bruscamente en el presente y contribuyen a disociar y fragmentar la sociedad, de manera que ninguna psicoterapia que limite su campo de observación a un único aspecto del problema puede arrojar multados satisfactorios. Pero la tendencia a todo esto es tan grande y tan inminente el peligro de perder el instinto en la intensidad turbulenta de la civilización moderna, que toda manifestación del instinto debe ser observada con cuidado, porque forma parte del cuadro de la totalidad y es indispensable al equilibrio del hombre.

Por estos motivos el aspecto sexual del fenómeno de los *ufos* merece nuestra atención; porque en efecto indica que un instinto poderoso como la sexualidad interviene en la estructura del fenómeno. Es de presumir que no se debe a accidente alguno el hecho de que en un sueño aparezca un símbolo femenino y en otro un símbolo masculino, correspondientes a la forma lenticular y a la forma de cigarro de los *ufos*, puesto que donde aparece un símbolo cabe esperar que aparezca también el correspondiente.

La visión representa un símbolo que consiste no sólo en formas arquetípicas de la imaginación, sino además en partes instintivas y que por lo tanto tiene justificados motivos para que se la considere “realidad”. El símbolo es no sólo “histórico”, sino actual y dinámico. Por eso afecta al hombre no sólo en su fantasía técnica consciente o en su especulación filosófica sino hasta en las profundidades de su naturaleza “animal”. Reúne todas las condiciones que puedan esperarse de un símbolo auténtico, esto es, que exprese y abarque aproximadamente todo el hombre. Por in-satisfactoria

que en este caso pueda ser una interpretación realizada desde el punto de vista sexual, en modo alguno es lícito dejar de lado la contribución que pueda venir de esta dirección, sino que es menester tomar buena cuenta de ella.

También el impulso de poderío se manifiesta en los dos sueños. La soñante se halla en una situación singular, es decir, descollante, pues es la elegida para que el fuego divino le queme el rostro. Las dos interpretaciones —en la materia en que pretenden ser exclusivas— eliminan el significado simbólico de los sueños y al individuo, en favor de la manifestación del instinto. La insignificancia del individuo por un lado y la superioridad del impulso por otro queda una vez más establecida. Para quien aún no lo supiera, esta afirmación significa una novedad impresionante. Pero nuestra soñante no pertenece en modo alguno a la masa de espíritus ingenuos. Por eso no sería pertinente en su caso llevar a cabo semejante reducción del sentido del sueño. La soñante es, por el contrario, una de esas personas modernas que se dan cuenta de lo que significa la supresión del individuo. La paralizan-te sensación de insignificancia y desvalimiento se compensa a través de los sueños: ella es la única que no cede al pánico y que reconoce la causa de éste. La aparición extraterrenal se dirige hacia ella y le hace sentir su potencia con marcas visibles. Ella descuella como "la elegida". Semejante reacción del inconsciente tiene un sentido útil sólo, naturalmente, cuando sentimientos de inferioridad y la falta de significación de una existencia puramente funcional amenazan sofocar la personalidad.

Nuestro caso es un paradigma de la difundida angustia y de la inseguridad actual del hombre inteligente e indica de manera igualmente ejemplar la compensación que procede del inconsciente.

Sueño 3

Este sueño es un fragmento de un sueño más largo: quien lo soñó y lo puso por escrito hace unos seis años fue una paciente de cuarenta y dos años. En aquel momento ella nada había oído de "platos voladores" ni de cosas parecidas.

> *Soñaba que se hallaba en un jardín, cuando de pronto oyó sobre su cabeza el zumbido de un motor. Se sentó en el muro del jardín para ver "qué sucedía". Aparece una forma negra, metálica, que describe círculos sobre ella: es una «gran araña metálica voladora, con grandes, negros ojos. Es de forma redonda. Es la nueva y extraordinaria nave aérea». Desde el interior de la araña resuena solemnemente una voz clara, alta, que pronuncia una oración, la cual debe ser una indicación o exhortación para todos, tanto para los de la Tierra como para los que se hallan dentro de la araña. La oración reza así: "¡Condúcenos hacía abajo y mantennos (seguros) en lo bajo… Elévanos a las alturas!" Más allá del jardín se levanta un gran edificio*

administrativo, en el cual se toman decisiones internacionales. La araña vuela asombrosamente cerca de las ventanas del edificio evidentemente con la finalidad de influir con la voz en los hombres reunidos en el interior y de indicarles el camino que haga posible la paz, es decir, el camino que conduce al misterioso mundo interior. Esos hombres deben tomar decisiones conciliadoras. En el jardín hay además otras personas que observan. La soñante se siente algo molesta porque no está del todo vestida.

Comentario al sueño 3

En la parte del sueño que precede al fragmento citado se declaraba que la cama de la soñante se hallaba junto al muro que rodeaba el jardín. Quiere decir que dormía bajo el cielo abierto, con lo cual se indica que durante el sueño y después de él la soñante se hallaba expuesta a la “libre naturaleza”, esto es, psicológicamente al inconsciente colectivo impersonal, que corresponde a nuestro mundo circundante natural y que se halla siempre proyectado en éste. El muro significa el límite que separa el mundo circundante próximo de la soñante de otro más lejano (el de los edificios administrativos). Aparece una “forma metálica” redonda, caracterizada como “araña voladora”. Esta caracterización de la “araña”, impone recordar la hipótesis de que los *ufos* son una especie de insectos que proceden de otros planetas y poseen una envoltura o cáscara metálica y resplandeciente. Cosa parecida sería el caparazón quitinoso, también de aspecto metálico, de nuestros coleópteros. Cada *ufo* sería un animal[1]. Debo confesar que al leer las numerosas relaciones sobre *ufos* se me ocurrió también a mí la idea de que el comportamiento característico de los *ufos* recuerda sobre todo al de ciertos insectos. Y si se quiere especular sobre semejante posibilidad, existe ciertamente la posibilidad de que, en condiciones de vida diferentes, la naturaleza sea capaz de demostrar aún mejor su “sabiduría” en una dirección diferente de la de la producción fisiológica de luz y otras cosas parecidas, por ejemplo en la antigravitación. En efecto, nuestra fantasía técnica sigue por el momento y a menudo con mucho retraso a la fantasía de la naturaleza. Todas las cosas de nuestra experiencia están sometidas a la gravitación, con la única y grande excey ción de la *psique*. La psique representa precisamente la experiencia misma de la falta de peso. Que sepamos, el “objeto” psíquico y la gravitación son inconmesurables. Parecen ser diferentes por principio. La psique representa la única antítesis que conocemos de la gravitación. Es una antigravitación, en el sentido propio del término. Para confirmar esta aseveración, podríamos asimismo aducir las experiencias de la parapsicología, como por ejemplo la levitación y otros fenómenos psíquicos que relativizan tiempo y espacio y que hoy sólo los ignorantes niegan. Evidentemente en la base dé la “araña voladora” hay una fantasía inconsciente de este tipo. También la literatura sobre los *ufos* en su explicación de la supuesta lluvia de

hilos de Oloron y Gaillac[1] se refiere a la araña voladora. Además el sueño hace la concesión a la fantasía técnica moderna de que el fenómeno es una “nueva y extraordinaria” nave aérea.

La naturaleza psíquica de la araña se manifiesta en el hecho de que contiene una “voz” que evidentemente proviene de un ser semejante al hombre. Este singular fenómeno recuerda casos parecidos en enfermos mentales que pueden percibir voces provenientes de cualquier cuerpo. Las “voces” son, como las visiones, manifestaciones sensoriales autónomas, provocadas por la actividad del inconsciente. En la literatura sobre los *ufos* aparecen también “voces del éter”[2],

Es menester hacer notar el lugar descollante que se da a los *ojos*, que expresan la acción de ver y la intención de ver, es decir, un *Absich*[3] La *Absich* se manifiesta a través de la voz cuyo mensaje se dirige por un lado a los habitantes de la Tierra y por otro a “los que se hallan dentro de la araña”. Aquí aparece de manera inconsecuente la otra posibilidad provocada, según abe presumir, por la asociación “nave voladora”, es decir, un aparato que transporta pasajeros. Estos se conciben evidentemente por lo menos semejantes a los hombres, pues el mismo mensaje está destinado tanto a ellos como a los hombres. Podría pues suponerse que tanto los unos como los otros sor sólo aspectos diferentes del hombre; por ejemplo, del hombre empírico, que se halla acá·abajo en la Tierra y del hombre espiritual, que se halla arriba en el cielo.

El mensaje críptico, esto es, la oración, está dicho por una sola voz, evidentemente la de alguien que ruega o predica. Se dirige, pues, a los que lleva y conduce, es decir probablemente a la araña. En consecuencia, nos vemos obligados a indagar algo más en el símbolo de la araña. Como se sabe, este animal absolutamente inofensivo en nuestras latitudes, es un objeto de horror y superstición para mucha gente (*araignée du matin, grand chagrin; ataignée du soir, grand espoir*). Cuando a alguien no le funciona bien la cabeza se dice que tiene “telarañas en el techo” (cerebro). Nuestro compatriota Jeremías Gotthelf ha descrito e ilustrado el horror que puede inspirar la araña, en su *Schawrzen Spinne*, (*La araña negra*). La araña y todos los otros animales que no tienen sangre caliente o un sistema nervioso cerebroespinal asumen la función de símbolos oníricos y desempeñan el papel de representantes de un mundo psíquico que nos es profundamente desconocido. Hasta donde alcanzo a ver, esos símbolos expresan las más veces contenidos activos, pero incapaces de hacerse conscientes y que, por lo tanto no han entrado todavía en la esfera del sistema nervioso cerebroespinal, sino que permanecen por así decirlo en el más recóndito simpático y parasimpático. Esto me recuerda el sueño de un paciente que experimentaba las mayores dificultades y resistencias ante ' la idea de una totalidad superior y decisiva de la psique. El hombre había dado con esa idea al leer uno de mis escritos y, hecho característico, no podía distinguir entre “yo” y “*Selbst*”; y como estaba afectado por una enfermedad hereditaria se veía amenaza-do con una inflación morbosa. En esta situación tuvo un sueño: se hallaba buscando algo y fue hasta el desván de su casa. Allí descubrió en una claraboya una magnífica telaraña, en cuyo

centro se encontraba una gran araña de la cruz. Pero el animal era de color azul y el cuerpo le resplandecía como un diamante.

El sueño conmovió profundamente al soñante. En efecto, el sueño mismo constituye un impresionante comentario de la peligrosa identificación con el *Selbst* (peligrosa teniendo en cuenta la herencia del paciente). En tales casos se da efectivamente una debilidad del yo, el cual no puede permitirse pasar a segundo plano, ni siquiera a manera de insinuación. Esto haría resaltar fatalmente su pequeñez, lo cual es menester evitar a toda costa. Pero las ilusiones son contrarias a la vida, porque no son sanas; de manera que tarde o temprano se producirá el choque. Por eso el sueño intenta, por así decirlo, hacer una corrección que resulte ambigua, como el oráculo de Delfos. El sueño dice en cierto modo: “lo que te perturba en la cabeza (desván) es —cosa que tú no sabes— algo precioso y raro. Es como un animal que no conoces, que forma simbólicamente el punto central de muchos círculos concéntricos y por eso recuerda el centro de un mundo pequeño o grande, como el ojo de Dios en las representaciones medievales del universo”. Frente a un hecho de esta índole, la sana razón rechazaría una identificación con el centro, a causa del peligro de la semejanza paranoica con Dios. El que cae en la red de esta araña queda envuelto en ella y privado de la propia vida. Queda aislado en la comunidad humana. Ésta ya no puede alcanzarlo, así como él tampoco puede alcanzarla. Cae en la soledad propia del creador del universo, que es todo y no tiene nada fuera de si. Pero si adunás se ha tenido un padre mentalmente enfermo, el peligro de comenzar uno mismo a desvariar se hace amenazador y por eso la araña tiene también un aspecto siniestro, que el soñante no pasa por alto.

La redonda araña metálica de la soñante significa sin duda algo parecido: evidentemente la araña ya ha devorado a una cantidad de seres humanos, es decir, sus almas, de ahí que pueda resultar peligrosa para los habitantes de la Tierra. Por eso la oración debe inducir a la araña, cuya “divinidad” se reconoce en el hecho de dirigirle una oración, a “conducir hacia abajo” a las almas, esto es, conducirlas a la Tierra y no al cielo y “mantenerlas seguras en lo bajo”, porque en modo alguno son aún espíritus “fallecidos”, sino seres terrenales vivos. Como tales les está mandado que lleven a térmimo su existencia terrenal y no se permitan ninguna inflación espiritual. De lo contrario terminarán en el vientre de la araña; en otras palabras, no deben poner en primer plano su yo y con ello elevarlo a una instancia extrema, sigo que más bien no han de olvidar nunca que el yo no es él sólo el dueño de casa, sino que está rodeado por todas partes de ese factor al que nosotros llamamos inconsciente. Qué sea el inconsciente en sí es cosa que no sabemos. Conocemos sólo sus paradójicas manifestaciones. Nos corresponde a nosotros comprender la naturaleza y de nada vale impacientarnos con ella porque es tan “complicada” e incómoda. No hace demasiado tiempo había autoridades médicas que no “creían” en la existencia de las bacterias y, en consecuencia, solamente en Alemania dejaron morir a 20.000 mujeres jóvenes de fiebre puerperal que era evitable. Las devastaciones psíquicas causadas por la inercia

espiritual de los "competentes" escapan a toda estadística y por eso se concluye que no existen.

La exhortación de permanecer abajo, en la esfera terrestre, está seguida inmediata y paradójicamente por las palabras: "elévanos a las alturas". Esto nos haría recordar las palabras de Fausto: *"Húndete, pues lo mismo podría decir: elévate"*, si no debiéramos considerar el hecho de que la soñante separó nítidamente con un hiato las palabras "Condúcenos hacia abajo y mantennos en lo bajo" de las palabras "Elévanos a las alturas". Indicase de esta manera que se trata de una sucesión y no de un *coincidentia oppositorum*, porque evidentemente se verifica aquí un proceso moral, esto es, una catábasis y una anábasis: los siete peldaños que conducen hacia abajo y los siete peldaños que conducen hacia arriba, la inmersión en el cráter y el siguiente ascenso a la "estirpe celestial" en el misterio de la transformación. También la misa comienza con el *"Confiteor quia peccaui nimis"*. El ir hacia abajo parece necesitar una guía, porque para los hombres no es fácil descender de su altura y permanecer abajo. En primer lugar, se teme, confesándose uno las propias manchas, una pérdida de prestigio social, y en segundo lugar, un daño de la conciencia moral. Por eso se evita de manera sorprendente la autocrítica; por eso se predica a los demás y no se sabe nada de uno mismo. Nos alegramos de no poseer conciencia de nosotros mismos, porque nada perturba tanto el rosado brillo de las ilusiones. El "abajo" es el terreno de la realidad que, a pesar de todas las autoilusiones, existe y obra. Lograr descender a ese terreno parece cosa importante y urgente, si admitimos que los hombres se encuentran hoy un poco por encima de su nivel propio. Esta conclusión, que se refiere a la generalidad de los hombres, surge de nuestro sueño, que aplica el problema a un grupo de hombres y lo caracteriza así como problema colectivo. El sueño hasta toma en cuenta toda la humanidad, pues la araña vuela lo más cerca posible de las ventanas del edificio en el cual se toman "decisiones internacionales". La araña quiere "influir" en los hombres que están reunidos e indicarles el camino que conduce al "mundo interior", o sea al conocimiento de uno mismo. En el sueño se espera que ese conocimiento "haga posible la paz". La araña representa, pues, un *salvador que exhorta y lleva mensajes benéficos*.

Por fin la soñante descubre que no está suficientemente vestida. Este motivo onírico que se da frecuentemente indica por regla general una adaptación insuficiente a la situación en que se halla el soñante, es decir, una relativa inconsciencia de esa situación. Recordar la negligencia y faltas de uno mismo parece particularmente indicado en el momento en que se ofrece a los demás un destello de luz, ya que en esos casos acecha el peligro de la presunción. La exhortación a "permanecer abajo" ha dado repetidamente en nuestro tiempo motivos de preocupación a los teólogos. En efecto, temen que la psicología interesada en el problema provoque una relajación en la actitud ética; pero la psicología nos ofrece ante todo un claro conocimiento no sólo del mal, sino también del bien. Se corre menor peligro de caer en el mal conociéndolo que ignorándolo. Para conocer el mal es menester en última instancia la psicología.

Nadie que ande por el mundo con los ojos abiertos puede no verlo; y cae en el pozo menos fácilmente que el ciego. Los teólogos hacen sospechosa de gnosticismo la indagación del inconsciente y de antinomismo y libertinismo la problemática ética del inconsciente. Nadie que goce de buen sentido admitirá que después de una confesión general de los pecados y del arrepentimiento correspondiente no tornará a pecar nunca más. Se puede apostar uno contra mil a que volverá a pecar muy pronto. Un conocimiento psicológico más profundo hasta indica que no se puede vivir absolutamente sin pecar, *"cogitationes, Verbo et opere"* (con el pensamiento, palabra y obra). Sólo un hombre extremadamente ingenuo e ignorante puede imaginarse que le es posible sustraerse al pecado. La psicología ya no puede permitirse semejantes ilusiones infantiles, sino que debe obedecer a la verdad y hasta establecer que la ignorancia no sólo no es una justificación, sino que ella misma constituye uno de los pecados más graves. La justicia humana podrá absolverla, pero la naturaleza, que no se cuida de que tengamos conciencia o no de una culpa, se venga tanto más despiadadamente. De la parábola del administrador infiel hasta puede aprenderse que el patrón alaba al siervo que ha presentado un balance falso, porque ha "obrado con discernimiento", prescindiendo enteramente de aquel pasaje (expurgado) de Lucas VI, en el que Cristo dice al transgresor del sábado: "Si sabes lo que haces eres bienaventurado".

Un crecido conocimiento del inconsciente equivale a experiencia más amplia de la vida y a una conciencia mayor, y ello nos presenta situaciones que exigen una decisión ética aparentemente nueva. En realidad estas situaciones han existido siempre, pero se las entendía con menos claridad y agudeza, tanto desde el punto de vista intelectual como desde el punto de vista moral, y a veces fueron dejadas, no sin intención, en la penumbra. En cierto modo nos forjamos con esta negligencia una coartada para sustraernos a una decisión ética. Pero cuando adquiere un conocimiento más profundo de sí mismo, el hombre se halla frente a problemas extremadamente difíciles, es decir, los *choques de deberes*, que no pueden resolverse sin más ni más de acuerdo con los párrafos del Decálogo o de otras autoridades. Por lo demás, es aquí donde comienzan las decisiones éticas, pues seguir sencillamente un "no debes" codificado no es todavía, por cierto, una decisión ética, sino que es tao sólo un acto de obediencia y hasta, según las circunstancias, una cómoda escapatoria que sólo tiene que ver con la ética de manera negativa. En mi larga experiencia nunca encontré una situación que me haya sugerido la negación de los principios éticos o una duda siquiera mínima en este aspecto; por el contrario, con el aumento de experiencia y de conocimientos, el problema ético se me ha hecho más agudo y ha crecido la responsabilidad moral. He llegado al convencimiento de que, contrariamente a la creencia vulgar, la ignorancia no es una justificación, sino más bien una falta, una trasgresión en el sentido propio de la palabra. Aunque ya el Evangelio, como lo he recordado, alude a este problema, la iglesia, por motivos comprensibles, no lo ha hecho y ha dejado que el gnosticismo se ocupara más seriamente de él. Así se apoya

uno en la doctrina de la *privatio boni* y con esto cree saber lo que, de vez en cuando es bueno y malo, y reemplaza el juicio verdaderamente ético, es decir, libre, por un código moral. La moral se convierte de esta manera en el comportamiento legal y la *felix culpa* es una cuestión del paraíso terrenal. Nos maravillamos de la decadencia ética de nuestro siglo y comparamos el estancamiento producido en este campo con los adelantos de la ciencia y la técnica. Pero no se piensa en el hecho de que, a fuerza de prescripciones morales, se ha olvidado al *ethos*. Éste es sin embargo una cosa difícil, que no se deja formular ni codificar, sino que pertenece a esa irracionalidad creativa sobre la que se funda todo progreso real. El *ethos compromete a todo el hombre* y no tan sólo a una función diferenciada.

Por cierto que la función diferenciada depende del hombre, de su diligencia, de su paciencia, de su perseverancia, de su aspiración de poder (*"Macht"*, poder, viene de *machen*, "hacer") y de sus dotes. A todo ello debe el hombre su adelanto y "desarrollo". Y gracias a esto se ha aprendido lo que significa evolución y progreso: es el esfuerzo del hombre, su querer y poder. Pero esto representa sólo uno de los aspectos. En efecto, por otro lado está el hombre mismo, lo que él es y el lugar que él ocupa. En esto el hombre no puede cambiar nada, pues depende de condiciones que se hallan fuera de su alcance. El hombre no es aquí el que puede, sino que es un producto incapaz de modificarse a sí mismo. No sabe cómo se ha realizado en sus peculiaridades individuales y además tiene sólo un conocimiento en alto grado imperfecto de sí mismo. Hasta hace poco hasta creyó que su psique consistía en lo que él sabe de sí mismo y era un producto de la corteza cerebral. El descubrimiento, realizado hace más de cincuenta años de procesos psíquicos inconscientes dista todavía mucho de ser una adquisición de validez universal o reconocida en todo su alcance. Por ejemplo, el hombre no sabe todavía ni siquiera que depende por completo de la cooperación del inconsciente, el cual le puede cortar la frase misma que está pronunciando. El hombre no sospecha que mientras se considera el agente exclusivo, algo empero *lo conduce*. Depende de una entidad que lo conduce y de la que, aunque a no lo sabe, tiene ideas que se le "han ocurrido" o se le han revelado —como podría decirse, de otra manera aceptable— a hombres de tiempos olvidados, que vivieron en sombrías épocas prehistóricas. ¿De dónde provienen estas ideas? Evidentemente de procesos inconscientes, del llamado inconsciente, que siempre en toda nueva vida humana precede a la conciencia, así como la madre precede al niño. El inconsciente continúa modelándose en sueños y visiones y presenta a la conciencia imágenes que, en oposición al funcionalismo fragmentario de la conciencia, hacen descollar situaciones que sólo en apariencia se refieren a la función que interesa al hombre de manera casi exclusiva, siendo así que en realidad se refieren a la totalidad del hombre desconocido. Verdad es que los sueños hablan "en su jerga profesional" —*canis panem somniat, piscator pisces*—[1], pero pretenden referirse al todo o por lo menos a lo que el hombre aún es, es decir, a aquello que el hombre ha encontrado en sí mismo y le es profundamente inherente.

En su impulso de libertad, el hombre experimenta una repulsión casi instintiva por un conocimiento de esta clase, pues teme, no del tocio sin razón, sus efectos paralizadores. Se admite, por cierto, que existe esa dependencia respecto de potencias desconocidas —cualquiera sea el nombre que se les dé—, pero se aparta uno de ellas vivamente, como si constituyeran un obstáculo amenazador. Mientras en apariencia todo marcha bien, semejante actitud hasta es útil, pero no siempre todo marcha del mejor modo posible, especialmente en tiempos como los que vivimos, en los cuales, a pesar de la euforia y del optimismo, se experimenta un estremecimiento que recorre los fundamentos mismos de nuestro mundo. Nuestra soñante no es por cierto la única persona que tiene miedo. En consecuencia, el sueño describe una necesidad colectiva y una exhortación colectiva a permanecer abajo, en la Tierra y no tornar a ascender, a menos que la araña lleve hacia arriba a los que han quedado abajo. En efecto, en la medida en que el funcionalismo domina la conciencia, es el inconsciente el que contiene el símbolo compensador de la totalidad. Como ya dijimos, en este caso tal circunstancia está claramente expresada por la imagen de la araña voladora, que es la portadora de la unilateralidad y fragmentación de la conciencia. De manera que no puede haber ningún desarrollo hacia arriba, si el inconsciente no lo hace posible. La voluntad consciente por sí sola no puede obligar a este acto de creación. Para ilustrar esto, el sueño elige el símbolo de la *oración*. Como, de acuerdo con la concepción de San Pablo, no sabemos exactamente por qué cosa debemos orar, la oración no significa más que un “suspiro” que ex presa nuestra impotencia. Con ello se aconseja adoptar una actitud que compensa la superstición en el querer y, el poder humanos. Pero también exprésase con ello una regresión de la representación religiosa al símbolo teriomórfico de la potencia superior, es decir, un paso atrás hacia un olvidado estadio en el cual una serpiente, un mono o una liebre personifica al Redentor. El “cordero de Dios” cristiano o la “paloma” del Espíritu Santo, tiene hoy a lo sumo el valor de tina metáfora. Pero frente a esto impónese hacer notar que los animales en el simbolismo onírico aluden a procesos instintivos que desempeñan un papel fundamental en la biología del animal. Son estos procesos los que condicionan y determinan de manera decisiva el curso de la vida de un animal. A los efectos de su vida cotidiana el hombre no parece tener necesidad de ningún instinto, especialmente si está convencido de la omnipotencia de su voluntad. Ignora la significación del instinto y lo desvaloriza hasta abolirlo, sin comprender hasta qué punto se halla en peligro su propia existencia por la pérdida del instinto. Si los sueños cargan pues el acento en los instintos, ello se debe a que por este medio procuran llenar un vacío que puede ser mortal en nuestro trabajo de adaptación. Las desviaciones del instinto se anuncian mediante *emociones muy vivas*[1], que en los sueños se expresan precisamente con animales. Por eso se consideran con razón las emociones “irrefrenables” como animalescas o primitivas y por eso se las evita. Sin represión, es decir, sin que se verifique una disociación de la conciencia, no puede eludírselas. En realidad, no es posible sustraerse a su gran poder. Si no se las descubre en la

conciencia, se dan en cual quier otra parte. En el peor de los casos se manifiestan en una neurosis o en una preparación inconsciente de “inexplicables” accidentes. El santo, que parece exento de estas debilidades, paga su conquista con los sufrimientos y renuncias de su hombre terrenal, sufrimientos y renuncias sin las cuales no sería un santo. La vida de los santos muestra que la cuenta es exacta. Nadie escapa a la cadena de sufrimientos que conduce a la enfermedad, a la vejez y a la muerte. En gracia a la humanidad se puede y se debe “dominar” los *afectos*, es decir, mantenerlos bajo freno; pero debemos asimismo saber que esta conquista se paga cara. La elección de la moneda con la que queramos pagar el tributo en ciertos casos está en nuestras manos.

El “permanecer abajo” y la subordinación a un símbolo teriomórfico, que nos parece un crimen *laesae majestctis humanae*, probablemente no signifique sino que se conocen estas sencillas verdades y que no se pierde de vista el hecho de que el hombre terrenal *in puncto* anatomía y fisiología, a pesar de todos sus vuelos hacia lo alto, sigue siendo un pariente de los antropoides. Pero si el hombre está destinado a evolucionar hacia lo alto sin mutilar su naturaleza, tal transformación no es cosa que esté al alcance de su poder, sino que depende de condiciones en las cuales el hombre no es capaz de influir. Debe contentarse con anhelos y “suspiros”, esperando y rogando que acaso algo lo eleve, pues no le dará ningún resultado el experimento de Münchhausen. Con esta actitud el hombre reúne en el inconsciente fuerzas saludables y también fuerzas peligrosas: saludables, si las comprende; peligrosas, si las comprende mal. Cualquiera sea el nombre que se dé a estas fuerzas y posibilidades, ello no modifica en nada su efectividad. Nadie puede prohibir al hombre religioso que considere coherentemente estas potencias y posibilidades creadoras como dioses y demonios o, sin más ni más, como “Dios”. La experiencia demuestra que esas fuerzas se comportan según se las considere. Si en este asunto muchos emplean la palabra “materia” y creen haber dicho algo con ello, conviene hacerles reflexionar que lo que han hecho es sustituir la X por una Y, y que nos hallamos en el mismo punto en que nos hallábamos antes. Lo único seguro es nuestra profunda ignorancia, que ni siquiera sabe si nos hemos aproximado o no a la solución del gran enigma. Únicamente el *salto mortale* de la fe —que debemos dejar a los dotados o a los favorecidos por la gracia— lleva más allá del “nos parece que”. Todo progreso real o aparente depende de la aprehensión de hechos y, como se sabe, establecer hechos es una de las tareas más difíciles que el espíritu humano pueda imponerse.

Sueño 4

Mientras me hallaba ocupado en la redacción de este trabajo, un conocido mío extranjero me envió de manera inesperada un sueño que había tenido el 27 de mayo de 1957. Nuestras relaciones se limitan a un cambio de cartas cada año o cada dos

años. Es un aficionado a la astrología y está interesado en las cuestiones de la sincronicidad. No sabe nada de mis preocupaciones por los *ufos* y ni siquiera expone su sueño en relación con el tema que me interesa. El hecho en sí así como la decisión súbita y singular de comunicarme el sueño pertenecen más bien a la categoría de coincidencias significativas que el prejuicio estadístico rechaza.

El sueño es el siguiente:

> *Eran las últimas horas de la tarde o las primeras de la noche. El sol se acercaba al horizonte. Estaba cubierto con un velo de nubes lo bastante tenue para dejar ver aún el sol como un disco de nítidos contornos. El sol era blanco. Súbitamente el blanco se tornó en una inusitada palidez, que se difundía inquietantemente por todo el horizonte occidental. La palidez —y quisiera subrayar esta palabra— de la luz diurna se convirtió en un horroroso vacío. Entonces apareció en el oeste un segundo sol, de la misma elevación que el primero, sólo que un poco más hacia el norte. Pero cuando nosotros observamos con tensa atención el cielo —había muchas personas presentes, diseminadas en un amplio espacio, que como yo observaban el cielo— el segundo sol se transformó, a diferencia del disco primero, en una nítida esfera. Simultáneamente con el crepúsculo y el comienzo de la noche, la esfera se acercaba, veloz, a la Tierra.*
>
> *Al caer la noche, se modificó el clima del sueño. Mientras las palabras “palidez” y “vacío” describen exactamente la impresión producida por el desvanecimiento de la vida, de la energía o potencia del sol, ahora el cielo asumió un carácter de fuerza y majestad que suscitaba más veneración que temor. No puedo afirmar que haya visto estrellas, pero el cielo nocturno producía la impresión de que un tenue velo de nubes dejaba de vez en cuando traslucir una estrella. Seguramente esa visión nocturna tenía un carácter de majestad, poder y belleza.*
>
> *Cuando la esfera se aproximó a la Tierra a gran velocidad, pensé primero que era Júpiter que se había salido de su órbita. Pero cuando la esfera se acercó más vi que, grande y todo, era demasiado pequeña para tratarse de un planeta como Júpiter. Al acercarse fue posible observar en su superficie ciertos signos, es decir las líneas de los meridianos o algo parecido. Esos signos parecían más de carácter decorativo o simbólico que geográficos o geométricos. Debo hacer resaltar la belleza de la esfera, de color grisáceo atenuado o blanco opaco, contra el cielo nocturno. Cuando nos dimos cuenta de que estaba a punto de producirse un terrible choque con la Tierra, experimentamos naturalmente miedo. Pero tratábase de un miedo en el cual prevalecía la veneración. Era un acontecimiento cósmico, que suscitaba un estupor reverente. Mientras nos hallábamos todos absortos en aquella visión, aparecieron una segunda y una tercera esfera, y luego otras más, que se*

acercaban a gran velocidad. Cada esfera estallaba en la Tierra como una bomba, pero aparentemente a una distancia tan grande que no podíamos siquiera determinar la naturaleza de la explosión o detonación o lo que fuese. Por lo menos en un caso tuve la impresión de que había visto un relámpago. Aquellas esferas caían a intervalos alrededor de nosotros, pero todas a tan gran distancia que no podíamos percibir su acción destructora. Aparentemente existía cierto peligro, como de una acción de metralla, de granadas o algo semejante.

Luego debo haber ido evidentemente a mi casa, en la cual me encontré conversando con una muchacha que, sentada en una silla de mimbre, tenía ante sí un cuaderno y estaba concentrada en su trabajo. Todos nos marchábamos, según me pareció, en dirección sudeste, tal vez en busca de una región más segura, y yo pregunté a la muchacha si no sería mejor que ella viniese con nosotros. El peligro parecía grande y no podíamos dejar atrás a la muchacha. Pero ella respondió resueltamente que no, que se quedaría donde estaba y que proseguiría su trabajo. En realidad, había peligro en todas partes y un lugar era tan seguro como cualquier otro. En seguida comprendí que la razón y el sentido práctico estaban de su parte. En la parte final del sueño me encontré con otra muchacha, aunque bien podría tratarse de la misma joven, tan competente y segura de sí misma, que se hallaba sentada en la silla de mimbre y que yo había visto tan sumida en su trabajo. Sin embargo, la segunda era por cierto más alta y de figura más nítida. Hasta pude verle el rostro. Me dirigió la palabra directamente y con gran claridad. Me dijo en tono muy firme, pronunciando mi nombre y apellido: "Usted vivirá hasta el once-ocho". Pronunció estas ocho palabras[1]*, con una nitidez insuperable, es decir, con manera y tono tan autoritarios como si se me reprochara que yo no creyera que iba a vivir basta el once-ocho.*

Comentario del soñante

A esta minuciosa descripción seguían observaciones del soñante a manera de comentario, que pueden ofrecernos ciertas indicaciones para su interpretación. Como era de esperar, el soñante ve un punto esencial del sueño en la súbita transformación del clima, que se realiza al comenzar el sueño, que pasa de la mortal e impresionante palidez y vacío del crepúsculo a la grandiosa majestad de la caída de la noche, y del miedo a la veneración. Por lo que dice el soñante, esto tendría relación con sus actuales preocupaciones acerca del futuro político de Europa. Teme, basándose en sus especulaciones astrológicas, que en los años comprendidos entre 1960 y 1966 estalle una guerra mundial; hasta se ha sentido impulsado a escribir a una personalidad

política muy importante una carta en la cual le expresaba sus temores. En esta ocasión tuvo la experiencia (no inusitada) de que su estado de ánimo, al principio temeroso y excitado, se transformó de manera más o menos súbita en un estado de extraña laxitud y hasta de indiferencia, como si todo aquel asunto ya no le importara.

Con todo, el soñante no puede explicarse cómo aquel miedo inicial vino a resolverse en ese clima, por así decir, solemne. Pero está convencido de que no se equivoca al suponer que se trata de un asunto colectivo y no personal, y se pregunta si nuestra fe en la cultura y en la civilización no significa, después de todo, otra cosa que debilidad, palidez y vacío, mientras la "caída de la noche" trae consigo una recuperación de fuerza y de vida. Sin embargo, no es fácil situar en este cuadro de conjunto la condición de "majestad". El soñante se refiere a "cosas que provienen del espacio extraterrestre" y que "no están sometidas a nuestro gobierno". "En lenguaje teísta" podría decirse "que es absolutamente imposible conocer los decretos de Dios y que en la eternidad la noche es tan importante como el día". No nos queda "sino la posibilidad de sujetarnos al ritmo de la eternidad", y "la inexorable majestad de la noche" se convierte "en una fuente de fuerza", si marchamos de acuerdo con las modificaciones de la estructura social. En apariencia, el sueño subraya este derrotismo característico, mediante el gran *intermezzo* cósmico del choque de los astros, al cual el hombre está expuesto irremisiblemente.

En el sueño no se encuentra, como dice el soñante, ninguna huella de "sexualidad", si se prescinde del encuentro con la joven señora (¡como si cualquier relación con el otro sexo se basara siempre en la sexualidad!) ¡Lo que lo inquieta es el hecho, como él mismo pone de relieve, de que el encuentro se verifique "de noche"! Como Jo muestra este ejemplo, puede irse todavía demasiado lejos con la *sex-consciousness*. En este aspecto, la silla de mimbre no es exactamente algo invitador, sino que significa para el soñante, como él mismo lo dice, una condición excelente para el traba jo mental concentrado, al cual alude efectivamente también el cuaderno.

Como el soñante, según él recuerda, es un apasionado indagador de la astrología, la combinación numérica once-ocho representó para él un enigma particular. Piensa que XI. 8 significa el mes y el día de su muerte. Tratándose de un señor anciano, casi en edad bíblica, tales consideraciones se justifican. Fundándose en reflexiones astrológicas, el soñante sitúa ese noviembre fatal en el año 1962, o sea en medio de la supuesta guerra mundial. Claro es que prudentemente agrega: "sin embargo no estoy, de ninguna manera, seguro".

Dice el soñante que este sueño le ha dejado un extraño sentimiento de satisfacción y de gratitud por el hecho de que se le haya "concedido" semejante experiencia. En efecto, trátase de un sueño llamado "grande", que le ha sido dado ya a muchas personas, aunque éstas no Jo hayan entendido o lo' hayan entendido mal.

Grabado I

Una visión de ufo



Comentario al sueño 4

El sueño comienza con un crepúsculo en el que el sol está tan encubierto de nubes que apenas puede distinguirse el disco. Con esto se hace descollar la forma redonda. Tal tendencia se confirma en lo que sigue: un segundo disco solar, Júpiter, y otros cuerpos redondos en gran número, “cosas del espacio extraterrestre”. Nos es licito pues considerar este sueño entre los fenómenos psíquicos referentes a los *ufos*.

El siniestro palidecer del sol alude al miedo que se difunde por el mundo diurno en presentimiento de inminentes acontecimientos catastróficos. Estos acontecimientos, a diferencia de “la visión diurna”, tienen origen extraterreno: Júpiter, el padre de los dioses, se ha salido de su órbita y se acerca a la Tierra. Encontramos este motivo en las memorias del enfermo mental Schreber[1]. Los extraordinarios acontecimientos que se producen alrededor de el impulsan al propio

Dios a “acercarse más a la Tierra”. Así el inconsciente “interpreta” el elemento amenazador como una *intervención divina*, que se manifiesta en la aparición de copias más pequeñas del gran Júpiter. El soñante no llega a la obvia conclusión de una relación con los *ufos* y no parece que un interés consciente por los *ufos* influya en su elección de símbolos.

Aunque, a juzgar por las apariencias, amenaza una catástrofe cósmica, el miedo se transforma en un estado de ánimo positivo, de tono solemne, sacro y reverente, como corresponde a una epifanía. Sin embargo, la venida de Dios significa para el soñante un gravísimo peligro, pues los cuerpos celestes “estallan” en la Tierra, como grandes bombas, circunstancia que corresponde a la preocupación que el soñante alimenta de una guerra mundial. Por modo curioso, empero, los cuerpos celestes no producen el esperado terremoto, y las detonaciones parecen de naturaleza particular e inusitada. Alrededor del soñante no se produce ninguna destrucción. Los estallidos tienen lugar tan lejos bajo el horizonte que él cree haber percibido el relámpago de una sola explosión. De manera que el choque con estos planetoides resulta infinitamente más inofensivo de lo que debería ser en realidad. Lo que da al hecho un aspecto horroroso parece ser fundamentalmente el miedo frente a la posibilidad de una tercera guerra mundial. La viva excitación del soñante se debe más a esta interpretación que él hace de la aparición que al hecho mismo. De esta manera toda la situación adquiere un aspecto marcadamente psicológico.

Esto se confirma en seguida en el encuentro con la joven, que no cambia de actitud y continúa sumida en su trabajo, sin preocuparse de otra cosa y que, en edición mejorada, profetiza al soñante la fecha de su muerte. Lo hace de manera tan sugestiva que el soñante se siente impulsado a poner de relieve el *número* de las palabras que ella pronunció, es decir *ocho*. Que este ocho sea algo más que puramente casual queda demostrado por la presunta fecha misma de la muerte: es el *ocho* de noviembre. Esta doble acentuación de la octuplicidad no deja de tener significado, porque o es la doble cuadruplicidad y en mandala desempeña como símbolo de individuación un papel casi tan importante como el de la cuaternidad. (Cotéjese asimismo el 4 y el 8 en la escena de los kabiros del *Fausto II*). A causa de la falta de material de asociación, intentaremos sólo por vía de ensayo interpretar el 11, con la ayuda del tradicional simbolismo numérico: 10 es el desarrollo perfecto de 1, 1-10 tiene la significación de un ciclo perfecto. 10 + 1 = 11 significa por eso el comienzo de un nuevo ciclo. Como la hipótesis de la interpretación onírica reza *post hoc ergo propter hoc*, luego 11 lleva a 8, esto es lleva al Ogdoas, un símbolo de totalidad, y por lo tanto a la realización de la totalidad, como ya lo indica la aparición de los *ufos*.

La joven señora que el soñante no parece conocer puede entenderse como figura del *Anima* compensadora. Ella representa un aspecto más completo del inconsciente, como la llamada sombra, por cuanto agrega a la personalidad también los rasgos femeninos. El *Anima* se manifiesta del modo más claro cuando la conciencia conoce

a fondo la sombra de su yo y, como factor psicológico, ejerce su máxima influencia cuando los caracteres femeninos de la personalidad no están aún integrados. Si estos opuestos no se unifican, no se establece la totalidad, y el *Selbst* como símbolo de esa totalidad permanece aún inconsciente. Pero cuando está constelado, entonces el *Selbst* se manifiesta en una proyección, velado empero como entidad propia por el *Anima*, la cual a lo sumo alude, como ocurre en este sueño: el Anima, con su calma y seguridad, se contrapone a la excitación de la con ciencia del yo, y al referirse al 8 alude en la proyección (en el *ufo*) a la totalidad existente, al *Selbst*.

La intuición de la enorme importancia del *Selbst* como ordenador de la personalidad, así como de la importancia de los elementos dominantes colectivos que influyen en la personalidad o arquetipos, los cuales como presuntos principios metafísicos determinan la orientación de la conciencia hacia la totalidad, provoca el clima de solemnidad que reina en el comienzo del sueño. Ese clima corresponde a la inminente epifanía, de la cual se teme que signifique una guerra mundial o una catástrofe cósmica. En cambio el *Anima* parece conocer mejor la situación. Los desastres que se esperaban son por lo menos invisibles, ya que en las proximidades del soñante no ocurre nada que pueda suscitar temores, independientemente de su miedo subjetivo. El *Anima* ignora el temor que el soñante alimenta de catástrofe y le indica en cambio su propia muerte —y es bien lícito decirlo— como la verdadera fuente de sus temores. Las perspectivas de la muerte han conducido ya a más de un perfeccionamiento, que antes no fue posible a pesar de los esfuerzos de voluntad y a pecar de todas las buenas intenciones. La muerte es un gran perfeccionador, que por debajo del balance de la vida de un hombre traza su inexorable raya final. Sólo en la muerte se logra —de una manera u otra— la totalidad. La muerte es el fin del hombre empírico y la meta del hombre espiritual, como dice Heráclito: “Es a causa del Hades que se enfurecen y celebran fiestas”. Todo lo que aún no está donde bebería estar y todo lo que debería haber pasado y todavía no pasó, suscita angustia y miedo ante el fin; es decir, ante el ajuste definitivo de cuentas. Se elude en la medida de lo posible adquirir conciencia de las cosas que aún faltan a la totalidad y con eso se impide que el *Selbst* se haga consciente y que uno esté preparado, por ende, para la muerte. El *Selbst* persiste en la proyección. En nuestro caso se manifiesta como Júpiter, que al acercarse a la Tierra se transforma empero en muchos cuerpos celestes, más pequeños, en muchos *Selbsten* o almas individuales, por así decirlo, y desaparece en la Tierra, esto es, se integra en nuestro mundo. Desde un punto de vista mitológico esto alude a una encarnación; pero desde un punto de vista psicológico indica la manifestación de un proceso inconsciente en la esfera de la conciencia.

Por eso, en lo que se refiere al sentido del sueño, yo aconsejaría al soñante que considerara el temor general de catástrofe sobre todo en el aspecto de su propia muerte. A este respecto es asimismo significativo el hecho de que el año de la muerte calculado por él caiga en la mitad de la fase crítica, es decir del periodo 1960-1966. El fin del mundo sería así su propia muerte y por eso en primer término una

catástrofe personal y un fin subjetivo. Pero como el simbolismo del sueño describe una situación inequívocamente colectiva, me parece oportuno generalizar el aspecto subjetivo del fenómeno *ufo* y admitir que en los *ufos* se proyecta un miedo colectivo de la muerte que, empero, no se reconoce como tal. Después de especulaciones al principio optimistas sobre los huéspedes espaciales, recientemente se ha vuelto a discutir la posibilidad de que sean peligrosos, para no hablar de una amenazadora invasión de la Tierra, con sus aún imprevisibles consecuencias. En la época actual no hay por cierto necesidad alguna de andar buscando motivos que justifiquen un miedo a la muerte más intenso que de ordinario. Los motivos están al alcance de la mano, tamo más cuanto que toda vida vivida sin sentido o en el error significa en todo caso muerte. Esta última circunstancia puede, empero, ser la causa del aumento nada natural del temor a la muerte, propio de nuestra época, en la cual la vida ha perdido para tanta gente su significado más profundo, y en la cual los hombres se ven por eso obligados a sustituir el ritmo propio de la vida, que transcurre en eones, por el angustioso tic-tac del segundero del reloj. Por eso me gustaría augurar a muchos otros la actitud compensadora que revela al *Anima* en nuestro sueño y recomendarles que elijan un lema como aquél del discípulo de Holhein, Hans Hopfer, de Basilea, qué vivió en el siglo XVI: “La muerte es la última línea de la vida. Yo no me echo atrás”.

Sueño 5

El sueño es de una señora de formación académica. Fue soñado hace muchos años, sin relación con el fenómeno de los *ufos*.

> *Dos mujeres se hallaban juntas en los confines del mundo, como buscando. La más anciana y alta era una inválida. Yo la asocié con mi amiga Miss X. Ella miraba valerosamente afuera. La más joven era más pequeña y sostenía con el brazo a la otra, con una sensación de fuerza; pero no se atrevía a mirar hacia afuera. En esta segunda figura me reconocí a mí misma. En el cielo vi la Luna y la estrella matutina a la izquierda, el Sol que salía, a la derecha. Por la derecha se acercó volando un objeto elíptico, plateado y resplandeciente. Iba tripulado por figuras dispuestas a lo largo de la periferia del objeto, parecían hombres, con vestiduras de un blanco plateado. Las dos mujeres quedaron sobrecogidas por aquella visión y se pusieron a temblar en aquel espacio cósmico, no terrenal. Una situación que fue posible sólo durante el momento que duró la visión.*

La soñante, inmediatamente después de aquel sueño en alto grado sugestivo, tomó el pincel para fijar la visión como la muestra el grabado número 1. El sueño describe un típico fenómeno de *ufo* que contiene, como el sueño 3, el motivo de la

“tripulación”, esto es, la presencia de seres humanos. Trátase evidentemente de una situación límite, como lo indica la expresión “en los confines del mundo”. Más allá se extiende el espacio cósmico con sus planetas y soles o el país de los muertos o el inconsciente. La primera posibilidad sugiere una nave espacial, la conquista técnica de una población planetaria más evolucionada; la segunda posibilidad representa una especie de ángeles o de espíritus de personas fallecidas, que se llegan a la Tierra para llevarse un alma.

El caso concierne a Miss X, que ya entonces “estaba necesitada de sostén”, es decir, enferma. Su estado de salud justificaba realmente los temores. En efecto, murió dos años después del sueño. En consecuencia, la soñante ha concebido su visión como una señal pre monitoria. Por último, la tercera posibilidad, esto es, la del inconsciente, indica una personificación del inconsciente mismo, es decir del *Animus* en su característica pluralidad que, revestido solemnemente de blanco, suscita el pensamiento de la unión nupcial de los opuestos. Esta configuración simbólica corresponde también, como es sabido, al pensamiento de la muerte como realización última de la *totalidad*. Podría pues estar justificada la opinión de la soñante de que el sueño anunciaba la muerte de su amiga mayor.

El sueño se sirve del símbolo de un disco redondo, un *ufo*, que lleva formas de espíritus, una nave espacial que desde un más allá se aproxima a los confines de nuestro mundo para buscar las almas de los muertos. De la visión no se desprende de dónde procede la nave, si del Sol o de la Luna o de algún otro lugar. Según el mito de los *Actas Archelai*, la Luna creciente adquiere su plenitud con el número de las almas muertas, las cuales son llevadas de la Tierra al Sol, con ayuda de doce cubos, y en un estado de purificación son derramadas del Sol a la Luna. Por cierto que todavía no he encontrado nunca en la literatura sobre los *ufos* la idea de que el *ufo* pudiera ser una suerte de barca de Caronte, que transporta a las almas sobre la Estigia. Y esto no ha de maravillar nos, por cuanto semejantes referencias “clásicas” son extrañas a la cultura moderna y además podrían conducir a conclusiones muy desagradables. El aumento de las observaciones de *ufos* registrado en los tiempos más recientes, es decir, desde hace unos diez años, que ha atraído la atención general y hasta suscitado la preocupación general podría impulsarnos a que llegáramos a la conclusión de que, si aparecen tantos vehículos del más allá debemos también esperar análogamente muchas muertes. Como se sabe, en los siglos pasados apariciones de este género se interpretaron en tal sentido: eran signos anunciadores de una “gran mortandad”, eran signos de guerra, de peste; representaban, pues, ese sombrío presentimiento que está también en la base de nuestra angustia actual. En tal caso, en modo alguno es lícito esperar que las masas estén ya iluminadas o ilustradas hasta el punto de que hipótesis de esta índole ya no puedan echar raíces en ellas. La Edad Media, la Antigüedad y la Prehistoria no están muertas del todo, como piensan los espíritus “ilustrados”, sino que continúan viviendo tranquilamente en considerables estratos de la población. La mitología más antigua y la magia prosperan como nunca en nuestro medio y sólo las

ignoran los relativamente pocos que se han separado de la condición primaria del hombre, gracias a su formación racionalista[1]. Independientemente del simbolismo eclesiástico, visible en todas partes, que representa y repite siempre seis mil años de historia del espíritu, viven también sus parientes más oscuros, las concepciones y prácticas mágicas, a pesar de toda la educación académica. Es menester por cierro haber vivido muchos años en un medio campesino para conocer este fondo que nunca se manifiesta en la superficie: pero una vez que se encontró la clave, pasa uno de una sorpresa a otra. Volvemos a hallar no sólo al curandero primitivo en la figura de los numerosos Strudel[1], sino también sus pactos de sangre con el demonio, sus muñecos clavados con alfileres y asimismo sus libros mágicos tradicionales, manuscritos, como es de rigor. En casa de un *“Strudel”* encontré uno de esos libros de fines del siglo XIX, el cual comienza con el ensalmo de Merseburg, en alto alemán moderno, y una fórmula de encantamiento amoroso de época desconocida. Los *Strudel* tienen una considerable clientela tanto de la ciudad como del campo. Yo mismo vi una colección de centenares de cartas de agradecimiento que había recibido un curandero por haber expulsado a los espíritus de la casa y del corral, por haber liberado a hombres y animales de hechizos, y por haber curado todas las enfermedades imaginables.

A aquellos de mis lectores que ignoran estas cosas y se vean por lo tanto tentados a considerar lo que digo como una exageración, recordaré el hecho, que cualquiera puede verificar, de que el momento de florecimiento de la astrología no es el de la sombría Edad Media, sino la mitad del siglo XX, época en la cual hasta muchos periódicos no tienen a menos publicar horóscopos semanales. Pero un exiguo estrato de personas ilustradas, y por Jo tanto sin raíces en su ambiente, lee con satisfacción en la Enciclopedia que todavía en el año 1723 un Fulano de Tal hizo hacer el horóscopo ele sus hijos, y no sabe que el horóscopo ya ha alcanzado hoy casi la jerarquía de una tarjeta de visita íntima.

Para todos aquellos que conocen sólo a medias este fondo y que todavía conservan con a algún punto de contacto, está la siguiente convención, no escrita pero por eso mismo más severa: “no se habla de estas cosas”. En consecuencia, a lo sumo se murmura de esas cosas; pero nadie afirma nada, pues no quiere pasar por tonto. Mas la situación es en realidad muy diferente.

Menciono estas cosas, "que son bien perceptibles en los fundamentos de nuestra sociedad, principalmente a causa del simbolismo de nuestros sueños, que para tanta gente parece incomprensible porque se basa en hechos históricos que ella ignora. ¿Qué diría la gente si yo relacionara el sueño de un hombre sencillo con Wotan o Balder? Me acusarían de docta extravagancia, pero no saben que en el mismo pueblo en que ellos viven hay un curandero que está dispuesto a desencantarles los corrales y que para hacerlo recurre a un libro mágico que comienza con el ensalmo de Merseburg. Quien no sepa que en ciertos cantones suizos —con ilustración o sin ella — continúa hablándose del “Wuotens Heer”[1], me acusaría de gran arbitrariedad, si yo relacionara el sueño angustiado de un habitante de la ciudad tenido en los Alpes

solitarios con las “säligen Lüt”[2], siendo así que ese hombre está rodeado de seres humanos para los cuales el *“Doggeli”*[3] y las legiones nocturnas representan una realidad temida, aunque inconfesada y, como se pretende, desconocida. Basta tan poco para tender un puente sobre el aparente abismo que separa el mundo pasado de: actual. Pero nuestra identidad con la conciencia momentánea del presente es tan grande que olvidamos la naturaleza “atemporal” de los fundamentos psíquicos. Todo aquello que ha existido y existirá más allá del remolino de las corrientes del presente, se considera una fantasía que es menester evitar lo más posible; pero de esta manera caemos en el mayor peligro psíquico que hoy nos amenaza, es decir, los *ismos* intelectuales, privados de toda raíz espiritual, todos los cuales echan la cuenta sin la huéspeda, es decir, sin el hombre real. Desgraciadamente nos imaginamos que sólo lo que es consciente nos concierne, y que para cada cosa que nos es desconocida existe un especialista que hace ya mucho tiempo ha hecho de ella una ciencia. Esta ilusión resulta tanto más digna de crédito por cuanto efectivamente se ha hecho imposible para el individuo abarcar con la mirada todo el campo de conocimientos de una disciplina especial que no haya estudiado. Ahora bien, como las experiencias subjetivamente más eficaces son también las más individuales y por lo tanto las más improbables, en muchos casos el que formula las preguntas a la ciencia no obtiene una respuesta satisfactoria. Un ejemplo típico de esto es el escrito de Menzel sobre los *ufos*. El interés científico tiende demasiado fácilmente a restringirse y limitarse a lo que es frecuente, probable, término medio, porque ésta es, después de todo, la base de cualquier ciencia experimental. Sin embargo, una base tiene poco sentido si sobre ella no se construye algo en lo que se haya previsto también un lugar para lo extraordinario.

En una situación límite como la que describe nuestro sueño es lícito esperar lo extraordinario o, mejor dicho, lo que nos parece extraordinario, pero que en realidad es normal en situaciones análogas desde tiempos muy antiguos: la nave de los muertos se acerca con una *corona* de espíritus de difuntos, en cuya legión se incorpora el muerto, o la legión de muertos se lleva consigo al alma.

La aparición de representaciones arquetípicas de este género indica siempre algo extraordinario. Y no es que traigamos por los pelos mesera interpretación; es más bien la atención de la soñante que se ve llevada a asumir esta dirección. Presa de muchas cosas superficiales, la soñante no tiene en cuenta lo esencial, es decir, la proximidad de la muerte que en cierto modo le concierne a ella como a su amiga. Ya encontramos el motivo de la “tripulación” de la nave espacial en el sueño anterior de la araña metálica y lo encontraremos de nuevo en el sueño siguiente. El instintivo movimiento de defensa que percibimos frente al aspecto más profundo de este motivo de la tripulación podría explicar por qué en toda la literatura sobre los *ufos* hasta ahora esta variante de significado no parece desempeñar ningún papel. Podríamos decir, con Fausto: “No evoques la bien conocida legión…”, pero no tenemos ninguna necesidad de esta evocación, porque la angustia que acecha al mundo ya cuida de

hacerlo ella misma.

Sueño 6

Este sueño nos viene de California, la por así decirlo patria clásica de los platos voladores[1]. La soñante tiene veintitrés años de edad.

> *Me encontraba con un hombre (no precisado) al aire libre, en una Plaza o un lugar céntrico de la ciudad de forma circular. Era de noche y observábamos el cielo. Repentinamente vi que se nos acercaba algo redondo y fluorescente, desde una gran distancia. Cuanto más se acercaba más grande se hacía. Pensé que sería un flying saucer. Era un enorme círculo luminoso, redondo, que terminó por cubrir todo el cielo. La nave, que eso era, se acercó tanto que pude ver cómo a bordo de ella se paseaba gente, de aquí para allá. Pensé al principio que alguien estaba practicando un truco, pero luego, que era realidad. Me volví y detrás de mí vi a alguien que, mirando hacia lo alto, tenía un proyector cinematográfico. Detrás de nosotros se levantaba un edificio que parecía un hotel. Esa gente estaba allá arriba y proyectaba la imagen en el cielo. Lo hice notar a todos los que estaban cerca de mí.*
>
> *Luego me pareció encontrarme en una especie de estudio cinematográfico. Había en él dos producers —competidores—, los dos ancianos. Yo iba de uno al otro y discutía la Parte que debía desempeñar en sus - Películas. Era una Parte que codiciaban muchas muchachas, algunas de las cuales yo conocía. Uno de los producers dirigía todo aquel asunto del flying saucers. Ambos hacían films de Science-fiction y se contino en que yo desempeñaría el papel principal.*

La soñante, una joven actriz, se halla en tratamiento por una acentuada disociación de la personalidad, con todos los síntomas correspondientes. Como de costumbre, la disociación se expresa en sus relaciones con el sexo masculino, esto es, en un conflicto entre dos hombres que corresponden a las dos mitades incompatibles de la personalidad.

Comentario al sueño 6

Lo mismo que en los sueños 1 y 2, trátase aquí de una soñante que conoce los *ufos* y en este sueño, lo mismo que en aquéllos, el *ufo* tiene la función de vehículo del símbolo. Su aparición es, por así decirlo, esperada, ya que la sonante se ha colocado a este fin en una posición "central", en una plaza circular del centro de la ciudad. Ésta

representa una posición intermedia entre los elementos opuestos, una posición que está tan alejada de la derecha como de la izquierda y permite así ver o sentir los dos lados. En esta “posición de enfoque” el *ufo* aparece como una ilustración o “proyección” de esa posición de enfoque. El sueño insiste en el carácter de proyección del *ufo*, ya que este queda reducido a una operación cinematográfica de dos productores que compiten entre sí. No es difícil reconocer en estas dos figuras los objetos opuestos de la elección amorosa de la soñante y el conflicto subyacente, que debería resolverse en un *tertium comparationis*, en una mediación de los opuestos. El *ufo* aparece aquí en su papel de mediación, que ya conocemos, pero se revela como un efecto cinematográfico deliberado, al que evidentemente le falta todo significado de mediación. Si se considera el papel de un productor en la vida de una joven actriz, la transposición de los admiradores rivales a las figuras de los *producers* da la impresión de un aumento de importancia o de una elevación valorativa de aquellos. Esos pretendientes se hallan por así decirlo transferidos a las candilejas del drama de la vida de la actriz, frente al cual el *ufo* mismo pierde importancia, si es que ya no ha perdido toda su significación al revelarse como un mero truco. El acento de valor se ha desplazado de un fenómeno aparentemente cósmico a los *producers* y ya no representa sino un insignificante truco de éstos, mientras el interés de la soñante se vuelve enteramente en el sueño a su ambición profesional. Con esto queda resuelta la significación del sueño.

No es fácil comprender por qué el sueño presenta toda su *mise en scène* de los *ufos* para inmediatamente echarla aba jo y revelarla, de manera tan decepcionante, como un mero truco. Si tenemos en cuenta las sugestivas circunstancias del comienzo del sueño (¡el centro!) y la significación sensacional de los *ufos* que evidentemente la soñante conoce, el giro que toman las cosas resulta bastante inesperado. Es como si el sueño quisiera decir: “Pero esto no es así…, no es verdaderamente así. Es sólo un truco cinematográfico, un asunto de *Science-fiction*. Piensa más bien que desempeñarás el papel principal en las dos películas”,

Por el curso que toma el sueño, se puede ver qué significación se atribuía al *ufo* y por qué éste ha debido desaparecer de la escena: la personalidad de la soñante ocupa el centro del campo visual, en una posición intermedia que compensa la disociación, la división en elementos contrarios y que, por lo tanto representa un medio para superar la disociación. Además, es menester que se dé una emoción viva (*Affekt*) para obligar a tomar una dirección unitaria. En el *Affekt* el movimiento pendular de los opuestos autónomos cesa y nace un estado unívoco. Aquí el *Affekt* está provocado por la aparición excitante del *ufo*, que por un momento atrae sobre sí toda la atención.

Como se ve, en este sueño el fenómeno del *ufo* no es el elemento esencial, sino que es tan sólo un medio para un fin, algo semejante, por ejemplo, al grito de atención “¡Cuidado!” De manera que inmediatamente el fenómeno queda desvalorizado: no es un fenómeno, sino tan sólo un truco y la acción del sueño continúa refiriéndose al problema personal de la soñante y de su conflicto entre dos

hombres. Si esta situación, bien conocida y frecuente, significa algo más y dura más que una pasajera indecisión en la elección, ello supone, por lo general, que no se toma en serio el problema, como en el caso del asno de Buridán, que no podía decidir cuál de los dos montones de heno comería primero. Tratábase de un problema aparente: en realidad no tenía hambre. Éste parece ser el caso de nuestra soñante. En verdad ella no piensa ni en uno ni en el otro de los hombres, sino que piensa en si misma. Lo que ella verdaderamente quiere se lo dice el sueño, que transforma a los amantes en *producers*, representa la situación como un asunto cinematográfico y le asigna a ella el papel principal en las escenas que van a rodarse. Eso es lo que la soñante quiere en realidad, es decir, desempeñar el papel principal, y en este caso el de joven cortejada, sin preocuparse de los eventuales *partners* del momento. Pero esto es cosa que evidentemente ella no logra del todo, ya que cede aún a la tentación de considerar como reales a sus *partners*, siendo así que estos sólo son figuras secundarias del drama de la vida de la actriz. Todo esto no habla precisamente en favor de su vocación artística, y es lícito alimentar dudas sobre la seriedad con que toma su profesión. Frente a la vacilante situación de su conciencia, el sueño indica de manera decidida que el verdadero amor de la soñante es su profesión y le ofrece así la solución de su conflicto.

De este sueño no podemos obtener ningún dato sobre la naturaleza del fenómeno de los *ufos*. Aquí se emplea el fenómeno solamente, por así decirlo, como grito de alarma, dada la excitación colectiva alrededor de los *flying saucers*. Por interesante o hasta alarmante que pueda ser el fenómeno, la juventud tiene el privilegio —o se lo roma— de considerar más fascinante el problema de “ella y él”. En este caso la juventud tiene seguramente razón, porque cuando estamos aún en la fase de desarrollo, la Tierra y sus leyes asumen mayor importancia que el mensaje que nos viene de lejos y que está anunciado en las señales del cielo. Como la juventud, según es sabido, dura mucho tiempo y su condición espiritual característica representa en muchas vidas humanas el punto culminante, esta limitación psicológica es en general asimismo propia de los hombres de caballos grises, cuyos cumpleaños no significan más que otras tantas conmemoraciones del día en que cumplieron veinte años. En el mejor de los casos, esa mayoría se contenta con concentrarse en el trabajo y todo lo demás que aún pudiera sobrevenir se lo recibe mal, como una mera perturbación. Ni la edad, ni la posición social, ni la educación, pueden remediar este detenimiento. La sociedad humana es, a pesar de todo, aún muy joven, pues ¡qué significan tres mil o cinco mil años en una perspectiva más amplia!

He tomado este sueño como un paradigma de la manera en que el inconsciente puede todavía eludir el problema de que nos estamos ocupando aquí. Quisiera mostrar con este sueño que los símbolos no son unívocos en ninguna dirección, sino que su sentido depende de muchos y variadísimos factores. Desde ningún lugar la vida va más lejos que desde el lugar en el cual precisamente nos encontramos.

Sueño 7

En el capítulo siguiente me ocuparé de algunos cuadros que se refieren al fenómeno de los *ufos*. El autor del segundo cuadro, a quien yo había comunicado por carta que había relacionado algunas particularidades de su cuadro con las extrañas apariciones del cielo, ha puesto a mi disposición el siguiente sueño que tuvo el día 12 de setiembre de 1957.

> *Me encontraba yo, en compañía de otras personas, en lo alto de una colina, desde la cual se admiraba un hermoso, amplio, ondulado paisaje de jugoso color verde.*
>
> *De pronto, apareció "un plato volador", que se detuvo a la altura de la vista y que resplandecía claramente a la luz del sol. No parecía una máquina, sino un pez de los mares profundos. Era redondo y chato, pero de enormes dimensiones. (Unos 10 o 15 metros de diámetro). Le cubrían todo el cuerpo salpicaduras de un color azul gris blanquecino. Los bordes ondulaban y temblaban y servían de remo y timón.*
>
> *Ese ser comenzó a dar vueltas en derredor de nosotros, luego se lanzó de golpe, como disparado por un cañón y en línea recta hacia el cielo azul, para después precipitarse a vertiginosa velocidad otra vez hacia abajo, donde se puso de nuevo a describir círculos alrededor de nuestra colina. Evidentemente lo hacía con referencia a nosotros. (Cuando una vez pasó volando muy cerca, pareció mucho más pequeño y semejante a un pez martillo.)*
>
> *Ahora de alguna manera había aterrizado junto a nosotros… Salió de él un pasajero que se dirigió directamente hacia mí (¿una mujer de formas humanas?) La gente huyó y a respetuosa distancia se quedó aguardando y mirándonos.*
>
> *La mujer me dijo que me conocían muy bien en aquel otro mundo (del cual ella venía) y que se vigilaba la manera en que yo cumplía mi cometido (¿misión?).*
>
> *Hablaba en tono severo, casi amenazador, y me pareció que atribuía gran importancia a lo que me estaba encomendando.*

Comentario al sueño

El estímulo del sueño consistía en la anticipación de una visita que el soñante se proponía hacerme en uno de los días siguientes. La exposición describe un sentimiento de expectación positiva y llena de esperanzas. El desarrollo dramático comienza con la súbita aparición de un *ufo* que anuncia su intención de presentarse al

observador lo más claramente posible. El resultado de la observación es el de que no se trata de una máquina, sino más bien de un ser vivo animal, un pez de los mares profundos, una especie de raya gigante que, como se sabe, también hace intentos de vuelo. Sus movimientos subrayan la relación del *ufo* con los observadores, Los intentos de aproximarse terminan con un aterriza je. Una figura de formas humanas desciende del *ufo*, lo cual indica una relación humana inteligente entre el *ufo* y sus observadores. Esta impresión se fortalece al aparecer una figura femenina que, a causa de su carácter desconocido e indeterminado, pertenece al tipo *Anima*. La numinosidad de este arquetipo provoca por un lado en la "gente" presente una reacción de pánico, es decir, el soñante registra una reacción subjetiva de huida. La causa de ello es la significación de "destino", característico de la figura *Anima*: ella es la esfinge de Edipo, una Casandra, la mensajera del Graal, la mujer blanca que anuncia la muerte, etc. Esta concepción queda confirmada por el mensaje que la figura femenina transmite: viene de otro mundo, del más allá, donde se conoce al soñante y donde se sigue atentamente la manera en que él cumple su "misión".

Como se sabe, el *Anima* personifica el inconsciente colectivo[1], el reino de las Madres que, según lo atestigua la experiencia, tiende marcadamente a influir en el modo en que se lleva la vida consciente y, cuándo esto no ocurre, a irrumpir violentamente en la conciencia, para confrontarla con sus extraños contenidos, al principio incomprensibles. Los *ufos* representan, según el sueño, contenidos de este tipo, que nada dejan que desear en cuanto a rareza, La dificultad de la integración es en este caso tan grande que las habituales posibilidades de comprensión no bastan. En tales condiciones se echa mano de instrumentos explicativos míticos, es decir, habitantes astrales, ángeles, espíritus y dioses, aun antes de saber lo que se ha visto. La numinosidad de estas visiones es tal que no se le ocurre a uno pensar que se trate más bien de percepciones subjetivas de procesos inconscientes colectivos. Según la concepción corriente una observación subjetiva puede ser sólo verdadera o en cuanto engaño de los sentidos o alucinación "no verdadera". Por lo visto, no se toma, empero, en consideración el hecho de que los engaños sensoriales y las alucinaciones son también fenómenos verdaderos que tienen su buena razón de ser, siempre que no nos hallemos frente a una manifiesta perturbación patológica. Pero hay manifestaciones del inconsciente también en el hombre normal, y esas manifestaciones pueden ser tan "reales" y sugestivas que el observador se niega instintivamente a considerar su percepción como una ilusión y menos aún como una alucinación. Su instinto tiene razón: no sólo se ve desde afuera hacia adentro, sino que muchas ve ces se ve desde adentro hacia afuera. Si no puede integrarse un proceso interior como tal, a menudo se proyecta hacia afuera. Y hasta es la regla que la conciencia masculina proyecte todas las percepciones que proceden del inconsciente personificado en forma femenina en una figura de *Anima*, esto es, en una mujer real, razón por la cual la conciencia está ligada a esta última, así como está ligada en realidad a los contenidos del inconsciente. Por eso el *Anima* está cargada

con la idea de destino, a la que alude también en nuestro sueño la pregunta: ¿Cómo cumples el cometido de tu vida (misión), tu *raison d'être*, el sentido y la finalidad de tu existencia? Éste es el problema de la individuación, el problema del destino *par excellence*, que se le presentó a Edipo en la forma del enigma de la Esfinge, incomprensiblemente pueril y que él entendió tan mal. (¿Es posible imaginar que un ateniense avisado, para quien era familiar la tragedia, se estrellara contra los κλεῖγ αἰνίγματα (los terribles enigmas) de la Esfinge?) Edipo no recurrió a su inteligencia para penetrar la lúgubre naturaleza del enigma (que estaba al alcance de un niño y que era demasiado sencilla) y precisamente por eso fue víctima de su trágico destino. En efecto, creyó que había respondido a la pregunta. Había que responder a la Esfinge y no a su palabrerío.

Así como Mefistófeles se revela como "la esencia del secreto", el Anima se revela como quintaesencia del *ufo*; y así como Mefistófeles no representa la totalidad de Fausto, el *Anima* sólo indica una parte del todo, al que se alude oscuramente con "el pez de los mares profundos", con lo redondo. El *Anima* desempeña aquí el papel de *mediatrix*, mediadora entre el inconsciente y la conciencia; es una figura doble, como la Esfinge, por un lado la naturaleza instintiva. "animal"; por otro lado (en virtud de la cabeza), lo específicamente humano. En lo primero se hallan las profundas fuerzas que determinan el destino; en lo segundo, las posibilidades de una modificación con sentido. (Este pensamiento fundamental se refleja también en el cuadro del soñante reproducido en este libro). El sueño emplea aquí el lenguaje mítico que se sirve de las imágenes de un mundo del más allá y de seres angélicos que vigilan lo que hacen y dejan de hacer los hombres. Así la simbiosis de conciencia e inconsciente queda expresada de manera gráfica.

En todo caso, ésta parece ser la explicación más satisfactoria. En relación con los posibles fondos metafísicos, debemos confesar honestamente nuestra ignorancia y la imposibilidad de aducir pruebas. La tendencia del sueño se manifiesta indudablemente en el esfuerzo de hacer surgir un psicologema, que volvemos a encontrar continuamente en ésta y en otras muchas formas, independientemente del problema de si se conciben los *ufos* como realidades concretas o como manifestaciones subjetivas. El psicologema es una realidad en sí y por sí; se funda en una percepción real, que no tiene necesidad de la realidad física del *ufo*. Es una realidad que se ha manifestado mucho antes de que se empezara a hablar de los *ufos*.

El final del sueño asigna especial importancia al mensaje de la mujer, al hacer resaltar el tono serio, más aún amenazador, de sus palabras. El paralelo colectivo es el temor, expresado en muchas partes, de que los *ufos* al fin de cuentas no sean del todo inofensivos y de que una posible relación con" otros planetas podría acarrear consecuencias imprevisibles. A esta circunstancia se agrega el hecho de que la ocultación de ciertas informaciones, por parte de las autoridades (norteamericanas) pertinentes, no es cosa que pueda relegarse enteramente al dominio de la fábula.

La seriedad, más aún el apremio, del problema de la individuación no puede ya

negarse en una época en la que la movilización gregaria de las masas, con todas sus consecuencias destructoras, se manifiesta tan claramente; por el contrario, ese problema representa la gran alternativa del mundo cultural occidental. Es un hecho que el súbdito de un estado dictatorial queda privado ele su libertad individual y es asimismo otro hecho el que estamos amenazados por este desarrollo político y no estamos seguros de nuestros medios de defensa. Por eso se nos plantea con todo apremio la cuestión: ¿Nos dejaremos privar de la libertad individua!? ¿Qué podemos hacer para impedir semejante proceso? Miramos alrededor en busca de medidas colectivas, y con esta actitud apuntalamos la movilización de las masas, aun cuando esto sea precisamente Jo que queremos combatir. Contra los efectos gregarios dé toda medida colectiva existe sólo un medio: *acentuar y adorar el individuo*. Se necesita una *modificación* mental, es decir, un reconocimiento real de todo el hombre. Ésta puede ser obra sólo del individuo y, para ser auténtica, debe comenzar en el hombre individual. Tal es el mensaje de nuestro sueño dirigido al soñante, un mensaje que procede del fondo instintivo colectivo de la humanidad. Las grandes organizaciones políticas y sociales no deben ser un fin en sí mismas, sino tan sólo medidas provisionales de emergencia. Así como los Estados Unidos se vieron en la necesidad de desmembrar los grandes *trusts,* del mismo modo la tendencia a destruir organizaciones gigantescas demostrará que ello es necesario con el correr del tiempo, porque tales organizaciones devoran la naturaleza humana como un cáncer, apenas se constituyen en un fin en sí mismas y alcanzan autonomía. Desde ese momento se imponen al hombre y escapan al gobierno de éste. El hombre se convierte en victima de ellas y sucumbe a la ilusión de una idea qué ha escapado a todo gobierno. Todas las grandes organizaciones en las que se halla inmerso el individuo, presentan este peligro. Contra tal amenaza vital parece existir sólo *un* medio de defensa: la “valoración” del individuo.

Pero esta medida de importancia inmediata no puede ser voluntaria, es decir, no puede adoptársela ex profeso y con conocimiento de causa, pues el hombre individual es demasiado pequeño y débil para hacerlo. Aquí es menester más bien una fe involuntaria, un mandamiento metafísico, por así decirlo, que nadie puede Crear artificialmente, esto es, con intención. Ese mandamiento no puede ser sino espontáneo. Y un hecho de este tipo está en la base de nuestro sueño. Mi indicación de la circunstancia de que ciertas particularidades de su pintura podrían tener relación con el problema de los *ufos* bastó para despertar en el soñante la leyenda arquetípica que caracteriza esta visión colectiva, esto es, la visión numinosa de la significación, metafísicamente fundada del individuo: el hombre empírico va más allá de sus limites conscientes; su manera de conducir su vida y la voluntaria configuración de su destino tienen una importancia mucho más que personal. Se manifiesta el interés de un “mundo del más allá”, que espera de él obras que sobrepasan la esfera empírica y sus estrechos límites. La condición del individuo se eleva aquí a una esfera de significación cósmica. Esta transformación numinosa no se realiza por una intención

consciente, ni por convicción intelectual, sino en virtud de impresiones arquetípicas sobrecogedoras.

Semejante experiencia no está desjxovista de peligro, porque, como sucede a menudo, ejerce un efecto de inflación en el individuo: su yo se cree aumentado y elevado, siendo así que en realidad es empujado a segundo plano, de manera que casi tiene necesidad de una inflación (por ejemplo la sensación de haber sido elegido) para no perder el piso bajo los pies, aunque sea precisamente la inflación la que lo separa de sus fundamentos. No es el yo lo que se eleva, sino que aparece una cosa más grande, el *Selbst*, un símbolo que expresa todo el hombre. Pero al yo le gusta considerarse todo el hombre y por eso se esfuerza enormemente para sustraerse al peligro de la inflación. Esta seria dificultad es también Uño de los motivos por los cuales semejantes experiencias se rechazan y hasta se temen como enfermizas. Ya la idea del inconsciente y ocuparse de él son cosas desagradables. Sin embargo no ha transcurrido tanco tiempo —unos pocos miles de años— desde que vivíamos aún en un estado espiritual primitivo, con sus *“perils of the soul”*, con sus pérdidas de ánimo, y los estados de obsesión que amenazaban la unidad de la personalidad, esto es el yo. Y hay que hacer notar que estos peligros no han quedado en modo alguno superados en general en nuestra actual sociedad civilizada. Sin embargo, ya no asaltan al individuo en la misma medida de antes, pero atacan en gran volumen a los grupos sociales o nacionales, como lo muestra demasiado claramente la historia contemporánea. Son fenómenos de obsesión que aniquilan al individuo.

Frente a este peligro, sólo puede ayudar una *conmoción* que no oprima y destruya al individuo, sino que haga de a un *todo*. Pero esto únicamente puede ocurrir si al hombre consciente se agrega también el inconsciente. El proceso de unificación sólo en parte depende de nuestra voluntad, pues por otro lado es un hecho involuntario. Con la conciencia a lo sumo podemos llegar a aproximarnos al acaecer inconsciente y debemos esperar y observar lo que ocurra luego. Desde el punto de vista de la conciencia, el problema se presenta como una aventura o una *quest* a la manera del *Pilgrims Progress* de John Bunyan, obra a la cual la doctora Esther Harding[1] ha dedicado un estudio exhaustivo, en el que ha demostrado que Bunyan, a pesar de la diferencia de lenguaje y de concepción genera!, habla de las mismas experiencias interiores que vive también el hombre actual cuando ha elegido la senda estrecha. Recomiendo este libro a todos los que quieran darse cuenta de lo que hay que entender por proceso de individuación. A la pregunta, mil veces repetida, “¿qué puedo hacer?”, no sé responder otra cosa que “sé lo que ya siempre has sido”, es decir, esa totalidad que hemos suprimido a través de una existencia civilizada, consciente; una totalidad que ya éramos, aunque sin saberlo. El libro de Esther Harding está escrito en un lenguaje tan sencillo y comprensible que todas las personas de *buena voluntad*, aun sin conocimientos especiales, pueden forjarse una imagen clara de lo que estamos tratando. También se comprenderán claramente los motivos por los cuales un hombre, aunque aparentemente se preocupe en serio por la

cuestión de qué pueda hacer en última instancia con los débiles medios de que dispone en la inquietante situación actual del mundo, prefiera así y todo no hacer nada y dejar las cosas como están. Por cierto que se hacen méritos y méritos espectaculares, al glorificar los ideales colectivos y al cooperar en las grandes organizaciones, aunque éstas vengan a ser tumbas del individuo. Un grupo tiene siempre algo menos de valor que el término medio de sus miembros individuales, y si por añadidura la mayoría de éstos está formada de inútiles y holgazanes, ¿qué puede esperarse? Entonces los ideales proclamados por ellos tampoco sirven de nada. Hasta el medio correcto tiene efectos contrarios en manos del hombre extraviado, dice un proverbio chino.

El mensaje que el *ufo* comunica al soñante es un problema actual, que se plantea a cada individuo. Los signos del cielo aparecen para que todo el mundo los vea. Recuerdan a cada cual su alma y su totalidad, porque ésta debería ser la respuesta del Occidente al peligro de la movilización gregaria de las masas.

III
EL UFO EN LA PINTURA

La suerte favorable ha querido que en el momento en que yo me había decidido a escribir estas notas conociera la obra de un pintor que, profundamente conmovido por los acontecimientos contemporáneos, ha hecho suya la angustia fundamental de nuestra época, es decir, ese miedo difundido en todo el mundo de una irrupción catastrófica de fuerzas destructoras. Desde hace ya mucho tiempo la pintura, de acuerdo con su ley, que consiste en transfigurar en forma visible los temas y motivos predominantes de cada época, ha convertido en su objeto la destrucción de las formas y la ruptura de los preceptos, con lo cual ha creado obras privadas al propio tiempo de sentido y sentimiento, que se distinguen tanto por su "falta de sentido" como por su falta de relación consciente con el observador. La pintura se ha entregado completamente, por así decirlo, al espíritu de la destrucción y ha creado un nuevo concepto de belleza, que se complace en la enajenación de sentido y sentimiento. Todo consiste en pedazos, fragmentos inorgánicos, agujeros, deformaciones, confusión y caos, infantilismo y rusticidad, que están por debajo aun de la falta de habilidad del hombre primitivo y que desmienten las palabras: "El arte viene de poder hacer". Así como la moda encuentra "bella" toda innovación, por absurda y repulsiva que sea, lo mismo ocurre con el "arte moderno" de este género. Es la "belleza" del caos. Lo que este arte proclama y ensalza es el montón rutilante de fragmentos a que se ha reducido nuestra cultura. Puede admitirse que tal empeño es inquietante, especialmente si se tienen en cuenta las posibilidades políticas de nuestra época, preñadas de futuro. Hasta puede imaginarse, en efecto, que en nuestra época de "grandes destructores" constituya una satisfacción especial ser por lo menos la escoba que arroja a un lado lo que ya ha sido.

Grabado II
El sembrador de fuego, de E. Jacoby



El autor de este cuadro encontró —bien puede decirse— el valor de entregarse a la angustia general, de expresar —como tantos otros han osado o no han podido evitar hacerlo— la voluntad general de destrucción, consciente e inconsciente, y de representar gráficamente la disolución en el caos. Estos pintores lo han hecho con la *superioridad* de la pasión erostrática que no conoce el miedo ni el futuro. Pero la angustia es una confesión ele la *inferioridad* que, aterrorizada por el caos, aspira a una realidad más firme e inteligible, a la continuidad de lo existente y a la plenitud de sentido, es decir, a la cultura. Esa angustia sabe que la disgregación de nuestro mundo procede de las insuficiencias de éste, al que le falta algo esencial, que podría impedir la irrupción del caos. Al carácter fragmentario de lo que la ha precedido, la angustia debe oponer la tendencia a la totalidad salvadora. Pero como en el presente no parece accesible este último objetivo, no existe tampoco ninguna posibilidad de imaginar Jo que pueda unificar e integrar. Nos hemos hecho escépticos y las quiméricas ideas de mejorar el mundo ya no están en boga. Tampoco gozan de gran confianza las antiguas recetas. La ausencia de ideas generales utilizables o sólo dignas de crédito crea una situación parecida a la de una *tabula rasa*, en la cual podría aparecer cualquier cosa. El fenómeno de los *ufos* sería una de esas apariciones.

Más o menos consciente de la analogía con un *ufo*, el pintor[1] ha representado en el cielo, sobre la ciudad cubierta por las tinieblas de la noche, un cuerpo ígneo, redondo. Siguiendo un innato impulso hacia la personificación, le confirió, sólo a

manera de alusión, un rostro, de suerte que viene a ser una cabeza, separada empero del cuerpo al que pertenece, con lo cual se revela su autonomía. Lo mismo que la cabeza, el cuerpo también está hecho de llamas. Es la gigantesca figura de un espectral "sembrador que salió a sembrar". Siembra llamas y, en lugar de agua, del cielo cae fuego. Parece ser un fuego invisible, un "fuego de los filósofos"[2], pues la ciudad no la advierte y, es más aún, no se produce ningún i2c?[!dio en ningún lugar. El fuego cae fortuitamente, aquí y allá, como caen las semillas de manos del sembrador. La figura pasa a través de las casas de la ciudad, como un ser inmaterial; dos *mundos que se penetran recíprocamente, sin tocarse*.

Como nos aseguran los "filósofos", es decir, los antiguos maestros de la alquimia, su "agua" es también "fuego". El mercurio de los alquimistas es *"hermaphroditus"* y *"duplex"*, una *"complexio oppositorum"*, el mensajero de los dioses, el Uno y el Todo; es por cierto un *Hermes Katachtonios* (un Mercurio subterráneo), un espíritu que emana de la Tierra, irradia luz y calor; es más pesado que el metal y más liviano que el aire; serpiente y águila al mismo tiempo; envenena y cura. Es la panacea misma y el *elixir vitae* por un lado; en cambio por otro es un peligro mortal para el ignorante. Para el hombre culto de los siglos pasados, cuyo caudal de conocimientos comprendía también la filosofía de los alquimistas —una verdadera *religio medici*—, una imagen como la que aparece en esta pintura habría estado llena de alusiones y ellos habrían podido incluirla sin dificultad en su caudal de conocimientos. Pero para nosotros la pintura es una representación extraña, desconcertante, de la que en vano buscamos posibilidades de comparación. Hasta ese punto lo que piensa la conciencia es diferente de aquéllo a lo que apunta el subconsciente. El cuadro describe la inconmensurabilidad de dos mundos que, si bien se penetran, no se tocan. Verdad es que el sembrador siembra su fuego sobre la Tierra, pero lo distribuye con descuido, ya en la ciudad habitada, ya en el campo abierto, y ningún mortal lo advierte. Se podría comparar la pintura con un sueño que intenta explicar al soñante que su conciencia, por un lado, mora en un mundo trivialmente razonable, pero por otro lado se ve frente a la espectral aparición nocturna de un *"homo maximus"*. Considerado como un fenómeno de reflejo, la gigantesca figura podría entenderse como una especie de espectro psicológico del monte Brocken. En este caso habría que suponer una megalomanía reprimida, nada tranquilizadora para el pintor. Entonces todo esto quedaría traspuesto a la esfera patológica y ya no significaría sino una autoconfesión neurótica, que se ha deslizado, por así decirlo, de contrabando. El terrible aspecto de una situación mundial apocalíptica se transformaría, pues, en esa angustia personal egocéntrica que sienten todos aquellos que alimentan una secreta manía de grandezas; es decir, el temor de que la grandeza imaginada puede desvanecerse en el choque con la realidad. La tragedia del mundo se convertiría así en la comedia de un pequeño megalómano. Es sabido hasta el cansancio que estas bromas ocurren con demasiada frecuencia.

Pero para reconocer con seguridad tal *climax a majori ad minus* no basta en modo

alguno un razonamiento tan superficial. La alusión a algo importante y significativo, no estriba solamente en el tamaño y el carácter destacado de la figura, sino también en la numinosidad de su fondo inconsciente histórico-simbólico. Si no se tratara más que de una vanidad personal y de una presunción infantil, convendría mucho más otra elección simbólica; por ejemplo, la figura de un envidiado competidor de la misma profesión, un competidor de éxito, puesto naturalmente de relieve de manera adecuada, sugestiva, como lo muestra la experiencia en tales casos. Pero en este caso todo apunta a lo contrario: la figura en todos sus rasgos se manifiesta como *arquetípica*, según hemos hecho notar más arriba. Sobrepasa la figura humana, como un rey arcaico o un dios; no está hecha de carne y hueso, sino de fuego; la cabeza es redonda como un cuerpo celeste, como el ángel del Apocalipsis de San Juan (X. I), cuya cabeza está circundada por un arco iris, cuyo rostro resplandece como el sol y cuyos pies re lucen como "columnas de fuego", o como las cabezas en forma de estrella de los dioses-planetas, en las representaciones medievales. La cabeza está separada del cuerpo para subrayar la autonomía y es comparable a la sustancia arcana de los alquimistas, el oro filosófico, el "*aurum non vulgi*" (no el oro vulgar), el elemento "cabeza" (*elementum capitis*) o el elemento omega (Ω = cabeza), un símbolo que se remonta a Zósimo de Panópolis (siglo III). El espíritu es un peregrino que vaga por la tierra sembrando fuego y es, pues, comparable a esos dioses y hombres-dioses que vagan haciendo milagros, destruyendo o curando. El Salmo 104 compara a los "siervos" de Dios con "llamas de fuego". Dios mismo es un "fuego devorador". El "fuego" es la intensidad de toda pasión y el símbolo del Espíritu Santo, que en el milagro de Pentecostés desciende en forma de llama.

Todos los elementos característicos de la figura del sembrador de fuego están cargados de tradición, en parte procedente de la consciente tradición bíblica, en parte de pensamientos e imágenes semejantes a los de aquélla pero autóctonos. La atracción más o menos consciente del fenómeno moderno de los *ufos* arroja luz sobre el íntimo parentesco de los dos complejos de imágenes: uno remite al otro, porque precisamente los dos proceden de la misma fuente. Es significativo el hecho de que otro cuadro (perteneciente al mismo autor) represente un motivo de azul y blanco semejante al del sueño 2. Trátase de un pasaje primaveral. En lo alto se ve un cielo cuyo azul está suavizado por un vapor plateado, pero en un punto el delgado velo de nubes está roto por una abertura redonda, a través de la cual se ve el oscuro azul del cielo libre. A ambos lados de esa abertura redonda se extiende una nubecilla horizontal, blanca, que presta al conjunto el aspecto de un *ojo*. Abajo, sobre un camino circulan automóviles de aspecto en extremo realista. "Ellos no lo ven", me explicó el pintor, En este cuadro el *ufo* corresponde al tradicional *ojo de Dios*, que mira desde el cielo.

En estos complejos simbólicos de imágenes trátase de formas arquetípicas que no derivan de las recientes observaciones de *ufos*, sino que existen desde siempre. Hay relaciones históricas de este género procedentes de décadas y siglos anteriores. Ya

treinta años antes de que hubiera oído hablar de "platos voladores" yo había observado correspondientes visiones oníricas, como por ejemplo una multitud de pequeños soles o de monedas de oro que caían del cielo, o la figura de un niño cuyo ropaje estaba hecho de resplandecientes redondeces doradas, o un peregrino que erraba por campos estelares, o la aparición de un cuerpo parecido al Sol, que en el curso ulterior de la serie de visiones se resolvía en un *mandala*. Recuerdo aún un cuadro que vi en 1919: abajo se extiende una ciudad a orillas del mar, la imagen cotidiana de un moderno puerto marítimo, con vapores, humeantes chimeneas de fábricas, fortificaciones con cañones y soldados, etc. Pero arriba se extiende una espesa capa de nubes y sobre ella gira "una imagen severa", un disco luminoso, dividido en cuadrantes por una cruz de Montesa. Son dos mundos, separados por una capa de nubes, que no se tocan entre sí.

Desde el principio me interesé por las noticias sobre *ufos* a causa de la posibilidad de que se tratara de rumores simbólicos y desde 1947 reuní todas las publicaciones sobre el tema de que pude echar mano. Me parecía, en efecto, que los *ufos* coincidían de manera impresionante con el símbolo del *mandala* al que me referí por primera vez en 1927 (en el escrito publicado en colaboración con R. Wilhekn: *Das Geheimnis der Goldenen Blüte*). Puede reconocerse a los testigos directos y a los expertos en radar el *beneficium dubii*, pero es menester hacer notar que existe una indudable semejanza entre las manifestaciones de los *ufos* y los supuestos psicológicos y psíquicos que no deberían pasarse por alto cuando se juzgan y valoran las observaciones. Independientemente de la posibilidad de una explicación psicológica del fenómeno, la comparación arroja también luz sobre la compensación psíquica de la angustia colectiva, que oprime los ánimos. La significación de los rumores sobre los *ufos* no se agota efectivamente en la de un *síntoma*, entendido causalmente, sino que aspira al valor y la importancia de un *símbolo* vivo, es decir, de un factor dinámicamente operante; pero que como resultado de la ignorancia y falta de comprensión que reinan en estas cosas, tiene que limitarse a la esfera de los rumores visionarios. La circunstancia de que, como lo muestra la experiencia, las imágenes arquetípicas supongan numinosidad determina no sólo la extensión de los rumores en el espacio y en el contenido, sino también su tenacidad. La numinosidad del complejo de imágenes impulsa a reflexiones más precisas y a indagaciones más cuidadosas, hasta que por fin alguien termina por preguntarse: ¿qué significan rumores de esta clase, en la época actual? ¿Qué futuras evoluciones se preparan en el inconsciente del hombre moderno? Mucho antes de que una Palas surgiera armada de la cabeza del padre de todos los dioses, Zeus, sueños premonitorios y anunciadores se ocuparon de este tema y entregaron a la conciencia abortados esbozos de él. Nos corresponde a nosotros ayudar a nacer mediante la comprensión las cosas que están surgiendo, y apoyar su acción salvadora o bien reprimirlas mediante la prevención, la estrechez de miras y la ignorancia, con lo cual se invierte su acción que de salvadora se hace envenenadora y disolvente.

Me hago cargo de la pregunta que continuamente se formulan mis pacientes: ¿De qué sirve una compensación que, a causa de su forma simbólica, la conciencia no comprende? Si prescindimos de los casos no raros y en los cuales para comprender el significado del sueño basta un poco de reflexión, puede sin embargo considerarse como regla general que la compensación no es sin más ni más evidente y que por eso se la pasa fácilmente por alto. El lenguaje del inconsciente es diferente del carácter unívoco e intencional del lenguaje de la conciencia, ya que consiste en la condensación de muchos datos, a menudo subliminales, de los que la conciencia no sabe que son contenidos suyos. No se forma en la línea de un juicio formulado, sino que sigue un *pattern* instintivo, arcaico, que a causa de su carácter mítico la razón ya no reconoce. La reacción del inconsciente es un fenómeno de la naturaleza que no se cuida benévolamente —o a través de un juicio— del hombre personal, sino que está exclusivamente regulada por las necesidades del equilibrio perpsíquico. De manera que aun un sueño no comprendido puede eventualmente obrar como compensación, según he podido comprobar con bastante frecuencia, aunque por lo general la comprensión consciente es indispensable, de acuerdo con la proposición alquímica: “Quod natura relinquit imperfectum, ars perfecit” (Lo que la naturaleza deja sin realizar, el arte lo completa). Si no fuera así, las reflexiones y los esfuerzos humanos serían superfluos. La conciencia, por su parte demuestra frecuentemente que no es capaz de reconocer ciertas situaciones vitales —y hasta creadas por ella misma— en todo su alcance y extensión, y por eso provoca la manifestación del contexto subliminal del inconsciente, el cual no se expresa en un lenguaje racional, sino arcaico, ambiguo, de varias significaciones. Como las metáforas de este lenguaje se remiten profundamente a la historia de la evolución del espíritu humano, el intérprete debe poseer conocimientos históricos para comprender su significado.

Éste es el caso de nuestro cuadro: trátase de una pintura que revela su significado sólo gracias a la amplificación histórica. La angustia que ha dado origen al cuadro se explica por el choque del mundo consciente del artista con una aparición extraña, que proviene como de otras esferas desconocidas del ser. Este mundo que está atrás, abajo y arriba, se nos presenta como el inconsciente que con sus contenidos subliminales contribuye a formar imágenes cuya formación es por lo demás consciente e intencional. De aquí surge la figura de un *homo maximus*, de un *anthropos* y *filius hominis*, de naturaleza ígnea, que anuncia su divinidad, es decir, su numinosidad, al evocar figuras como las de Enoch, Cristo[1], Elías o las análogas figuras visionarias de Daniel y Ezequiel. Como el fuego de Yahvé castiga, mata y consume, el observador tiene la libertad de pensar en el “fuego de la ira” de Jacob Boehme, fuego que contiene al infierno mismo, junto con Lucifer. Por eso las llamas sembradas pueden significar tanto el *enthusiasmus* del Espíritu Santo, como el fuego de malas pasiones, es decir, esos extremos afectivos de que por cierto es capaz la naturaleza humana, pero que en la vida cotidiana están reprimidos, sofocados, escondidos, o son absolutamente inconscientes. No por cierto sin un motivo profundo el nombre de

Lucifer une a Cristo y al demonio. La escena de la tentación, Mateo IV. 3 y siguientes, describe la disociación y la lucha, muchas veces citada, contra el demonio y sus ángeles, la oposición recíproca y al propio tiempo la íntima conexión del juicio moral. Una antítesis sólo existe cuando dos *existentia* se oponen recíprocamente, pero no cuando está lo Uno y no está lo Otro o cuando sólo existe una dependencia unilateral, o sea cuando sólo el Bien tiene una esencia, pero no el Mal.

La figura de fuego es ambivalente y por eso une los opuestos. Es un "símbolo unificador", es decir, una *totalidad* subordinada a la conciencia humana, que "integra" en todas direcciones la fragmentariedad del hombre sólo consciente, Esa figura es una aportadora de salvación y al propio tiempo de perdición. Que aporte prosperidad o ruina es cosa que depende de la comprensión y de la decisión ética del individuo. De manera que nuestro cuadro representa una especie de mensaje al hombre actual, una advertencia de que hay que tomar seriamente e interpretar correctamente "los signos que aparecen en el cielo".

El reflejo del fenómeno de los *ufos* en la fantasía del pintor nos procura un cuadro que presenta los mismos rasgos fundamentales de los sueños que hemos comentado. Aparece un ser que pertenece a una dimensión, un mundo de los dioses, que no parece guardar ninguna relación con nuestra realidad. El cuadro nos deja la impresión de que se trata de la visión de un elegido, al cual le ha sido dado ver y comprender a su manera particular lo que los dioses hacen secretamente en la Tierra. La interpretación que e pintor da aquí al fenómeno se halla a una distancia astronómica de la interpretación común y general, según la cual los *ufos* son máquinas espacia les tripuladas.

Grabado III

La cuarta dimensión, de P. Birkhäuser



Lo mismo que el cuadro anterior, también éste es contemporáneo. Para evitar equívocos quiero hacer notar en seguida que se ha pintado sobre tela y que, en consecuencia, el tratamiento característico del fondo no se debe a vetas de la madera que han quedado visibles o que se han utilizado para obtener un de terminado efecto. La intención del pintor fue representar algo que crece o fluye. En todo caso se vale de la *skyline* de una ciudad para hacer resaltar una línea horizontal que atraviesa todo el cuadro. Mientras Jakoby coloca la ciudad al fondo, sobre la tierra, en oposición al vasto y alto cielo nocturno (asimismo como el cuadro que cité más arriba de una serie de “imaginaciones activas”), Birkhäuser ha traspuesto la línea horizontal hacia arriba, para subrayar el hecho de que el ser que se encuentra en el fondo desciende también a través de las profundidades de la Tierra. El color de la ciudad es un rojo oscuro, apagado: en cambio el del fondo es claro, acuoso, verdeazulado y amarillo pálido, atravesado por un rojo intenso.

En este fondo aparecen catorce formas redondas más o menos claras. Diez de ellas forman los *ojos* de rostros apenas insinuados, que van de lo animalesco a lo humano. Las otras cuatro parecen nudos de la madera o cuerpos redondos oscuros que flotan libremente, provistos en parte con un halo. De la boca del gran rostro que está, en lo alto se derrama agua que penetra a través de la ciudad y se escurre hacia abajo. Un piano no toca al otro, con lo que quiere indicarse que trátase acá de algo inconmensurable, que se verifica en dos planos diferentes *toto coelo*, un plano vertical por un lado y un plano horizontal por otro. Como en este último se encuentra una ciudad tridimensional, que recibe de la izquierda una luz que no modifica el fondo, éste no puede ser otra cosa que una *cuarta dimensión*. Las líneas de intersección de los dos mundos forman una cruz (ciudad y cascada). La única relación reconocible entre los dos mundos está en la mirada de los ojos del gran rostro que mira hacia abajo, hacia la ciudad. Como puede apreciarse por las fosas nasales bien acentuadas y los ojos destacados de manera anormal, el rostro es humano sólo hasta cierto punto. De los otros cuatro rostros, sólo el que se halla en lo alto y a la izquierda es indudablemente humano. Otro rostro, que se encuentra abajo y a la izquierda, puede apenas reconocerse. Si interpretamos el rostro que está en el centro, caracterizado por sus grandes dimensiones y por la circunstancia de que fluye agua de su boca, como el *rostro principal* y la *fuente*, obtenemos como estructura fundamental una *quincunx*, esto es:

+ Ø
+
+ +

La *quincunx* es un símbolo de la *quinta essentia*, idéntica al *lapis*, la piedra de los filósofos. Es el círculo dividido en cuatro con el centro, la *divinidad*, que se despliega en las cuatro direcciones, o la base unitaria de la conciencia, caracterizada por cuatro funciones, esto es, el *Selbst*; la cuaternidad tiene aquí la estructura 3 + 1: tres rostros animalescos demoníacos y uno humano[1].

Esta peculiar condición de nuestro cuadro nos recuerda la cuaternidad frecuente en la historia de los símbolos, cuaternidad que Platón trató en el *Timeo* y que Ezequiel, aun antes, encontró en su visión de los cuatro serafines. Uno tenía rostro humano; los otros tres tenían rostros de animales. El motivo aparece también en ciertas representaciones de los hijos de Horus y en los emblemas de los Evangelistas, así como en los tres Evangelios sinópticos y en el Evangelio “gnóstico” y, *last not least*, asimismo en las cuatro personas de la metafísica cristiana: la Trinidad y el demonio. En la alquimia, la estructura 3 + 1 es un tema que se repite y que se atribuye a María, la filósofa copta o judía (siglo II - III). También Goethe recogió este motivo en su escena de los kabiros (*Fausto* II). El número 4 como división natural del círculo es un símbolo de totalidad en la filosofía alquímica y puede rastrearse en el

curso de diecisiete siglos; y no ha de olvidarse que el símbolo cristiano central representa igualmente una cuadruplicidad, en cuanto cruz oblonga que hasta tiene la estructura 3 + 1[1].

Nuestro cuadro describe, como el anterior, el encuentro de dos mundos inconmensurables, uno vertical y uno horizontal, que sólo se tocan en un punto; es decir, en un caso en la intención del sembrador de sembrar fuego sobre la Tierra; en el otro en la mirada de los ojos vuelta hacia la Tierra.

En lo tocante a los cuatro círculos que no son ojos, corresponde observar que sólo uno forma una redondez completa. Un segundo círculo (arriba y a la derecha) es claro, con un centro oscuro; un tercer círculo oscuro, pero cubierto en parte por el agua que fluye; un cuarto, por fin, parece surgir de la abertura de un vapor blanquecino que corre hacia abajo. Trátase pues de una cuadruplicidad diferenciada —a diferencia de una octuplicidad indiferenciada— de ojos que pertenecen a una cuaternidad, la cual tiene la estructura 3 + 1, si prescindimos del rostro principal del centro.

No es claro cuánto de animal y cuánto de humano hay en el rostro principal. Como representa el rostro principal y la "fuente de agua viva" (quinta esencia, *aurum potabile*, *aqua permanens*, *vinum ardens*, *elixir vitae*, etc. son sinónimos) y parece basarse en tres cuartas partes de animalesco y una cuarta parte de humano, su carácter dudosamente humano queda sin más ni más aclarado. Nos hace pensar en el "antropomórfico" que aparece sobre la eminencia de zafiros en la visión de Ezequiel y nos recuerda el carácter feroz de Yahvé, que se trasluce en muchos pasajes del Antiguo Testamento,

En el mundo de imágenes cristianas se da el caso opuesto, porque la Trinidad (representada antes a menudo como *tricephalus*) está compuesta de tres personas humanas y la cuarta, el demonio, tiene tradicionalmente forma semianimal. Nuestro *mandala* (circulo simbólico) parece comportarse como complementario respecto de la totalidad cristiana.

También merece observarse otra circunstancia: los dos rostros de abajo están invertidos respecto de los de arriba, pero no son reflejos, sino que son entidades autónomas y representan, de esta manera, un mundo inferior o un mundo contrapuesto al otro de arriba. Además, uno de los dos rostros es claro, mientras el otro es pronunciadamente oscuro y posee una especie de oreja puntiaguda. Frente a esta oposición, el agua fluye inequívoca e indudablemente de arriba hacia abajo. Representa, pues, una cascada. La fuente se encuentra no sólo más alto que la línea horizontal de la Tierra, sino también por encima del centro del cuadro, con lo cual el mundo superior está caracterizado como lugar de la fuente de la vida. Puesto que comúnmente el cuerpo tridimensional se concibe como lugar de origen de la "fuerza de la vida", trátase aquí de una compensación, ya que se desplaza la fuente a la cuarta dimensión. La fuente mana del centro *ideal*, del rostro principal. La cuarta dimensión es pues *simétrica* sólo en apariencia, pues en realidad es asimétrica, un problema tan

importante para la física nuclear como para la psicología del inconsciente.

El fondo "cuatridimensional" del cuadro es un *Gesicht*[1], en su doble sentido de ver y ser visto. Ese *Gesicht* nos da la impresión de ser algo en extremo fortuito, que se ha presentado al acaso y que podría tener también un aspecto completamente diferente, si el capricho del acaecer así lo hubiera querido: puntos esparcidos al azar sobre una superficie fluida, apenas caracterizada, la mayor parte de los cuales tiene casualmente la función de ojos en rostros humanos-animales indistintos, privados de una expresión precisa. Una visión de esta especie no suscita interés, sino que hasta desalienta todo intento de encontrar alguna vía de acceso, pues las figuras casuales de la naturaleza —especialmente cuando ningún acento estético las hace destacar— suelen no suscitar interés alguno. Su pura casualidad hace parecer vacuo tejido de la fantasía hasta el más modesto intento de interpretar el significado. Necesitase aquí el interés, tan frecuentemente incomprensible para el profano, del psicólogo, quien obedeciendo un oscuro impulso hacia el orden aplica a este fin el medio más primitivo, el de contar. En efecto, cuando las características comparables son pocas o no existen, queda como esquema ordenador el número. Así y todo, los pequeños discos o agujeros se caracterizan como discos o agujeros redondos y la mayor parte de ellos como ojos. Sólo casualmente —repito— se dan números y otras disposiciones de orden cuya repetición pudiera tener una probabilidad muy pequeña. Por eso en tales casos es menester evitar toda idea estadística, experimental, pues una supervisión científica exigiría en nuestro caso cifras astronómicas. Tales investigaciones son posibles sólo cuando se puede repetir muchas veces en muy poco tiempo un experimento extremadamente sencillo, como por ejemplo la ordenación experimental de Rhine. Por eso nuestro caso representa un complejo único, del cual sólo puede decirse, desde el punto de vista estadístico, que no significa nada. Pero como aquí tenemos que ver con la psicología, en la que semejantes curiosa podrían ser significativos ya que la conciencia sufre involuntariamente la influencia de la numinosidad de esas cosas curiosas, es menester que tengamos en cuenta el hecho, sin preocuparnos porque nos parezca improbable e irracional, precisamente porque ese hecho representa un importante factor del acaecer psíquico. Pero todo esto, como corresponde hacer notar, no demuestra absolutamente nada.

La psicología, cuando toca prácticamente al hombre, no puede contentarse con términos medios que aclaren sólo un comportamiento general, sino que debe prestar una atención particular a las excepciones individuales que caen victimas de la estadística. El alma alcanza su sentido propio no en el término medio, sino en lo único, que el tratamiento científico suprime. Las investigaciones de Rhine nos han enseñado —si es que ya no nos lo ha enseñado mucho antes la experiencia práctica— que lo improbable puede darse y que nuestra imagen del mundo corresponde a la realidad sólo cuando también lo improbable ocupa un lugar. Este punto de vista no resulta simpático para quienes asumen una posición exclusivamente científica, lo cual no impide que sin excepciones no exista siquiera la estadística. A esto se agrega aún

el hecho de que las excepciones referentes a la realidad efectiva son de casi mayor importancia que los términos medios.

Nuestra pintura ríos permite hacer ciertas deducciones sobre la naturaleza de las imágenes que aparecen en el cielo. El “cielo” no es el espacio aéreo y azul que vemos y ni siquiera el universo colmado de estrellas, sino una extraña cuarta dimensión, que contiene superanimales y superhombres, y además discos oscuros o agujeros redondos. Si son *agujeros*, entonces se trata de *cuerpos tridimensionales*, a los que les falta una cuarta dimensión, Como ya hemos indicado, el fondo tiene un carácter esencialmente fluido, “acuoso”, y se halla pues en radical oposición a la naturaleza exclusivamente “ígnea” del cuadro anterior. El fuego alegoriza algo dinámico, la pasión y la emoción viva; en cambio el agua, a causa de su frialdad y sustancialidad, representa el *patiens*, el objeto pasivo, la observación distante. Por eso el “*aqua doctrinae”* es lo que aplaca la sed y el *refrigerium*, es lo que apaga el fuego, o sea la “salamandra” de la alquimia. Como dicen los antiguos maestros: *aqua nostra, ignis est* (nuestra agua es fuego). Trátase aquí de una identidad que, empero, para el pensamiento se diferencia en una oposición, en una antítesis, como Jo ilustra asimismo la imagen inconsciente de Dios. Este aparente misterio une todo lo que es; es así y no es así, particularmente para el inconsciente, cuya realidad podemos conocer, por así decirlo, sólo por vía de semejanza. Y también una cuarta dimensión sólo puede subsistir como ficción matemática, como un elaborado artificio de nuestra mente o como una revelación del inconsciente, porque no poseemos de ella ninguna experiencia práctica.

De la disposición inconsciente de los elementos de este cuadro se sigue que los *ufos* serían contenidos inconscientes hechos visibles, esto es, serían arquetípicas.

Grabado IV
Pintura de Yves Tanguy
(*Título desconocido*)



La pintura de Yves Tanguy se remonta al año 1927, de manera que es anterior en algo más de un decenio a la época de los grandes bombardeos de ciudades. A decir verdad, el cuadro parece recordar hechos de esta naturaleza. Como por lo general es difícil interpretar una pintura moderna, que suprime todo sentido y forma, esto es, que los relega a segundo plano o los reemplaza por elementos extraños, he seguido el procedimiento de mostrar la obra al mayor número posible de diferentes personas, como si se tratara de un *test* de Rorschach. La mayor parte de los espectadores interpreta el fondo, tratado en blanco y ne gro y con un mínimo de inteligibilidad y un máximo de abstracción, como una superficie. Esta interpretación se ve sustentada decididamente por el hecho de que el cuadro posee una fuente luminosa que da las sombras a las cinco figuras centrales, con aproximadamente de treinta a cuarenta y cinco grados de elevación. Esas sombras caen claramente sobre una superficie plana. Las interpretaciones de estas sombras varían considerablemente; algunos creen que se trata de un mar cubierto de hielo en la noche polar; otros que es un mar nocturno cubierto de niebla; otros, que se trata de la superficie de un planeta desierto y alejado

del Sol, como Urano o Neptuno; y otros, por fin, que se ha representado una gran ciudad, como San Francisco o Nueva York. La extraña *quincunx* que aparece sobre la ciudad, deja perplejos a casi todos. Sin embargo, algunos la interpretan sin vacilar, en parte como bombas que caen, en parte (especialmente el centro) como una explosión. En la figura central algunos ven un animal marino (anémona de mar, pólipo, etc.) o una flor; otros, un rostro demoníaco con cabellos revueltos (a la izquierda, mirando hacia abajo); y otros, por fin, el humo y la niebla de un gran incendio. También las cuatro figuras de alrededor se interpretan análogamente como una especie de animales marinos, figuras humosas, hongos gelatinosos o, atendiendo a los cuernos, como demonios infernales. La figura (en el centro y un poco a la izquierda del cuadro) que se destaca por su vivo color verde amarillento, de las otras de color opaco e indeciso se interpreta como un humo venenoso, como una planta acuática, como un llama, como un incendio de una casa, etc.

Según es claramente visible en casi todo el cuadro, las figuras proyectan sombra a un plano que se halla detrás de ellas. Debo confesar que la comparación más convincente es la de una gran ciudad nocturna, junto al mar, que supone un punto de vista de considerable altura, como el que puede tenerse, por ejemplo, desde un avión. El artista debe de haber sido originalmente un marino y como tal habrá tenido ocasión de recibir impresiones de este tipo.

El horizonte se pierde bajo formas nubosas, sobre las cuales flota una luminosidad redonda, que a la izquierda limita con un banco de nubes (?) con forma de cigarro y débilmente iluminado. En el centro de la claridad hay, como al acaso, una mancha, poco visible en la fotografía, del mismo color que la llama (arriba y a la izquierda en la *quincunx*). Una segunda mancha, de color idéntico aunque claramente visible, se encuentra más abajo (en el centro del cuadro un poco a la derecha), inmediatamente por encima de la ciudad (?). Una sutil línea une esta mancha con otra de la misma clase, que parece una continuación de la llama (?). La forma alargada de la segunda mancha señala hacia el centro de *círculos* concéntricos, escasamente visibles, que parecen indicar un movimiento de rotación. Es interesante observar que la mancha mencionada en primer término (centro del cuadro y arriba) se halla en relación con análogos círculos concéntricos. Es una lástima que a causa de su oscuridad no pueda vérsela claramente en la fotografía; pero en el original, debidamente iluminado, es bien visible. En el cuadro aparece sólo una luminosidad elíptica que rodea la mancha amarillenta. Se siente al tacto que los círculos son lineas que están ligeramente en relieve. Se deben a una aplicación abundante de pintura o, más probablemente, a un instrumento agudo con el que se ha raspado la pintura. Pero no hay duda alguna sobre su estructura circular, cosa que es visible en la figura concéntrica inferior.

Estas particularidades son en apariencia completamente casuales, impresiones que ya hemos encontrado en parte también en la pintura anterior. Contra la objeción de la pura casualidad no puede decirse absolutamente nada; pero si se adopta el camino de

la comparación, entonces la cosa cambia un poco de aspecto. En el cielo nocturno aparecen como por azar dos redondeces oscuras casi invisibles y también como al acaso una forma de cigarro; luego una luminosidad suavemente elíptica, con una pequeña mancha clara y una línea que une la segunda redondez con la llama. Puede continuarse fácilmente hilando e interpretar la llama como perteneciente a un proyectil que proviene de la redondez oscura, esto es —como diríamos hoy—, de un *ufo*, al cual entre otras cosas se le atribuyen inclinaciones incendiarias. Aquí *siembra fuego*, pues traza una línea bien visible hasta la llama en la cual termina la línea misma. De cualquier manera hay todavía una cantidad de otras lineas aproximadamente onduladas, que atraviesan horizontalmente el cuadro, en parte como divisiones de un camino, en parte como líneas del terreno. ¿Tiene relación con los fenómenos que aparecen en el cielo? En este cuadro muchas cosas quedan en el terreno de la conjetura; por ejemplo, las figuras corpóreas, no más definibles, que forman con la llama una cuaternidad de la estructura 3 + 1; también la figura del centro es apenas descifrable. Sin embargo, es indudablemente de una condición diferente, más nebulosa y distinta que las otras, aunque proyecte como éstas una sombra.

La descripción del cuadro sería incompleta si yo no señalara una importante circunstancia que se manifiesta al observar el cuadro más de cerca: la forma cilíndrica, fálica, de las nubes (?) —que están en lo alto y a la izquierda— apunta hacia los círculos mencionados, es decir, a la redondez luminosa, y por eso puede interpretarse desde el punto de vista sexual como cohabitación. De esta redondez surge, como se percibe claramente arriba y en el centro, la pequeña llama que por su parte está unida a la llama mayor (abajo y a la izquierda). La supuesta llama es el Uno, que se distingue de los tres, es decir, la única función diferenciada, en contraposición a las eres indiferenciadas y por lo tanto psicológicamente la función principal[1]. Las cuatro forman juntas un símbolo de totalidad desplegado, esto es, el *Selbst*, en su manifestación empírica. El nombre de una divinidad gnóstica es *Barbelo*, es decir, “Dios es los cuatro”. En la idea cristiana antigua la unidad del Dios hecho visible descansa en las “cuatro”, es decir, en las “columnas” de los cuatro Evangelios (que representan la estructura 3 + 1), así como el Monogenes gnóstico (*Unigenitus, unigénito*) se apoya en la *trápeza* (es decir, *tetrápeza*, de cuatro pies = mesa). Cristo es la cabeza de la Ecclesia (comunidad). Como Dios, Cristo es la unidad de la Trinidad y como Hijo de Dios histórico y *anthropos* es el *exemplum* y modelo del hombre interior individual y, al propio tiempo, punta, meta y totalidad del hombre empírico.

Resulta aquí, de esta manera, un cuadro aparentemente casual de un Hierosgamos (bodas sagradas), que se verifica en el cielo y el cual sigue en la Tierra el nacimiento de un Redentor y una Epifanía.

El cuadro se caracteriza por una línea horizontal fuertemente acentuada. La vertical está expresada claramente por la cuadruplicidad y puede deducirse por el

acento dramático, esto es, por el origen celeste, del fuego. La comparación con un bombardeo no puede descartarse sin más ni más, pues esa posibilidad cuando fue concebido el cuadro, estaba en el aire ya como recuerdo ya como previsión instintiva. La aparición de figuras de *ufos* en lo alto y el extraño acaecer de abajo dan una impresión de verticalidad que fácilmente podrían interpretarse como la irrupción de otro orden de cosas. El acento del cuadro recae sin duda en la *quincunx* de la que más arriba ya nos ocupamos suficientemente. La *quincunx* está representada como una figura en extremo misteriosa, lo cual corresponde evidentemente también a la intención del artista. Éste ha conseguido sin duda representar la desolación, la frialdad, el carácter extraño de la vida, es más aún, la "inhumanidad" cósmica y la soledad infinita de la linea horizontal, a pesar de la idea de "gran ciudad". El artista confirma así la tendencia del arte más moderno, que procura hacer que el objeto resulte incognoscible y excluir la participación y la comprensión del observador, que se siente impulsado a recogerse en sí mismo y queda turbado y confundido. El efecto psicológico es análogo al efecto provocado por el *test* de Rorschach, en el cual una forma irracional, puramente casual, apela a las igualmente irracionales fuerzas de la fantasía del observador, con lo cual pone en juego la disposición inconsciente de éste, Cuando el interés extraverso se provoca hasta ese punto, el interés recae en el llamado "factor subjetivo" y aumenta la carga energética de éste, fenómeno que se ha verificado claramente ya en las primeras investigaciones de la asociación. La palabra·estímulo aislada, que pronuncia el experimentador, no es por cierto unívoca y por lo tanto produce en la persona examinada aturdimiento y perplejidad. La persona examinada no sabe exactamente lo que ha de responder y de ahí que en el curso de los experimentos se dé una extraordinaria multiplicidad de respuestas y —lo que es esencial— un número considerable de reacciones perturbadas[1] provocadas por intrusiones de contenidos inconscientes. La excitación que provoca en el su jeto la falta de comprensión determina una introversión y una constelación del inconsciente condicionada por este hecho. También el arte moderno, del que nos estamos ocupando aquí, consigue el mismo efecto. Por eso podemos atribuirle una intención, consciente o inconsciente, de empujar al observador a una perspectiva ascética —ajena al "mundo" comprensible y tranquilizador y, como compensación de un perdido mundo circundante humanamente aprehensible—, y de obligar al inconsciente a manifestarse. Esta intención está en la base de la aplicación práctica del experimento de asociación y del *test* de Rorschach: tales métodos deben dar cuenta de la naturaleza de los estratos profundos de la conciencia. Y es ésta una tarea que cumplen con gran éxito. La "disposición experimental" del arte moderno es evidentemente la misma: formula al observador la pregunta: ¿Cómo reaccionas? ¿Cómo piensas? ¿Qué fantasía hace presa de ti? En otras palabras: el arte moderno sólo aparentemente se interesa por el cuadro que produce, pues en realidad apunta al sujeto que observa y a sus reacciones involuntarias. Si observando con atención se ven en el borde de un cuadro colores esfumados, el interés se despierta y descubre entonces una forma que

se burla de toda comprensión huma na posible. Se experimenta una sensación de desilusión, que provoca una reacción subjetiva, la cual a su vez estalla en exclamaciones de todo género. Quien sabe interpretar estas cosas puede aprender mucho acerca de la disposición subjetiva del observador, pero poco o nada acerca del cuadro como tal. El cuadro no puede tener para él otro significado que el de un *test* psicológico. Esto puede parecer un juicio desvalorativo, pero sólo a aquellos en quienes el "factor subjetivo" como estructura real del alma suscita una sensación de malestar. Más si un interés los liga a su propia alma, se volverán a ella e intentarán someter a un examen más cuidadoso y profundo los complejos allí suscitados.

Pero ahora bien, como la más audaz fantasía del artista creador —por más que sobrepase los límites de la comprensibilidad— está ligada a los límites de las posibilidades psíquicas, pueden nacer en sus obras ciertas formas que él ignora y que indican limitaciones y determinaciones. En el caso del cuadro de Tanguy, estas formas son la *quincunx*, la cuaternidad con la estructura 3 + 1 y además los "signos del cielo" de la redondez y de la forma de cigarro, esto es en otras palabras, los arquetipos. En su intento de abandonar el mundo de las cosas comprensibles y evidentes y de lanzarse a la ilimitación del caos, el arte figurativo evoca —claro está que de manera por completo diferente de la de los tests psicológicos— "complejos" que están despojados de su habitual aspecto personal y por lo tanto aparecen en lo que eran en su origen, esto es, protoformas del instinto. Son de naturaleza suprapersonal, es decir, inconsciente colectiva. Los complejos personales se dan cuando se producen choques con la inclinación instintiva. Son los puntos de adaptación disminuida cuya sensibilidad provoca *Affekte*, y son éstos los que arrebatan al hombre civilizado la ilusión de que él se ha adaptado. Ésta parece ser la meta a la que tiende indirectamente nuestro arte moderno. Hoy parece seguro que en este campo predomina aún la arbitrariedad más extremada y un caos indescriptible. Pero la pérdida de belleza y de sentido queda compensada por un fortalecimiento del inconsciente. Como el inconsciente no es algo caótico, sino que se halla en el orden de la naturaleza, cabe esperar que con el tiempo nazcan configuraciones que indiquen este orden. Me parece que éste es el caso de los ejemplos que he presentado aquí. En medio del caos de posibilidades, aparecen inesperados principios ordenadores que tienen una estrecha afinidad con los dominantes psíquicos de los eones pero que, al mismo tiempo, halagan una fantasía colectiva característica de nuestra época técnica y la proyectan mágicamente al cielo.

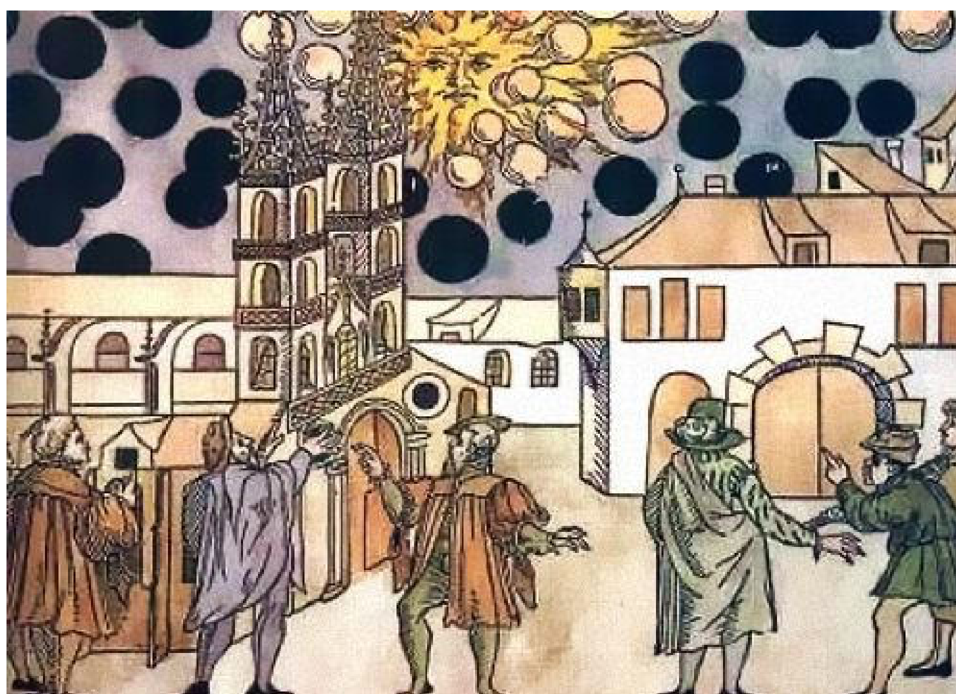
Cuadros de este tipo son raros pero no inhallables. Son por ejemplo relativamente pocas las personas que han visto un *ufo* y sin embargo no cabe abrigar la menor duda sobre la existencia de rumores que han atraído sobre sí la atención de hasta los medios militares, que se caracterizan por su extremo realismo. A quien quiera hacerse una idea, independiente de la mía, de la leyenda de los *ufos*, le recomiendo el libro de Edgard Sievers, *Flying Saucers über Südafrika*[1] '. Por cierto que el libro es discutible en muchos puntos; pero da un buen cuadro de los esfuerzos a que debe

someterse un hombre inteligente y reflexivo de nuestra época, si quiere explicarse los *ufos*. Es indudablemente un tema excitante el que lleva a nuestro autor a mover cielo y tierra. Desgraciadamente le falta un conocimiento de la psicología del inconsciente que en este caso sería de importancia primaria. Pero el autor comparte esta laguna con la gran mayoría de sus contemporáneos. Su libro expone los numerosos intentos de explicación que se han hecho hasta ahora y también los más recientes, que se basan en puntos de vista de las ciencias naturales y de la filosofía de la naturaleza y hasta en afirmaciones teosóficas incomprobables. La falta de espíritu crítico y la credulidad, que en otras cuestiones serian viciosas, prestan aquí empero útiles servicios, porque permiten reunir las más heterogéneas especulaciones sobre el problema de los *ufos*. Quien se interese en la psicología de estos rumores ganará mucho examinando ese libro, que le suministrará una visión de conjunto de la fenomenología psíquica de los *ufos*.

IV
CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL FENÓMENO DE LOS UFOS

Los *ufos* han llegado a ser un hecho de conocimiento público sólo alrededor de fines de la segunda guerra mundial, pero el fenómeno se conocía desde mucho antes y no se lo observó solamente en la primera mitad del siglo XX, sino que fue visto y descrito en los siglos anteriores y acaso ya en la antigüedad. En la literatura sobre los *ufos* hay compilaciones de relatos que se refieren a toda clase de cosas, pero que exigen un examen critico. Es ésta una tarea que no me propongo emprender y me limito a suministrar al lector sólo algunos ejemplos.

Grabado V
Hoja volante de Basilea, año 1566
(de la colección “Wickiana”, Zentralbibliotek, Zurich)

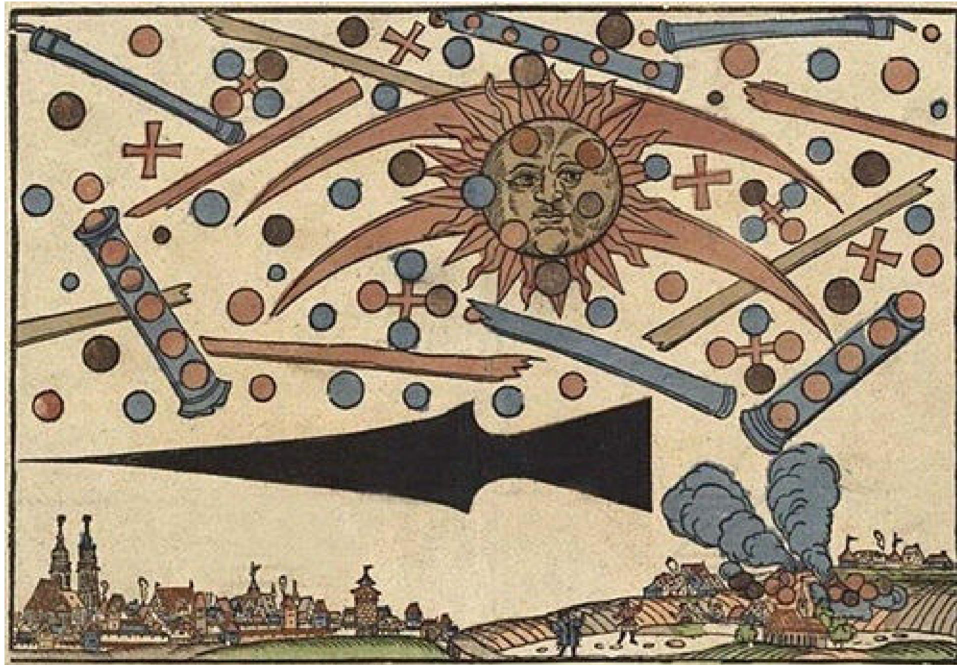


Se trata de una hoja volante redactada en agosto del año 1566 por Samuel Coccius, “estudioso de las Sagradas Escrituras y de artes liberales en Basilea, en la patria”. El autor nos refiere que el 7 de agosto de aquel alío, a la hora de la salida del sol, se vieron en el aire muchas grandes esferas negras, que se movían frente al Sol con gran velocidad y rapidez y que se encontraban unas a otras como si combatieran; algunas se hicieron rojas e ígneas y luego se consumieron y se extinguieron”. Como muestra el grabado, el fenómeno se observó en Basilea. En él aparece la Münsterplatz. El color oscuro de algunos *ufos* podría deberse al hecho de que se ven contra el fondo de la luz del Sol que está saliendo. En cambio otros son claros (y hasta ígneos). Elementos característicos de los *ufos* son la velocidad y la arbitraria irregularidad del movimiento.

Grabado VI

Hoja volante de Nüremberg, año 1561

(de la colección "Wickiana", Zentralbibliotek, Zurich)



Esta hoja volante proviene de Nüremberg y contiene la noticia de una "visión muy aterradora" durante la salida del sol, el 14 de abril de 1561. Fue vista "por muchos hombres y mujeres". Eran "esferas" de color rojo sangre, azuladas y negras, o "discos en forma de anillos", en gran cantidad, cerca del Sol, "aproximadamente en grupos de tres. De vez en cuando, cuatro juntas formando un cuadrángulo. Algunas estaban solas y entre tales esferas se veían también algunas cruces de color de sangre". Además se observaron "dos grandes tubos" (según otros, tres)… "en los cuales tubos, pequeños y grandes, había tres o cuatro o aun más esferas. Todo esto comenzó a luchar entre sí". Ello duró alrededor de una hora. Luego "todo, como ofuscado por el sol, cayó del cielo a la Tierra, cual si se quemase, y desapareció poco a poco por debajo de la Tierra, con un gran vapor. Bajo las esferas se vio una forma alargada, "parecida a una gran lanza negra". Desde luego que se interpretó esta "visión" como una advertencia divina.

Al lector no debe escapársele que este relato contiene ciertas particularidades que recuerdan cosas que ya hemos mencionado. Sobre todo los "tubos", que son análogos a las formas cilíndricas a que se refieren las noticias sobre *ufos*. Los tubos son, para decirlo en el lenguaje de los *ufos*, "naves madres", que transportan a grandes distancias los *ufos* más pequeños, de forma lenticular. El dibujo las muestra en la función de soltar o recibir *ufos*. Pero un elemento importante que falta en las noticias modernas de los *ufos* es el de las inconfundibles cuaternidades que se dieron en parte

como simples cruces, en parte como discos unidos en forma de cruz, ésto es, como verdaderos man-dalas. Por modo casual hay cuatro cruces sencillas y cuatro *mandalas*. En el dilema de 3 y 4 aparece también, a modo de indicación, el motivo de 3 + 1. Así como la interpretación técnica es propia de nuestro tiempo, en el siglo XVI la interpretación propia era la bélica. Las redondeces son balas y los "tubos", cañones. Y el confuso movimiento de las esferas es un combate de artillería. La gran punta de lanza negra, lo mismo que el asta (?) parecen representar lo masculino y especialmente lo que penetra. Cosas parecidas aparecer: también en la moderna literatura sobre los *ufos*.

Llama la atención el hecho de que se acentúe el *motivo de la cruz*. La significación cristiana de la cruz no tendría aquí nada que hacer, pues se trata, por así decirlo, de un fenómeno natural, esto es, de un conjunto de entidades esféricas en rápido y turbulento movimiento, que suscita en el cronista la idea de una lucha. Si los *ufos* fueran seres vivos, pensaríamos en una especie de en jambre de insectos que se levantan con el Sol, no para combatir sino para acoplarse, es decir, para celebrar una *fiesta nupcial*. En este caso la cruz representa una unión de los opuestos (lo vertical y lo horizontal), una "cruza" y como signo de + (más) una adición y una conjunción. Cuando se da una copulación en la cuaternidad, trátase evidentemente de un acoplamiento en cruz, es decir, del llamado *cuatereno nupcial*, que yo he descrito en mi libro sobre la transferencia[1]. El cuaternio constituye el esquema del primitivo *"cross-cousin-marriage"*, pero también al propio tiempo un símbolo de individuación, la unificación del "cuatro". Las dos "estrías" color de sangre con forma de cuarto de Luna, que pasan a través del Sol, se sustraen a una explicación sencilla. En tierra se levantan, desde el lugar en que han caído las esferas, columnas de humo que recuerdan el cuadro de Tanguy, así como la cuaternidad. El momento de la salida del Sol, la "aurora consurgens" (Santo Tomás de Aquino, Jacobo Boehme) es sugestivo como manifestación de la luz.

Las dos relaciones presentan una clara analogía no sólo entre sí sino también con las modernas narraciones sobre platos voladores y con las configuraciones individuales del inconsciente en la época actual.

Grabado VII

El peregrino espiritual descubre otro mundo

Grabado en cobre, siglo XVII



Este grabado del siglo XVII que, según cabe presumir, representa una ilustración rosacruz, procede de una fuente para mí desconocida[1]. En la parte derecha representa el mundo que conocemos. El peregrino, que evidentemente está llevando a cabo un “*Pélerinage de l’âme*”, se abre camino a través del límite nocturno de su mundo y contempla otro universo sobrenatural, con estratificaciones de nubes, montes (?), etc. Allí aparecen las ruedas de Ezequiel y formas redondas, como discos, a manera de arco iris, que representan claramente “esferas celestes”. En estos símbolos encontramos un prototipo de la visión de *ufo* que les es dado ver a los “iluminados”. Aquí no puede tratarse de cuerpos celestes, que pertenecen al mundo empírico, sino que son “*rotunda*” proyectados desde el mundo interior, cuatridimensional. Esta circunstancia se nos manifiesta con mayor claridad aún en el grabado siguiente.

Grabado VIII
Representación de cómo el niño
adquiere el alma en el seno materno
Del manuscrito *Scivias* de Hildegard von Bingen, siglo XII



Este grabado procede del códice de Rupertsberger “Scivias”, de Hildegard von Bingen (siglo XII)[1]. Representa el momento en que el niño adquiere la vida, es decir, el momento en que el alma desciende al niño que se halla en el seno de la madre. De un mundo superior un *influxus* penetra en el feto. Ese mundo superior tiene por modo singular forma cuadrada y es tripartito, en correspondencia a la Trinidad; pero a diferencia de ésta, que debería estar compuesta de tres partes iguales, el campo central es distinto de los otros dos y contiene formas redondas, en tanto que los otros dos campos están caracterizados por el motivo del ojo. También aquí, lo mismo que

en las ruedas de Ezequiel, los *rotunda* están combinados con ojos.

Como lo expresa el texto de Hildegard, el resplandor de los “innumerables ojos” (son en realidad veinticuatro de cada lado) significa el “saber de Dios”, es decir su ver y saber, a semejanza de los siete ojos de Dios, “que recorren toda la Tierra” (Zacarías IV. 10).

En cambio los *rotunda* son acciones de Dios, por ejemplo la de enviar a su Hijo como Salvador (pág. 127). Hildegard agrega aquí: “Todos, así los buenos como los malos, comparecen ante el saber de Dios, porque no hay oscuridad que pueda nublarlo”. Las almas de los hombres son “esferas de fuego” (pág. 120, 126, 130, 133) y, según es de presumir, el alma de Cristo debe de ser también una de esas esferas, pues la propia Hildegard no sólo interpreta su visión genéricamente como el acaecer de una criatura humana, sino que la refiere en particular a Cristo y a la Madre de Dios (pág. 127). El cuadrado dividido en tres partes representa el espíritu que el niño recibe (pág. 129). El aspecto generador del Espíritu Santo une la divinidad con la materia, como surge claramente de la leyenda sacra. Las formas intermedias de espíritu y materia son evidentemente los *rotunda*, elementos primeros de los cuerpos vivificados y animados que llenan en mayor número (treinta) el campo central del cuadrado. El número 30, por casual que esto parezca, indica la Luna, la dominadora del mundo material, en tanto que el número 24 —como las horas del día— corresponde al *rex Sol*. Así se alude al motivo de la *coniunctio* (☉ y ⊖), sin duda uno de los muchos casos de preparación inconsciente de la definición de Dios como *complexio oppositorum* que hubo de formular posteriormente Nicolás de Cusa. En la miniatura las esferas son de color de fuego y las simientes ígneas de las que nacen seres humanos son una especie de hueva pneumática. Esta comparación se justifica, ya que la alquimia comparó los *rotunda* con *oculi piscium* (ojos de peces). Los ojos de los peces están siempre abiertos, como los ojos de Dios. Son sinónimos de las *scintillae*, que a su vez representan “chispas del alma”. No es imposible que en Hildegard se hayan introducido elementos alquímicos como los átomos de Demócrito (“spiritus insertus atomis”, Somm. Script. I. 14, 19). Algo parecido podría darse también en la forma cuadrada del Espíritu Santo.

El cuadrado como cuaternidad es un símbolo de totalidad en la alquimia. Mientras en su condición “angular” caracteriza a la Tierra, al espíritu le corresponde la forma circular. La Tierra es femenina, el Espíritu es masculino. El cuadrado como símbolo del mundo pneumático es, por cierto, bastante raro, pero se hace comprensible si se tiene en cuenta el sexo de Hildegard. Este interesante simbolismo se refleja en el conocido problema de la cuadratura del círculo, que a su vez representa una *coniunctio oppositorum*. La forma “cuadrada” es en la alquimia una propiedad importante de su ser uno, el *Mercurius philosophorum sive cuadratus*, y caracteriza su naturaleza ctónica que él posee, así como posee la espiritualidad (*spiritus mercurialis*). El mercurio es tanto metal como “espíritu”. A ello se debe que en la dogmática cristiana el Espíritu Santo, como Tercera Persona de la divinidad, no sea

una prerrogativa del Dios hecho Hombre, sino que se extienda también al hombre común, manchado con la *macula peccati*. Sin embargo, estas ideas no eran todavía explícitamente conscientes en la época de Hildegard, pero se hallaban implícitas en el inconsciente colectivo, activadas por la analogía de Cristo. Tal analogía penetró en la conciencia en el siglo siguiente, pero ya estaba claramente preparada en el siglo III, en los escritos de Zósimo de Panópolis Tocante a la conexión histórica, impónese hacer notar, empero, que no se trata tanto de una relación histórica como del arquetipo activado del hombre primigenio (*anthropos*).

En todo caso, la estructura aritmética del Espíritu Santo se manifiesta también en la alquimia: el Espíritu Santo es una unidad que consiste en dos principios: ojos y esferas de fuego; tiene una triparticipación y es un cuadrado. Este motivo se conoce con el nombre de *Axioma de María* (una filósofa alejandrina del siglo III, que desempeñó un papel de cierta importancia en la alquimia clásica).

Los dos grupos de hombres visibles en el grabado tipifican la suerte o destino a que está expuesta el alma que va desarrollándose. Son en verdad hombres que fabrican los “buenos o medianos o malos *quesos*”[1], y aquí interviene la mano del diablo.

El grabado muestra claramente, lo mismo que el anterior (VII), que los ojos y las esferas de fuego no se identifican en modo alguno con los cuerpos celestes, sino que son diferentes de las estrellas. Esto confirma la idea de que las esferas representan *almas*.

V
RECAPITULACIÓN

De los ejemplos de sueños y de los diferentes cuadros se sigue que el inconsciente se sirve para representar sus contenidos de ciertos elementos de la fantasía que pueden compararse con la aparición de *ufos*. En los sueños I, 2, 6 y 7 y en el cuadro de *El sembrador de Fuego* (grabado II) la relación con el *ufo* es hasta consciente, en tanto que en los sueños restantes y en el caso de dos pinturas, no se da ninguna relación consciente con los *ufos*. Mientras en los sueños se pone de relieve una relación por así decirlo personal, entre el *ufo* y el sujeto del sueño, en las pinturas falta por completo esta relación. La participación personal en una epifanía o en cualquier otra vivencia visionaria está representada en pinturas medievales, como se sabe, por la presencia visible del que tiene la visión. Pero semejante concepción en modo alguno se adapta al programa de la pintura moderna, cuyo objeto es más bien alejar todo lo posible al espectador (como ocurre con las tablas de test de Rorschach, que son deliberadamente una *“Klecksografía”*[1], para evitar cualquier sugestión que tenga significado y producir un fantasma puramente subjetivo.

Tanto los sueños como los cuadros, sometidos a un examen cuidadoso, revelan un contenido de significación que puede caracterizarse como una *epifanía* En el grabado II, esta significación puede reconocerse sin más ni más. En los otros casos, una indagación psicológica comparativa más o menos profunda nos conduce al mismo resultado. Al lector que no tenga gran confianza en la psicología del inconsciente quisiera hacerle notar que mis conclusiones finales no proceden, por cierto, de mi fantasía desenfrenada, como se me acusa a menudo con demasiada ligereza, sino que se basan en resultados de investigaciones histórico-simbólicas. Únicamente para no cargar el texto con anotaciones, be remitido al lector al material de las fuentes. De manera que quien sienta la necesidad de verificar hasta qué punto son justificadas mis conclusiones deberá tomarse el trabajo de conocer mis obras relacionadas con estas cosas. El método amplificador que he empleado para interpretar la significación ha sido fructífero, aplicado tanto a material histórico como a material reciente. Ese método, en el presente caso, nos permite llegar a la conclusión —a mi juicio bastante segura— de que en los ejemplos que he aducido se manifiesta un arquetipo obviamente central, que yo he caracterizado como el *Selbst*. Esto se verifica en la forma tradicional de una epifanía que procede del cielo, cuya esencia en muchos casos es *opuesta*, o sea como *fuego* y *agua*, conforme con el llamado “escudo de David” ✡ que está formado por △ = fuego y ▽ = agua. La sextuplicidad es un símbolo de totalidad: cuatro como la natural división del círculo; dos como eje vertical (cenit y nadir), es decir una imagen espacial de totalidad. La indicación de una cuarta dimensión en los grabados II y III podría significar un desarrollo moderno del símbolo.

La oposición de *masculino* y *femenino* se muestra en el objeto alargado y en el objeto redondo: forma de cigarro y círculo (grabado IV). Esto podría ser una simbolización sexual. El símbolo chino del ser *Uno*, del Tao, consiste en *Yang* (fuego, calor, seco, parte meridional del monte, masculino, etc.) y *Yin* (oscuro, húmedo,

fresco, parte septentrional del monte, femenino). Este símbolo corresponde pues perfectamente al símbolo judío caracterizado más arriba. La correspondencia cristiana se encuentra en la doctrina eclesiástica de la unidad de la Madre y el Hijo y de la androgenia de Cristo, para no hablar del protoser hermafrodita de muchas religiones exóticas y primitivas, del “padre-madre” de los gnósticos y, *last not least*, el *Mercurius Hermaphroditus* de la alquimia.

La tercera oposición es *arriba* y *abajo* como en el grabado III, en el cual la oposición parece transpuesta a una cuarta dimensión. En los ejemplos restantes la oposición representa la diferencia que hay entre lo que ocurre arriba en el cielo y lo que ocurre abajo, en la Tierra.

La cuarta oposición de *unidad* y *cuadruplicidad* aparece unida en la *quincunx* (grabados III y IV), donde los *cuatro* forman en cierto modo los bordes del Uno, puesto de relieve como el centro. Desde el punto de vista histórico-simbólico la cuadruplicidad aparece como un desarrollo de lo Uno. El todo que es, es incognoscible ya que no se distingue de nada y no puede comparárselo con nada. Con el despliegue en los cuatro adquiere un mínimo de propiedades discernibles y por eso puede ser conocido. Esta consideración no supone una reflexión metafísica, sino que se trata tan sólo de una fórmula psicológica que describe el proceso en el cual un contenido inconsciente se hace consciente. En efecto, mientras algo se queda demorado en el inconsciente no tiene ninguna propiedad cognoscible y por eso forma parte de lo desconocido en general, de lo inconsciente que está en todas partes y en ninguna parte y, en cierto modo pues, de un ser todo “no existente”, para servirme de una expresión gnóstica. Pero cuando se manifiesta el contenido inconsciente, es decir, cuando entra en el campo de la conciencia, entonces ya está dividido en “cuatro”, esto es, puede ser objeto de conocimiento sólo gracias a las cuatro funciones fundamentales de la conciencia: se lo *percibe*, como algo que existe; se lo *conoce* como algo *distinto* de aquello otro; se *revela aceptable*, “agradable” o lo contrario; y por fin *se siente* de dónde viene y adónde va. Esto es, no puede percibírselo con los sentidos ni pensárselo con el intelecto. Por eso su extensión en el tiempo y lo que ocurre con ese contenido dentro del tiempo es objeto de la intuición. La división en cuatro tiene, en consecuencia, un significado análogo a la división del horizonte en cuatro direcciones del cielo o la división del ciclo anual en cuatro estaciones. En el acto de hacerse conscientes, los cuatro aspectos fundamentales del juicio de totalidad se hacen visibles. Esto no impide, desde luego, que el intelecto, juguetón, pueda idear igualmente bien y con gran facilidad, otros trescientos sesenta aspectos. Los cuatro aspectos citados no significan más que una división natural mínima de la esfera, o sea de la totalidad. En el material que me han ofrecido níis pacientes he encontrado con gran frecuencia el símbolo del cuatro. Bastante raramente el *pentas* (quintuplicidad); menos raramente en cambio el *trias* (triplicidad). Como mi práctica médica fue siempre internacional tuve por cierto muchas ocasiones para hacer observaciones étnicocomparadas, en cuyo transcurso me llamó la atención el hecho de que mis

mandalas triádicos provenían casi todos de *alemanes*. Me parece que esto tiene cierta relación con el hecho de que, frente a la literatura francesa y anglosajona, la títica figura del *Ánima* tiene en la novela alemana un papel relativamente modesto. Frente a la habitual estructura 3 + 1, el *mandala* triádico tiene una estructura 4 - 1, si se lo considera desde el punto de vista de la totalidad. La cuarta función es la función indiferenciada o inferior (opuesta a la primera y fundamental), que caracteriza el aspecto de la personalidad que está en la sombra. Cuando este aspecto falta en el símbolo de la totalidad, se da una preponderancia en el sector de la conciencia.

La quinta oposición se refiere a la diferencia del misterioso *mundo superior* y el humano *mundo cotidiano*. Ésta es la oposición principal que ilustran todos los ejemplos y que por lo tanto puede considerarse como el núcleo esencial, tanto de los sueños como de los cuadros. La contraposición es como deliberadamente sugestiva y parece, si queremos tener en cuenta esta impresión, un mensaje. A lo horizontal de la conciencia universal, la cual prescindiendo de los contenidos psíquicos sólo percibe cuerpos en movimiento, se contrapone otro orden del ser, una dimensión de lo “psíquico”, pues todo lo que estamos en condiciones de afirmar con cierta seguridad a este respecto se refiere a lo psíquico, a lo matemáticamente abstracto por un lado y a lo fabuloso y mitológico por otro. Si se entiende el número como descubrimiento y no como instrumento de cálculo, esto es, como invención, entonces, de acuerdo con su afirmación mitológica, pertenece a la esfera de figuras humanas y animales “divinas” y es arquetípico como estas ánimas. Pero. a diferencia de éstas, es “real”, ya que como *cantidad* se lo encuentra en la esfera de la experiencia y tiende pues un puente entre lo que es real y físicamente aprehensible y lo imaginario. Lo imaginario es, por cierto, irreal; pero es *real* en la medida en que obra y produce efecto. Y no cabe abrigar dudas de que obra y produce efectos, especialmente en la época actual. No es el comportamiento, la falta o el exceso, de las cosas físicas lo que interesa de manera inmediata a la humanidad, sino que es la *concepción* que tenemos de ellas o la *imaginación* que nos posee.

El papel que desempeña el número en la mitología y en el inconsciente ofrece motivos de reflexión. El número es un aspecto tanto de lo real físico como de lo imaginario psíquico. No sólo cuenta y mide, no sólo es cuantitativo, sino que formula enunciaciones cualitativas y por lo tanto constituye un término de mediación, por ahora misterioso, entre el mito y la realidad; por un lado, descubierto y por otro lado, inventado. Por ejemplo, ecuaciones que fueron inventadas como puras fantasías matemáticas vinieron a demostrarse luego como formulaciones del comportamiento cuantitativo de las cosas físicas; e inversamente, los números son, gracias a sus propiedades individuales, portadores y mediadores de procesos psíquicos que se verifican en el inconsciente. Por ejemplo, la estructura del *mandala* es un hecho en principio aritmético. Es más aun, bien puede decirse con el matemático Jakobi: “En la legión olímpica impera el número eterno”.

Con estas indicaciones quiero advertir al lector que la contraposición del mundo

humano y del mundo superior no es una inconmensurabilidad absoluta, sino que a lo sumo trátase de una inconmensurabilidad relativa, ya que no falta del todo el puente que une el acá con el más allá. Entre las dos esferas se halla ese gran mediador que es el número, cuya realidad es válida en una esfera y en la otra como arquetipo de esencia propia. La evasión de las especulaciones teosóficas no contribuye por cierto a comprender la disociación de la imagen del mundo indicada por nuestros ejemplos, ya que se trata sólo de nombres y palabras que no nos indican ningún camino que conduzca al *Unus Mundus*, el mundo único. En cambio el número pertenece a dos mundos, el real y el imaginario; el número es gráfico, cuantitativo y cualitativo.

Tiene pues singular importancia el hecho de que el número también caracterice la esencia "personal" de la figura mediadora, es decir del *Mediador*. Desde el punto de vista psicológico y teniendo en cuenta los límites que impone a toda ciencia la teoría del conocimiento, he expresado el símbolo de mediación, es decir, "de unificación", símbolo que psicológicamente surge en forma obligada de una tensión de opuestos lo bastante grande, con el término *Selbst*; con lo cual quiero hacer notar que para mí se trata en primer término de la formulación de circunstancias empíricas y aprehensibles y no de dudosas incursiones en lo metafísico. Si se tratara de esto último yo chocaría contra todas las convicciones religiosas posibles. En el Occidente debería decir, en lugar de *Selbst*, Cristo; en el Cercano Oriente, Kadir o cosa parecida; en el Lejano Oriente, Atman, Tao, o Buda; en el Lejano Occidente, acaso Liebre o Mondamin; y en la cabalística, Tifereth. Nuestro mundo se ha hecho pequeño y comienza a vislumbrarse que sólo existe *una* humanidad, con un alma, y que la humildad no es una virtud accesoria que, por lo menos, a los cristianos —en gracia de la *caritas*, la mayor de todas las virtudes— debería estimularlos a dar el buen ejemplo y hacerles reconocer que sólo existe *una* verdad, expresada empero en muchas lenguas y que sólo depende de la insuficiencia de nuestra inteligencia el hecho de que continuemos aún sin comprender todo esto. Nadie es tan parecido a Dios que sepa él solo la verdadera palabra. Todos miramos ese "espejo oscuro" en el que toma forma un oscuro mito que señala hacia la verdad invisible. En ese espejo el ojo del espíritu contempla una imagen cuya forma nosotros hemos llamado *Selbst*, sin perder de vista el hecho de que se trata de una imagen antropomórfica, que con esta expresión sólo recibe un nombre, pero no es explicada. Con tal término entendemos la totalidad psíquica. Pero no sabemos qué realidades estén en la base de este concepto, ya que no pueden observarse los contenidos psíquicos en su estado inconsciente y además la psique no puede conocer su propia esencia. La conciencia conoce el inconsciente sólo cuando éste se hace consciente. Tenemos a lo sumo una débil vislumbre de las modificaciones que se producen en el proceso por el cual un contenido inconsciente se hace consciente; pero no un Conocimiento seguro. El concepto de totalidad psíquica incluye necesariamente cierta trascendencia, a causa de que existen componentes inconscientes. En este caso, la trascendencia no tiene el significado de una idea metafísica, de una hipóstasis, sino que pretende tener sólo el valor de un

“concepto límite”, para decirlo con Kant.

Lo que pudiera estar más allá del umbral de la teoría del conocimiento, sólo se deja aprehender de manera intuitiva; pero que por otra parte exista algo es cosa que dejan entrever los *arquetipos* y del modo más claro el *número,* que, por un lado es *cantidad,* mientras por otro, como *ens* psíquico autónomo, hace enunciaciones cualitativas que se manifiestan en las disposiciones que preceden al juicio. Estas disposiciones son no sólo fenómenos psíquicos que pueden explicarse causalmente, como los símbolos oníricos u otros símbolos de este género, sino que son notables relativizaciones del tiempo y el espacio, que procuramos en vano explicar como causalmente condicionadas. Trátase de esas manifestaciones parapsicológicas, que yo he re sumido en el concepto de *sincronicidad* y que Rhine analizó estadísticamente. El resultado positivo de los experimentos de Rhine eleva le fenómenos parapsicológicos a la condición de hechos que no pueden pasarse por alto. Gracias a tales resultados nos hemos aproximado un poco más a la comprensión del misterioso paralelismo psicofísico, ya que ahora sabemos que existe un factor que tiende un puente sobre la aparente inconmensurabilidad de cuerpo y psique, al atribuir a la materia cierta condición “psíquica” y a la psique cierta “materialidad”, gracias a lo cual la una puede obrar sobre la otra. Que el cuerpo vivo obre sobre la psique parece ser una perogrullada; pero considerado el asunto más atentamente sólo se sabe que una enfermedad o mutilación física se expresa también en la psique. Esta hipótesis es Válida naturalmente sólo cuando se atribuye a la psique una existencia propia, en sí y por sí, lo cual está en contradicción con la corriente concepción materialista. Pero la concepción materialista no puede por su parte explicar cómo la psique es un producto de procesos químicos. Las dos concepciones, la materialista y espiritualista, son prejuicios metafísicos. La hipótesis de que la materia viva tiene un aspecto psíquico y la psique un aspecto físico concuerda mejor con la experiencia. Pero si tenemos en cuenta, como corresponde, los hechos parapsicológicos, entonces la hipótesis del aspecto psíquico debe extenderse a la esfera de los procesos bioquímicos, es decir a la materia en general. En ese caso el ser se basaría en una entidad hasta ahora desconocida, que tiene naturaleza material y al propio tiempo psíquica. Teniendo en cuenta el moderno pensamiento físico, esta hipótesis podría encontrar menos resistencias que antes. También desaparecería la ardua hipótesis del paralelismo psicofísico y podría construirse un nuevo modelo del mundo apoyado en la idea dél *Unus Mundus*. Las correspondencias “acausales” de procesos psíquicos y procesos físicos de suyo independientes, esto es, fenómenos de sincronicidad, sobre todo la psicoquinesis, entrarían así en la esfera de lo comprensible, porque todo evento material comprendería *eo ipso* uno psíquico y *vice versa*. Estas reflexiones no son vanas especulaciones, sino que obligan a llevar a cabo un serio análisis psicológico del fenómeno de los *ufos*, como se verá en el próximo capítulo.

VI
EL FENÓMENO DE LOS UFOS DESDE EL PUNTO DE VISTA NO PSICOLÓGICO

Como ya" dijimos, nos hemos propuesto tratar el fenómeno de los *ufos* sobre todo como un hecho exclusivamente psicológico. Tal actitud está bien fundada, según lo demuestran suficientemente las afirmaciones contradictorias e “imposibles” de los rumores. Esas afirmaciones chocan con razón contra la crítica, el escepticismo y la abierta repulsa; de manera que si alguien no quisiera ver detrás de ese fenómeno otra cosa que un fantasma que en todo el mundo turba los ánimos y suscita resistencias racionales, no sólo lo comprenderíamos sirio que hasta contaría con nuestras simpatías. Es más aún, podría contentarse uno con la explicación psicológica y con la circunstancia de que la fantasía consciente e inconsciente y hasta las mentiras desempeñan una parte decisiva en la formación de los rumores y de esta manera poner *ad acta* todo el asunto.

Pero sería éste un modo inapropiado de afrontar la situación tal como se nos presenta hoy. Desgraciadamente existen demasiadas razones que no nos permiten eliminar la cuestión de manera tan sencilla. Que yo sepa, se ha establecido mediante muchas observaciones que se percibieron *ufos* no sólo visualmente sino también en la pantalla del radar y, *last not least*, también en placas fotográficas. Aquí me apoyo en los datos sinópticos que no cabe rechazar sin más ni más, de Rupplet y Keyhoe, y en el hecho de que el astrofísico, profesor Menzel, no ha logrado, a pesar de todos sus esfuerzos, explicar de manera satisfactoria, con medios racionales, ni siquiera uno solo de los relatos considerados dignos de crédito. Las únicas posibilidades son éstas: o proyecciones psíquicas emiten un eco en el radar, o inversamente la aparición de cuerpos reales ha dado motivo a proyecciones mitológicas.

Debo hacer notar además que aun cuando los *ufos* tengan una realidad física, ellos no son la causa propiamente dicha, sino sólo el motivo de las proyecciones psíquicas correspondientes. Siempre se han verificado aseveraciones míticas de este género, con *ufos* o sin ellos. Sin embargo, antes de la época en que se observaron *ufos*, a nadie se le ocurrió relacionarlos con estas aseveraciones míticas. La aseveración mítica se funda en primer lugar en la naturaleza peculiar del fondo psíquico, del inconsciente colectivo, cuya proyección, por ende, se ha verificado siempre. Se proyectan también otras diferentes figuras, además de las redondeces celestiales. Esta última proyección, con juntamente con su contexto psicológico, los rumores, es una manifestación específica de nuestro tiempo, al que caracteriza de manera particular. La representación dominante de un Mediador y un Dios hecho Hombre ha desplazado a segundo plano la representación politeísta y a su vez hoy está a punto de desaparecer. Millones incontables de llamados cristianos han perdido la fe en un Mediador verdadero y viviente, mientras los creyentes se esfuerzan por hacer creíble su fe a sociedades primitivas, siendo así que sería bastante más fructífero, importante y necesario dedicar estos esfuerzos al hombre blanco. Pero siempre es más fácil y al propio tiempo tranquilizador hablar y obrar desde arriba hacia abajó que lo contrario. Un San Pablo hablaba al pueblo de Atenas y Roma. Pero ¿qué h8ce un Albert Schwcitzer en Lambarene? Personalidades como la suya serían mucho más

necesarias en Europa.

Ningún cristiano me discutirá la importancia de una idea religiosa como la del Mediador. Tampoco me negará las consecuencias que entraña la pérdida de semejante fe. Una idea vigorosa como la de un Mediador divino corresponde a una honda necesidad del alma, necesidad que no desaparece cuando una de sus expresiones se debilita. ¿Qué ocurre con la energía que antes conservaba viva esta idea, cuya fuerza sostenía el alma? Una oposición política, social, filosófica y religiosa de dimensiones hasta ahora nunca vistas, disocia la conciencia de nuestro tiempo. Cuando se dan tan inusitadas oposiciones puede esperarse con seguridad que se anuncie la necesidad de la mediación. Pero invocar al Mediador es impopular, porque es irracional y no científico. En nuestra época estadística no existe nada de ese género. Por eso la necesidad que se funda en la más extremada angustia sólo puede manifestarse a media Coz; y tampoco nadie quiere ser pesimista, como lo eran los primeros cristianos, pues el optimismo y el *“keep smiling”* representan el ideal heroico del cosmos norteamericanizado. Ya cierto pesimismo se hace sospechoso de intenciones subversivas. Y sin embargo es lo único, a lo que parece, que pudiera hacernos reflexionar. La existencia superficial, optimista, ruidosa, y apresurada no puede impedir, empero, que en el fondo del alma humana comience a abrirse camino la idea de un Mediador. Es una observación confirmada millares de veces la de que, lo mismo que en la naturaleza, también en el alma la tensión de los opuestos representa un estado *potencial* que puede expresarse en cualquier momento en una manifestación de energía. Entre el arriba y el abajo cae una piedra o una cascada; y entre el calor y el frío se verifica un cambio turbulento. Entre oposiciones psíquicas nace “un símbolo unificador” al principio inconsciente del hombre contemporáneo. Entre los opuestos se forma espontáneamente un símbolo de unidad y totalidad y no tiene importancia alguna el hecho de que llegue o no llegue a la conciencia. Si en el mundo exterior ocurre algo extraordinario o impresionante (ya se trate del hombre, ya de cosas, ya de ideas), el contenido inconsciente puede proyectarse en ese algo. Gracias a ello el portador de la proyección se hace numinoso y adquiere fuerzas míticas. Y, en virtud de su numinosidad, obra de manera en extremo sugestiva y se apropia de una leyenda que en sus rasgos fundamentales se repite desde tiempos muy remotos.

El ufo da el motivo para que se manifiesten contenidos psíquicos latentes. Del *ufo* sabemos con alguna seguridad solamente que tiene una superficie que el ojo puede percibirlo, y que al propio tiempo puede captarse por radar. Todo lo demás es por el momento hasta tal punto incierto que será preciso considerarlo como un conjunto de conjeturas o de rumores no demostrados, hasta que nos sea posible saber algo más. Pero no sabemos si los *ufos* son máquinas tripuladas, o una especie de seres vivos que aparecen en nuestra atmósfera y cuya procedencia desconocemos. Es improbable que puedan ser fenómenos meteóricos desconocidos, puesto que el comportamiento de los objetos en modo alguno produce la impresión de un hecho que pueda interpretarse

físicamente. Los movimientos de los objetos revelan una voluntad libre y una actividad psíquica; se les atribuye, por ejemplo, intenciones de eludir o de huir y hasta de agredir. Su movimiento de avance en el espacio no sigue una línea recta ni se realiza a una velocidad constante, como ocurre en el caso de los meteoros, sino que es un movimiento errátil, como el del vuelo de los insectos, y a una velocidad que varía de cero a muchos miles de kilómetros por hora. Las aceleraciones y los ángulos de desviación que se han observado son tales que ningún ser terrestre podría soportarlos, así como no podría soportar los grados de calor engendrado por la violenta fricción.

La simultánea observación visual y de radar sería, por sí sola una satisfactoria prueba de la realidad de los *ufos*. Desgraciadamente, empero, relaciones dignas de crédito nos hacen descartar esta posibilidad, porque parece que existen casos en los cuales el ojo ve algo que empero no aparece en la pantalla del radar, o bien el radar registra un objeto sin sombra de dudas, pero el ojo no lo capta. No quiero mencionar aquí otras relaciones aún más singulares, basadas en testimonios dignos de crédito, ya que se trata de cosas de naturaleza tan extraordinaria que someten a dura Prueba el entendimiento y a la capacidad de creer.

Si estas cosas son reales —y no parece que al entendimiento humano le sea ya lícito abrigar ninguna duda sobre tal punto— luego no nos queda sino elegir entre la hipótesis de la *falta de peso* por un lado y la hipótesis de la *naturaleza psíquica* por otro lado. Yo no estoy en condiciones de resolver este problema. Pero en tales circunstancias me ha parecido oportuno examinar por vía de ensayo el aspecto psicológico del fenómeno de los *ufos*, para intentar aclarar un poco tan embrollada cuestión. Por eso me limité a algunos ejemplos, los más claros posibles. Desgraciadamente en más de diez años que he dedicado a este problema no conseguí reunir una cantidad suficiente de observaciones que me permitiera llegar a conclusiones aceptables. He debido, pues, contentarme con algunas líneas de argumentación para futuras indagaciones. Tocante a la explicación física del fenómeno cabe afirmar que no se ha avanzado absolutamente nada. Pero el aspecto psíquico desempeña en estas apariciones un papel tan importante que no es lícito pasarlo por alto. La discusión del fenómeno lleva, como he intentado de· mostrar con mi exposición, a problemas psicológicos que se refieren a posibilidades o imposibilidades tan fantásticas como las de la consideración del problema desde el punto de vista de la física. Si las autoridades militares hasta se sintieron en la obligación de establecer oficinas destinadas a reunir y examinar las observaciones sobre el fenómeno, la psicología, por su parte, tiene no sólo el derecho sino además el deber de aportar su contribución para aclarar este oscuro asunto.

La cuestión de la *antigravitación* que el fenómeno de los *ufos* ha planteado es un problema que yo debo dejar a la física, que es la única que puede decirnos qué posibilidades de éxito pueda tener semejante hipótesis. La concepción contraria, de que se trate de algo psíquico, dotado de ciertas propiedades físicas, parece aún menos verosímil, porque, en efecto, ¿de dónde podría provenir semejante cosa? Si ya la falta

de peso es una hipótesis discutible, la idea de algo psíquico materialización parece carecer de todo terreno firme en que apoyarse. Verdad es que la parapsicología conoce el hecho de la materialización. Pero semejante fenómeno está ligado a la existencia de un *medium*, o de varios, que deben aportar la sustancia ponderable y el fenómeno se verifica sólo en estrecho contacto con ellos. La psique podrá mover cuerpos, pero sólo dentro de la estructura viva. Que lo psíquico posea propiedades materiales y esté provisto de una gran carga de energía que le permita hacerse perceptible lejos de un *medium* humano, es decir, en el espacio, es algo que sobrepasa nuestros limites de comprensión. Aquí nuestro saber nos deja plantados y por ende resulta infructuoso especular en esta dirección.

Parece, empero, con todas las reservas del caso, que existe una tercera posibilidad: los *ufos* son apariciones materiales reales, entidades de naturaleza desconocida, que probablemente provienen del espacio cósmico y que quizá eran ya visibles desde mucho tiempo atrás a los habitantes de la Tierra, pero que no tienen ninguna relación reconocible con la Tierra o sus habitantes. Pero últimamente y en el momento en que la mirada de los hombres se dirige a los cielos, por un lado a causa de sus fantasías sobre un posible viaje al espacio, por otro, a causa, en sentido figurado, de la amenaza vital que pesa sobre su existencia en la Tierra, contenidos del inconsciente se han proyectado a los inexplicables fenómenos celestes y con ello le han dado una significación que en modo alguno merecen. Como desde la segunda guerra mundial parecen manifestarse con mayor frecuencia que antes, puede tratarse de un *fenómeno sincronístico*, es decir, de una coincidencia de significado. La situación psíquica de los hombres, por un lado, y el fenómeno de los *ufos* como realidad física, por otro, no se hallan en ninguna relación reconocible de causalidad, pero parecen coincidir significativamente. Su relación de sentido surge, por una parte, de la proyección; por otra, de las formas redondas y cilíndricas que corresponden a lo proyectado y que, desde que el hombre piensa, representan la unificación de los contrarios. Otra coincidencia igualmente "casual" es la elección de las divisas de los aviones en la Rusia Soviética y en los Estados Unidos. Aquí una *estrella roja* de cinco puntas; allá una estrella *blanca*. Durante alrededor de mil años, el rojo ha sido, por así decirlo, el color masculino, y el blanco el color femenino. Los alquimistas hablaban del *servus rubeus* (el esclavo rojo) y de la *femina candida* (la mujer blanca), que ellos unían, con lo que realizaban así la suprema unificación de los contrarios. Cuando hablamos de Rusia se nos viene a la memoria la expresión "padrecito zar" o el "padrecito Stalin", y se farfulla del matriarcado norteamericano, considerando que gran parte del capital norteamericano está en manos de mujeres; y no hay que olvidar aquí el *bon mot* de Keyserling sobre la *"aunt of the nation"*. Probablemente no estemos errados si admitimos que paralelos de esta clase tienen que ver con la elección del símbolo, por lo menos no en el plano de la causalidad consciente. Chistosamente —casi estaríamos tentados a decir— el rojo y el blanco son los colores nupciales; esos colores arrojan una luz divertida sobre Rusia en su papel de amante

rechazado o río escuchado de la *femina candida* de la Casa Blanca.

VII
EPÍLOGO

Ya había terminado mi manuscrito cuando cayó entre mis manos un librito que no puedo dejar de mencionar: *The Secret of the Saucers*[1], de Orfeo M. Angelucci. El autor es un autodidacto y él mismo se describe como hombre nervioso, que padece de “debilidad constitucional”. Después de desempeñarse en ocupaciones de diverso género, en 1952 ingresó como obrero en la Lockheed Aircraft Corporation, de Burbank, California. Según parece, no tiene cultura general, pero en las ciencias naturales posee conocimientos quizá superiores a los que cabría esperar en su caso. Es un italiano naturalizado en los Estados Unidos, ingenuo y —si las apariencias no engañan— serio e idealista. Hoy vive predicando el evangelio que le revelaron los platos voladores. Ésta es la razón por la cual me ocupo de su librito.

Su carrera de profeta comenzó el 4 de agosto de 1946, cuando observó un *ufo*, probablemente auténtico. Por el momento no se interesó en este problema. En sus horas libres trabajaba en un escrito titulado *La naturaleza de entidades infinitas*[2], que se publicó posteriormente en edición del propio autor. El 23 de mayo d 1952 se produjo el hecho que decidió su vocación: alrededor de las once de la noche, según dice, se había sentido mal y en la parte superior del cuerpo había experimentado una especie de comezón, como antes de una tormenta. Traba jaba por la noche y cuando, alrededor de las doce y treinta del mediodía siguiente volvía a su casa en automóvil, vio un objeto oval, rojo, resplandeciente, que flotaba a poca altura sobre el horizonte y que sólo él parecía observar. En un tramo solitario del camino que se elevaba un poco sobre el terreno circundante, vio, a corta distancia y cerca del suelo, en una posición más baja que la del camino, el objeto rojo y redondo que “palpitaba”. De pronto, el objeto se elevó en un ángulo de treinta o cuarenta grados, y con gran velocidad se alejó hacia el oeste. Pero antes de desaparecer, se desprendieron de él dos esferas de fuego verdes, de las cuales salió una voz “masculina”, que hablaba en “perfecto inglés”. Todavía podía recordar las palabras: “No tengas miedo, Orfeo. Somos amigos”. La voz lo invitó a abandonar el automóvil. Orfeo lo hizo y, apoyado en el automóvil, observó “a corta distancia” los dos objetos esféricos “palpitantes”. La voz le explicó que las luces eran *“instruments of transmission”* (es decir, una especie de órganos sensoriales y, por lo tanto, de transmisión) y que él se hallaba en comunicación directa con “amigos de otro mundo”. Luego la voz le recordó lo que había visto el 4 de agosto de 1946. Como de pronto se sintiera sediento, la voz le dijo: “Bebe de la copa de cristal que ves sobre el guardabarros”. Orfeo bebió y comprobó que se trataba “de la bebida más exquisita que jamás había saboreado”. Se sintió refrescado y fortalecido. Las dos luces estaban separadas entre sí por una distancia de alrededor de tres pies. Repentinamente palidecieron y entre ellas apareció una luminosidad “tridimensional”. Luego aparecieron la cabeza y los hombros de dos personas, un hombre y una mujer “being the ultimate of perfection”. Tenían ojos grandes, luminosos y, a pesar de toda su perfección sobrenatural, le resultaron figuras extrañamente conocidas y familiares. Lo contemplaron a él y toda la escena. A Orfeo le pareció que se hallaba en relación telepática con ellos. Cor la misma rapidez con

que había aparecido, la visión desapareció, y las bolas ígneas volvieron a adquirir su resplandor de antes. Oyó las palabras “La senda se abrirá, Orfeo”, y la voz continuó diciendo: “Nosotros vemos a cada uno de los habitantes de la Tierra tal como es y no como lo ven los sentidos limitados de los hombres. Los habitantes de tu planeta han estado bajo observación durante siglos, pero sólo ahora están sometidos a una revisión y reconsideración. Cada progreso que hace vuestra sociedad está registrado por nosotros. Os conocemos como vosotros mismos no os conocéis. Cada individuo, cada hombre, cada mujer y cada niño, está clasificado en nuestras estadísticas vitales, con la ayuda de nuestros cristalinos discos registradores. Cada uno de vosotros es infinitamente más importante para nosotros que para los habitantes de la Tierra, porque no conocéis el verdadero misterio de vuestra existencia… Nos une un sentimiento de fraternidad con los habitantes de la Tierra, a causa de un antiguo parentesco de nuestro planeta con la Tierra. En vosotros podemos ver muy atrás, en los tiempos pasados, y reconstruir ciertos aspectos de nuestro mundo anterior. Con profunda compasión y comprensión vemos cómo vuestro mundo sufre los dolores del crecimiento. Te rogamos que nos consideres sencillamente tus hermanos mayores”.

Luego la voz informó al autor que los *ufos* eran dirigidos, mediante gobierno remoto, por una nave madre. En realidad, los ocupantes de los *ufos* no tenían necesidad de estos aparatos. En su condición de seres “etéreos” sólo los necesitaban para manifestarse materialmente a los hombres. Los u/os alcanzaban aproximadamente la velocidad de la luz. “La velocidad de la luz es la misma que la de la verdad” (rápida como el pensamiento, pues). Los visitantes llegados del cielo eran inofensivos y estaban animados de las mejores intenciones. La “ley cósmica” impedía aterrizajes espectaculares. La Tierra se hallaba actualmente amenazada por peligros mayores de lo que se imaginaba.

Después de estas revelaciones, Angelucci se sintió aliviado y fortalecido. “Era”, según dice, “como si me hubiera elevado durante un instante por encima de la mortalidad y como si esos seres fueran afines a mí”. Cuando las luces desaparecieron, Angelucci tuvo la impresión de que su mundo cotidiano había perdido realidad y se había convertido en un refugio de sombras.

El 23 de julio de 1952, se sintió mal y no acudió al trabajo. Por la noche salió a dar un paseo y al volver y hallándose en un lugar solitario lo acometieron las mismas sensaciones que había experimentado el día 23 de mayo del mismo año. Conjuntamente con ellas se daba “the dulling of consciousness I had noted on that other ocassion”, es decir, la percepción de un *abaissement du niveau mental,* estado que constituye una de las condiciones previas más importantes para que se verifiquen fenómenos psíquicos espontáneos. De pronto vio ante sí, en el suelo, una forma nebulosa que resplandecía débilmente, como “una pompa de jabón”. Ese objeto cobró creciente solidez y Angelucci distinguió algo como una entrada, a través de la cual se veía un interior claro y resplandeciente. Entró en él y se encontró en un espacio abovedado, de unos seis metros de diámetro. Las paredes estaban hechas de una

“sustancia etérea, nacarada, iridiscente”. Frente a él había un cómodo sillón, hecho de parecida sustancia “etérea”. El espacio interior estaba vacío de toda otra cosa y silencioso. Angelucci se sentó en el sillón y tuvo la impresión de que estaba sentado sobre el aire. Era como si el asiento se acomodara a la forma del cuerpo. La puerta se cerró de tal manera que pareció que nunca hubiera habido allí una puerta. Angelucci oyó una especie de zumbido, un ruido rítmico, que era como una vibración y que lo puso en un estado de “semirrapto”. El espacio interior se oscureció y las paredes emitían música. Luego retornó la luz. Angelucci descubrió en el suelo un trozo de metal resplandeciente, como una moneda. Cuando lo tomó con la mano le pareció que desaparecía. Tenía la sensación de que el *ufo* lo transportaba. De pronto se abrió en la pared una ventana redonda de unos nueve pies de diámetro. Angelucci miró hacia afuera y vio un planeta, la Tierra, a más de mil millas de distancia, según le explicó una conocida voz. Lloró de emoción y la VOZ le dijo: “Llora, Orfeo…, nosotros lloramos contigo por la Tierra y sus hijos, a pesar de su aparente belleza, la Tierra es un purgatorio entre los planetas que han desarrollado vidas inteligentes. El odio, el egoísmo y la crueldad se levantan de la Tierra como una oscura niebla”. Luego se alejaron evidentemente por los espacios universales. Se encontraron con un *ufo* de unos mil pies de longitud y un diámetro de alrededor de noventa pies, hecho de una sustancia cristalina y resplandeciente. De él se irradiaba una música que aportaba visiones de planetas y galaxias que rotaban armoniosamente. La voz informó a Angelucci que los seres de su planeta (es decir, del planeta del otro) eran inmortales. Los que en la Tierra se afanan para librarse ¿e las tinieblas son sólo sombras mortales de aquéllos. Todos los seres de la Tierra estaban ya en la parte buena, ya en la parte mala. “Nosotros sabemos, Orfeo, en qué parte estás tú”. En virtud de su debilidad física, Angelucci tenía dotes espirituales que podían ponerlo en comunicación con aquellos seres del cielo. Comprendió que tanto la música como las voces salían de la gran nave espacial. Ésta se alejó lentamente y Angelucci observó en ambos extremos de la nave madre unos remolinos ígneos, que servían de propulsores; pero eran además medios de ver y oír “en virtud de un contacto telepático” (!).

En el camino de regreso, encontraron dos *ufos* comunes, que también se dirigían hacia la Tierra. La voz continuó instruyéndolo sobre la actitud de los seres superiores respecto de los hombres: éstos habían realizado progresos técnicos que no guardaban relación con los morales y psicológicos, y por eso ellos, los habitantes de otros planetas, se esforzaban por hacer que los habitantes de la Tierra comprendieran mejor su actual crisis y por ayudarlos a curarse. También querían instruirlos sobre Jesucristo. Éste era llamado, según le dijeron, alegóricamente el Hijo de Dios; pero en realidad era el Señor de la Llama (*Lord of the Flame*), una “entidad infinita del Sol” (*an infinite entity of the Sun*) y su origen no era terrenal. “Como espíritu del Sol, que se sacrificó por los hijos del dolor (los hombres)”, se había convertido “en parte del alma sobrenatural del hombre y en espíritu del mundo”. Eso lo diferenciaba de los otros maestros universales.

Cada hombre de la Tierra poseía un *Selbst* espiritual desconocido, que es superior al mundo material y a la conciencia y que existe fuera de la dimensión temporal, en plenitud espiritual, en el interior de la unidad del alma superior… La existencia terrena del hombre tiene como única finalidad restablecer la unión con la "conciencia inmortal". Bajo el ojo escrutador de esta "grande y compasiva conciencia", Angelucci se sentía como un "retorcido gusano…, impuro, lleno de errores y pecados". Y entonces volvió a llorar, en medio de una música que acompañaba a su estado de ánimo. La voz habló y dijo: "Querido amigo terrestre, ahora te sumergimos en la verdadera luz del mundo eterno". Resplandeció un blanco relámpago: su vida se extendió claramente ante los ojos y retornaron a él los recuerdos de todas sus existencias anteriores. Comprendió "¡el misterio de la vida!" Creyó que iba a morir, pues sabía que en aquel momento había sido transportado a la "eternidad", a un "mar intemporal de beatitud".

Después de esta iluminación, volvió en si. Acompañado por la obligada música "etérea", fue transportado de nuevo a la Tierra. Cuando abandonó el *ufo*, éste desapareció repentinamente sin dejar rastros. Al acostarse, poco después, experimentó una sensación de quemadura en el lado izquierdo del pecho. Encontró allí una marca del tamaño de un cuarto de dólar, un círculo inflamado, con un punto en el centro, señal que él interpretó como el "símbolo del átomo de hidrógeno" (!).

A partir de esa vivencia, Angelucci comenzó —fiel a su estilo— su predicación. Se hizo un testimonio, no del Verbo, sino del *ufo*, y sufrió desde entonces las burlas y la incredulidad que corresponden al mártir. El 2 de agosto del mismo año, por la noche, conjuntamente con otros ocho testigos, vio en el cielo un *ufo* común, que al cabo de un rato desapareció. Se fue entonces a aquel lugar solitario que ya conocía, pero no encontró allí ningún *ufo*, aunque sí una figura que exclamó: "Salud, Orfeo". Era la figura de una de las visiones anteriores, que deseaba que la llamara "Neptuno". Era un hombre maravillosamente hermoso, alto, con ojos extraordinariamente grandes y expresivos. El contorno de la figura se hallaba en un continuo movimiento ondulatorio, como agua encrespada por el viento. Neptuno le dio otras informaciones sobre la Tierra, sobre los motivos de sus lamentables condiciones de vida, y sobre su próxima salvación. Luego des apareció.

A principios de setiembre de 1953. Angelucci cayó en un estado de sonambulismo que le duró alrededor de una semana. Cuando recobró su conciencia normal, recordaba todo lo que le había ocurrido en su *absence*: había estado en un pequeño "planetoide", en el cual moraban Neptuno y su compañera Lyra, o mejor dicho había estado en el cielo, como Orfeo Angelucci podría representárselo, esto es, con muchas flores, balsámicos perfumes, colores, néctar y ambrosía, nobles seres etéreos y, casi ininterrumpidamente, música. Allí se enteró de que su amigo celeste no se llamaba Neptuno sino Orión y que "Neptuno" era su propio nombre, el de Orfeo, cuando todavía se encontraba en aquel mundo celestial. Lyra le mostró una atención particular, a la que él, el recuperado Neptuno, respondió, según su naturaleza

terrestre, con sentimientos eróticos, que provocaron gran horror en la sociedad celestial. Cuando, con algún esfuerzo, hubo superado esta reacción humana demasiado humana, se verificó una *noce céleste*, una unión mística, análoga a la *coniunctio oppositorum* de la alquimia.

Terminaré en este punto culminante la exposición de este *pélerinage de l'âme*. Sin el menor conocimiento de psicología, Angelucci tuvo la vivencia mística que se relaciona con la visión de los *ufos* y la describió con todas las particularidades que puedan desearse. No necesito tal vez agregar ningún comentario especial. La historia es tan ingenua y clara que el lector interesado en los problemas psicológicos puede comprobar sin más ni más cómo y en qué medida ella confirma mis indicaciones y conclusiones anteriores. Hasta se la puede considerar un *"document"* único sobre el nacimiento y la integración de la mitología de los *ufos*. Por esta razón he dejado la palabra a Angelucci.

La vivencia psicológica que está relacionada con la vivencia de los *ufos* consiste en la visión o leyenda de lo *redondo*, es decir, del símbolo de la totalidad y del arquetipo que se expresa en las configuraciones del *mandala*. Estas configuraciones surgen generalmente en situaciones caracterizadas, según lo prueba la experiencia, por la desorientación y la perplejidad. El arquetipo constelado representa un esquema de ordenación, que se impone en cierto modo al caos psíquico como una trampa psicológica o como un círculo dividido en cuatro partes, gracias al cual se asigna cada contenido su lugar propio; y el todo, que tiende a disolverse en lo indefinido, mantiene su confesión gracias al círculo que lo protege y lo abarca. En consecuencia, los *mandalas* orientales representan En la esfera del budismo mahayánico el orden cósmico, temporal y psicológico. Al propio tiempo forman los *yantras*, los objetos con cuya ayuda se establece el orden[1].

Como nuestro tiempo se caracteriza por la disociación, la desorientación y la perplejidad, esta circunstancia se expresa también en la psicología del individuo y precisamente en visiones fantásticas, que surgen espontáneamente, en sueños e imaginaciones activas. Desde hace cuarenta años he observado estos fenómenos en mis pacientes y, fundándome en tan copiosa experiencia, he llegado a la conclusión de que este arquetipo tiene una importancia capital y que adquiere importancia en la medida en que el yo como tal la pierde. Una situación de desorientación es excepcionalmente apropiada para rebajar el ya Desde el punto de vista psicológico, lo redondo y por lo tanto el *mandala* significa un símbolo del *Selbst*. En el aspecto psicológico, el arquetipo del orden *par excellence* es el *Selbst*. La configuración del mandala está condicionada aritméticamente, ya que todos los números son otros tantos arquetipos ordenadores de naturaleza primitiva. Esto es válido especialmente en el caso del número 4, la *tetraktys* pitagórica. Como en general el estado de confusión surge de un conflicto psíquico, también el concepto de *Dyas* (la dualidad conciliada) es decir, la síntesis de los opuestos, se relaciona empíricamente con el *mandala*, según lo muestra con claridad la visión de Angelucci.

La posición central confiere al símbolo un alto valor sentimental, que se expresa, por ejemplo, en la marca que aparece en el pecho de Angelucci. Los símbolos del *Selbst* coiciden con las imágenes divinas; por ejemplo la *complexio oppositorum* de Nicolás de Cusa coincide con la *Dyas*, o su definición de Dios *"Deus est circulus cuius centrum est ubique, cuius circumferentia vero nusquam"*[1], coincide con el "símbolo del hidrógeno de Angelucci. Éste no está marcado con la herida cristiana característica del Señor, sino con el símbolo del *Selbst*, o sea de la totalidad absoluta, Dios en el lenguaje religioso. De este contexto psicológico surge también el paralelo a la analogía alquímica de Cristo con el *lapis philosopborum*.

Este centro está frecuentemente simbolizado con el ojo; por un lado (desde el punto de vista alquímico) con el ojo del pez, siempre abierto; por otro, con el ojo de Dios, siempre despierto en la conciencia; o bien con el Sol que todo lo ilumina. La vivencia moderna es la experiencia psicológica de símbolos de este género: estos símbolos se presentan a la conciencia del hombre actual, no como una especie de fenómeno luminoso exterior, sino como revelación psíquica. Como ejemplo de ello quisiera presentar aquí un caso en el que una mujer (que no tiene la menor relación con los *ufos*) ha expresado, hace algunos años, en forma poética, su experiencia:

VISIÓN

Light strikes tbe pebbled bottom
Of o deep blue pool.
Through swaying grass
A jewel flickers, gleams and turns,
Demands attention, as I pass,
A staring fish-eye's glance
Attracts my mind and heart—
The fish, invisible as glass.

A shimmering silver moon,
The fish, assuming shape and form,
Evolves a whirling, swirling dande,
Intensity of light increasing,
The disk becomes a grazing golden sun,
Compelling deeper contemplation.

El agua representa las profundidades del inconsciente, en las cuales ha penetrado un rayo de la luz de la conciencia. Un disco danzante, un ojo de pez, no vuela hacia el cielo, sino que nada en las oscuras profundidades del adentro y abajo, y de él nace un sol que ilumina el mundo, un *ichthys*, un *Sol invictus*, un ojo siempre abierto que refleja el o jo del observador y que al mismo tiempo es algo propio y autónomo, un

rotundum que expresa la totalidad del *Selbst* y sólo conceptualmente puede distinguirse de la divinidad. El “pez” (*ichthys*), lo mismo que el “Sol” (*novus sol*) son *allegoriae Christi* que, como el “ojo”, representa la divinidad. En la Luna y el Sol aparecen la Madre divina y su amado Hijo, como aún hoy puede verse en muchas iglesias.

La visión de los *ufos* sigue la vieja regla y se manifiesta en el cielo. Las fantasías de Orfeo Angelucci aluden claramente a un lugar celestial y sus amigos cósmicos tienen nombres de estrellas. Si no son exactamente antiguos dioses y héroes, son por lo menos ángeles. El autor hace honor a su nombre: cree que su mujer, cuyo apellido de soltera es Borgianini, es una descendiente de los Borgia, de triste memoria, de manera que él, cuyos nombres aluden a los *“angeli”* y al anunciador del misterio eleusino de la inmortalidad, debe considerarse como un *nuevo Orfeo*, como un iniciador del misterio de los *ufos*, elegido por los dioses. Si su nombre es un seudónimo deliberadamente elegido, entonces bien puede decirse “è ben trovato”; pero si ese nombre aparece en su partida de nacimiento, el asunto se hace ya más problemático. Por cierto que hoy no podemos admitir sin más ni más que un mero nombre está ligado a una fuerza mágica. En ese caso habría que atribuir a su mitad conyugal, es decir, al *Ánima*, una correspondiente significación siniestra. La buena fe, intelectualmente un poco limitada, ingenua, de los que le prestaron crédito, podría verse atacada por la duda de que aquí ha intervenido *“a fine Italian band”*. Lo que a menudo no parece posible a la con ciencia puede sin embargo arreglado el inconsciente con la astucia de la naturaleza: *“ce que diable ne peut, femme le fait”*. Sea ello lo que fuere, el librito de Angelucci presenta un cuadro ingenuo que, precisamente por esto, muestra extensamente el fondo profundo e inconsciente del fenómeno de los *ufos* y, por lo tanto, para el psicólogo viene a ser como llovido del cielo. El proceso de *individuación*, tan importante para la psicología contemporánea, se expresa aquí en una forma simbólica, pero, de conformidad con la mentalidad primitiva del autor, lo hace concretamente con gran claridad y confirma así nuestras anteriores consideraciones.

Después de haber enviado ya este epílogo a la imprenta, vine a conocer el libro de Fred Hoyle: *The Black Cloud*[1]. El autor es el profesor F. Hoyle, una autoridad mundialmente conocida en el campo de la astronomía. Sus dos notables obras *The Nature of the Universe* y *Frontiers of Astronomy*, me eran ya conocidas. Son brillantes exposiciones de los entonces reo centísimos progresos registrados en la astronomía y demuestran que el autor es un pensador osado, de gran riqueza de ideas. Excitó mi curiosidad el hecho de que este autor hubiera recurrido al medio de la *fiction story*. En el prólogo, el propio Hoyle dice que el libro es a *frolic*, una diversión, y se defiende contra la posibilidad de que las opiniones de su héroe, un genial matemático, sean identificadas con las suyas propias. No es probable que un

lector inteligente caiga en este error. Pero como después de todo es Hoyle quien ha escrito este libro no puede uno dejar de preguntarse qué impulsó al autor a abordar el problema de los *ufos*. En su *yarn*, Hoyle narra cómo un joven astrónomo del observatorio de Mount Palomar, mientras busca Supernovae, descubre al sur de la constelación de Orión una oscura mancha circular en un denso campo de estrellas. Es un llamado *globulus*, una oscura nube de gas que, según parece, se mueve hacia nuestro sistema solar. Simultáneamente se descubren en Inglaterra pronunciadas perturbaciones en las órbitas de Júpiter y Saturno. Un genial matemático de Cambridge, el héroe de la historia, establece que la ca-usa de este fenómeno es una determinada masa que» según se ve después, se halla en el punto exacto en que los norteamericanos descubrieron la nube negra. Ese *globulus*, cuyo diámetro mide aproximadamente la distancia que hay de la Tierra al Sol, está constituido por hidrógeno de densidad relativamente elevada y se mueve directamente hacia la Tierra, a una velocidad de 70 kilómetros por segundo. Llegará a la Tierra en aproximadamente dieciocho meses. Cuando la oscura nube se encuentra en las cercanías de la Tierra, sobreviene en ésta al principio un terrible calor, que pone fin a gran parte de la naturaleza viva de la Tierra. Sigue Juego una extinción total de la luz y unas tinieblas que superan a las del antiguo Egipto y que duran alrededor de un mes; es una *nigredo*, como la que se pinta en la *Aurora Consurgens*, el tratado alquímico atribuido a Santo Tomás: *Aspiciens a longe vidi nebulam magnam totam terram denigrantem, quae hanc exhauserat meam miman tegentem*[1].

Cuando vuelve poco a poco la luz, sigue un terrible frío, que determina una nueva catástrofe de destrucción. A todo esto, el gobierno británico ha encerrado a las autoridades científicas competentes en laboratorios rodeados de alambres de púas donde, gracias a adecuadas medidas de seguridad, logran sobrevivir a la catástrofe. Mediante la observación de extraños fenómenos de ionización de la atmósfera, los hombres de ciencia llegan a la conclusión de que aquellos son provocados y de que, en consecuencia, en la nube debe de encontrarse un agente inteligente. Consiguen comunicarse con éste, mediante radiotelefonía y reciben una respuesta. Se enteran entonces de que la nube se ha formado hace quinientos millones de años y que ahora se encuentra en una fase de renovación. Se ha acercado al Sol para cargarse de energía. Por así decirlo, se nutre del Sol. Los hombres de ciencia vienen a saber que por ciertos motivos la nube debe eliminar toda sustancia radiactiva que podría dañarle. Quienes descubren esto son los observadores norteamericanos y entonces se bombardea la nube con bombas de hidrógeno, para “matarla”. Se comprueba mientras tanto que la nube se ha dispuesto como un anillo alrededor del Sol y que, en consecuencia amenaza a la Tierra con dos eclipses anuales de considerable duración. Naturalmente los ingleses quieren formular a la nube una gran cantidad de preguntas, entre ellas por cierto la pregunta “metafísica” sobre la existencia de un ser más grande, de edad aún mayor y de más profunda sabiduría y ciencia, que las de la nube, a lo cual la nube responde que ya ha discutido ese asunto con otros *globuli*, pero que

no logró saber más de lo que saben los hombres. La nube se muestra enteramente dispuesta a comunicar inmediatamente a los hombres sus conocimientos superiores. Un joven astrónomo se presta a realizar el experimento. Cae en un estado hipnótico, durante el cual muere por una especie de inflamación cerebral, antes de haber podido comunicar nada. Entonces el genial profesor de Cambridge se ofrece a su vez para realizar el experimento, con la condición —que la nube acepta— de que el proceso de comunicación se desarrolle mucho más lentamente. Así y todo, sucumbe a un delirio que termina con su vida. Pero la nube se ha resuelto a apartarse del sistema y buscar otra región de estrellas fijas. El Sol torna a emerger de su envoltura y todo vuelve a ser como antes, salvo la terrible destrucción de la vida en la Tierra.

No es difícil ver que el autor ha abordado el problema de los *ufos* característico de nuestra época; una forma redonda, proveniente del cosmos, se acerca a la Tierra y desencadena en ella catástrofes mundiales. Aunque la leyenda considera generalmente la catastrófica situación política de la Tierra en relación con la disociacióa nuclear como el motivo indirecto del fenómeno de los *ufos,* no pocas veces relaciona la aparición de los *ufos* con el peligro verdadero de una invasión de la Tierra por obra de habitantes estelares, invasión que podría dar un giro inesperado y por cierto no deseado a nuestra problemática situación. La singular idea de que la nube posee una especie de sistema nervioso, y en consecuencia una psique y la correspondiente inteligencia, no representa un descubrimiento original del autor, ya que las especulaciones en favor de la creencia de que los *ufos* participaron la hipótesis de un *“sentient electrical field”*, así como la idea de que los *ufos* se aprovisionan en la Tierra de algo, agua, oxígeno, pequeños seres vivos, etc., del mismo modo en que la nube se aprovisiona de energía solar. La nube redonda provoca un desencadenamiento de las marcas extremas de temperatura y una *nigredo* absoluta, un ennegrecimiento en el que ya pensaban los alquimistas. Descríbese así un aspecto característico de ese problemas psicológico que nace cuando la luz del día, la conciencia, se confronta directamente con la noche, es decir, con el inconsciente colectivo. Oposiciones de gran intensidad chocan las unas con las otras y de ello nace una desorientación y oscurecimiento de la conciencia, que puede asumir dimensiones amenazadoras, como las que podemos observar en la fase inicial de una psicosis. Hoy — le muestra este aspecto, es decir, la analogía con una catástrofe psíquica, en el encuentro que se verifica entre el contenido psíquico de la nube y la conciencia de las dos desdichadas víctimas. Así como la mayor parte de los seres vivos de la Tierra queda aniquilada por el choque con la nube, también la psique y la vida de los dos hombres de ciencia quedan aniquiladas por el choque con el inconsciente.

La redondez es por cierto un símbolo de totalidad, pero se presenta en general a una conciencia no preparada, que no comprende la totalidad, que tiene que comprenderla mal y que por eso no la soporta, porque la percibe sólo exteriormente, en forma proyectada y no puede integrarla como un fenómeno subjetivo. La conciencia es victima del mismo equívoco preñado de consecuencias de que es

victima el enfermo mental: interpreta el evento como un hecho exterior concreto, pero no como un proceso subjetivo (simbólico), con lo cual naturalmente el mundo exterior cae en un des orden sin esperanzas y sufre un verdadero colapso, ya que el enfermo pierde en gran medida su relación con el mundo mismo. El autor indica la analogía con la psicosis mediante el estado delirante del profesor. Este error de principio se desliza no sólo en el caso del enfermo mental, sino también en todos aquellos que consideran las especulaciones filosóficas o teosóficas como realidades objetivas y por ejemplo aducen el hecho de que ellos crean en los ángeles como una garantía que les permite afirmar que éstos existen también objetivamente.

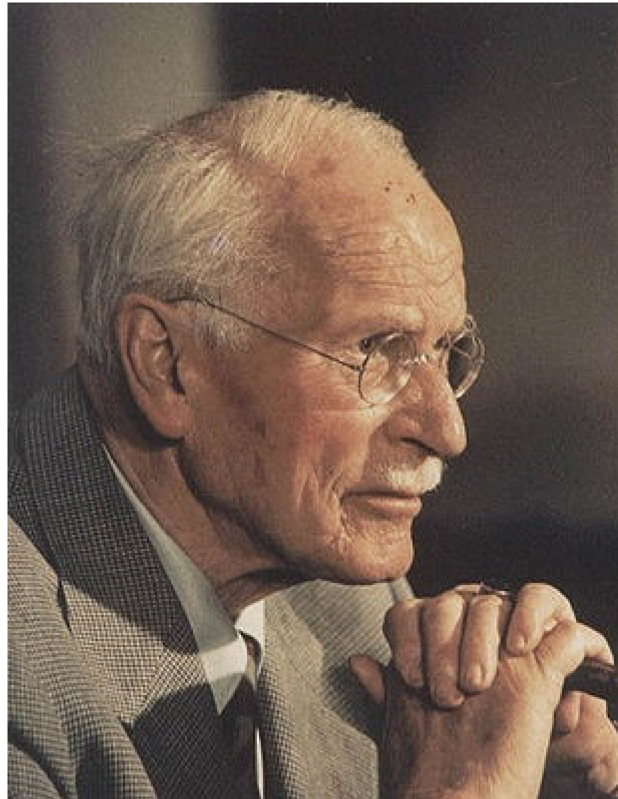
Es significativo el hecho de que precisamente el héroe de la historia, el matemático genial, sea alcanzado por la desgracia. En efecto, ningún autor puede evitar conferir a los héroes de su historia algunas rasgos de su propia persona y revelar así que ha investido al protagonista por lo menos con un aspecto parcial de sí mismo. Lo que ocurre al héroe le sucede simbólicamente también al autor. En este caso naturalmente es una circunstancia desagradable, porque no significaría sino que existe el temor de que un choque con el in consciente suponga el fin de la función más diferenciada. Es un prejuicio muy difundido, por así decirlo normal, el de creer que un examen profundo de los motivos y disposiciones inconscientes tenga inevitablemente como consecuencia una alteración fatal de la actividad de la conciencia. Pero a lo sumo puede resultar de tal examen una modificación de la actitud de la conciencia. Como en nuestra historia todo está proyectado hacia afuera, la humanidad y sobre todo la vida orgánica de la Tierra sufren grave daño. El autor no asigna importancia especial a esta circunstancia. Menciona el fenómeno, por así decirlo, como un producto accesorio, lo cual permite suponer una actitud predominantemente intelectual de la conciencia.

Acaso no del todo insensible a los centenares de bombas de hidrógeno que por su radioactividad podrían dañar de alguna manera su sistema nervioso, la nube se aleja así como había llegado. De sus contenidos no hemos aprendido absolutamente nada, salvo que, con referencia a un punto metafísico capital, sabe tan poco nosotros. A pesar de todo, su inteligencia se ha manifestado demasiado elevada para el hombre, lo que hace pensar en un ser divino o de la naturaleza de los ángeles. Aquí el gran astrónomo y el ingenuo Angelucci se dan la mano.

Desde el punto de vista psicológico, el relato describe contenidos fantásticos que, por su naturaleza simbólica, demuestran que provienen del inconsciente. Cuando se realiza una confrontación de este género suele darse por regla general un intento de integración. En nuestra historia ese intento se expresa en la intención que tiene la nube de colocarse largamente junto al Sol, para nutrirse de su energía. Psicológicamente esto significaría que el inconsciente cobra fuerza y vida uniéndose al Sol. El Sol no pierde ninguna energía, pero sí la pierden la Tierra y la vida que se desarrolla en ella y, por lo tanto, el hombre. El hombre tiene que pagar el precio de esta irrupción o —mejor dicho— evasión del inconsciente; es decir que su vida

psíquica corre el peligro de verse dañada. ¿Qué significa entonces —desde el punto de vista psicológico— el choque cósmico, esto es, el choque psíquico? Evidentemente el inconsciente oscurece la conciencia, ya que no se verifica ninguna discusión, ningún proceso dialéctico, entre los contenidos de la conciencia y los contenidos del inconsciente. Para el individuo, esto significa que la nube le sustrae energías solares, es decir, que el inconsciente sobrepasa a su conciencia. Esto equivale a una catástrofe general, como la que vivimos en el nacionalsocialismo o la que vivimos todavía en b inundación comunista, en la cual un orden social arcaico amenaza la libertad humana con la tiranía y la esclavitud. El hombre responde a esta catástrofe con sus "mejores" armas. Sea por este motivo o porque ha cambiado de idea (como parece ser el caso), la nube se retira a otras regiones. Psicológicamente esto significa que el inconsciente torna a hundirse en la lejanía de que había surgido, con una ganancia de energía. El balance no es satisfactorio. La conciencia humana y sobre todo la vida han sufrido daños incalculables a causa de un incomprensible *lusus naturae*, cuyo sentido escapa al hombre, a causa de *"a frolic"* de dimensiones cósmicas. Este último aspecto nos remite de nuevo a algo psíquico, que el presente no comprende. Verdad es que el aspecto ha desaparecido para los sobrevivientes, pero la existencia de éstos continúa en un mundo devastado: la conciencia ha sufrido una pérdida de la realidad de si misma, como si la pesadilla le hubiera arrebatado —y se hubiera llevado consigo— algo esencial. La pérdida sufrida en este encuentro consiste en que se perdió una ocasión única, que acaso no vuelva a presentarse, esto es, la posibilidad de una confrontación con los contenidos del inconsciente. Según la narración, se consigue establecer una comunicación inteligente con la nube, pero la transmisión de los contenidos de ésta es insostenible y determina la muerte de los que se sometieron a tal experimento, y no se llega a conocer absolutamente nada de los contenidos del más allá. El encuentro con el inconsciente termina sin arrojar ningún resultado. Nuestros conocimientos no se han enriquecido. Nos quedamos en el mismo punto en que estábamos ya antes de la catástrofe. Por lo demás, hemos perdido a lo menos una mitad del mundo. Los *pioneers* científicos, los representantes de la vanguardia, se mostraron demasiados débiles o demasiado inmaturos para recibir el mensaje del inconsciente. Sólo resta ver si este triste fin es profético o se trata tan sólo de una confesión subjetiva.

Si se compara todo esto con la ingenuidad de Angelucci se tendrá un valioso cuadro de la diferencia que hay entre una mentalidad inculta y una mentalidad científica y cultivada. Las dos ·desplazan el problema a lo concreto: una para hacer verosímil una acción salvadora del cielo; la otra, para convertir en diversión literaria una esperanza secreta o —mejor dicho— angustiosa. Las dos mentalidades, por diferentes que sean están afectadas por el mismo factor inconsciente y se siven de un conjunto de símbolos que en principio es el mismo, para expresar la presión del inconsciente.



La obra de CARL GUSTAV JUNG (1875-1961) es una respuesta al estado psicológico del hombre occidental de nuestra época. Su objeto privilegiado de investigación antropológica es el sentido vital de individuos y culturas. En consecuencia, sus posiciones filosóficas otorgan al individuo el valor que le corresponde, sin olvidar por ello ni el aspecto colectivo ni su faceta oscura.

Jung inició su trayectoria profesional como psiquiatra en 1900 y pronto unió sus esfuerzos a los de Sigmund Freud y los psicoanalistas pioneros, detentando la presidencia de la Asociación Psicoanalítica Internacional durante sus primeros cinco años (1910-1914). Disuelta su alianza con Freud en los tensos momentos que desembocaron en la Primera Guerra Mundial, no abandonaría sin embargo la hipótesis de lo inconsciente en su estudio de la psique humana. Puede decirse que Jung desarrolló aspectos abandonados por el Psicoanálisis clásico, fundamentalmente la propositividad o finalidad psicológica y el aspecto colectivo e histórico de la psique individual.

Es posible diferenciar varias etapas en la vida intelectual de Jung, una progresiva extensión y complejización de sus conceptos básicos. De 1900 a 1907 elabora su idea de complejo sentimentalmente acentuado, primer constructo teórico que permitió investigar experimentalmente la vida psíquica inconsciente. Entre 1907 y 1914 profundiza en su concepción de lo inconsciente, manteniéndose en contacto con el primer Psicoanálisis, que le repudiará posteriormente a causa de su idea de inconsciente colectivo, presencia en cada individuo de la historia de la especie. De 1914 a 1930 pone en pie su Psicología Analítica, elaborando una tipología y

definiendo una estructura y dinámica de la psique humana, orientada por un centro ideal, el sí-mismo, cuya realización en la biografía denomina proceso de individuación. Entre 1930 y 1944 investiga lo inconsciente colectivo intentando aprehender la lógica subyacente a la dinámica de los arquetipos que lo constituyen. A partir de 1944 hasta su muerte, en 1961, estudiará a fondo las raíces simbólicas de la especie humana desde esta perspectiva arquetipal, argumentando la hipótesis de una ley de acausalidad en la Naturaleza, la sincronicidad, que abre vías de exploración que comprometen por igual a físicos y psicólogos.

La vida profesional de Jung se extiende a lo largo de la primera mitad del siglo XX, de la *Belle Epoque* a la contracultura de los años sesenta. Su condición de ciudadano suizo le hizo testigo privilegiado de las grandes convulsiones europeas de esos tiempos, ya fueran científicas, artísticas, económicas o políticas. Como psicoterapeuta se enfrentó a las consecuencias en los individuos de las tensiones sociales que durante su vida fueron estableciendo los límites de la razón ilustrada. Pronto sus concepciones psicológicas, nacidas tanto de la práctica clínica como del estudio de la historia de la humanidad, desembocaron en una *Antropología simbólica*.

Como psiquiatra, ofreció la primera visión psicoanalítica de la psicosis y la posibilidad no sólo de comprender sino de curar esta grave perturbación anímica. Frente al nihilismo terapéutico que aún afecta a tantas tendencias psiquiátricas, mostró que la equivocadamente llamada *enfermedad mental* es el último intento de algunos individuos para no perder contacto con su naturaleza, con su sentido, con su verdad. Como psicólogo, ha ampliado considerablemente la comprensión de la psique individual al elaborar su hipótesis de un *inconsciente colectivo*. Frente a la atomización social, en la imagen junguiana del hombre cada individuo está relacionado por múltiples hilos al destino de la humanidad como un todo. Estableció igualmente una útil tipología caracterológica para entender las conductas y tensiones humanas habituales.

Como antropólogo, Jung juega un papel primordial en el estudio de la humanidad como fenómeno natural, delineando el proceso que se extiende desde la preeminencia de lo colectivo en los orígenes, al actual dominio de lo individual. Centrando su obra en los procesos de creación de símbolos, evidenció el papel que representan en la salud individual y colectiva. Como humanista, trabajó en profundidad sobre la *Mitología y el ámbito de lo religioso,* ofreciendo perspectivas originales que han arrojado nueva luz sobre los estudios culturales. Puede decirse que su obra es un entusiasta recorrido.por los múltiples ámbitos de la imaginación humana para captar su dinámica y límites, su economía psíquica en la creación de consciencia. Esta creación de consciencia, de significado, es para Jung el sentido del hombre.

Como científico de la Naturaleza, al presentar sus ideas de una materia psicoide y de la sincronicidad como significado objetivo, provee de instrumentos intelectuales para

encarar aquellos fenómenos que escapan a las ciencias mecanicistas, gracias a su concepción de un cosmos ordenado según principios que pueden ser explicados sin sacrificar los hechos de observación. Como filósofo, Jung es un autor fundamental para entender la relación Oriente/Occidente en la historia y el lugar de la *Filosofía Hermética* en el despliegue del imaginario occidental y su simbología, siendo por ello un defensor de la integración de la tradición frente a su rechazo y represión desde la propia mitología de la Modernidad.

Como fenómeno espiritual, Jung, junto a quienes trabajaron con él en sus investigaciones, es un heraldo del hombre universal imbricado en el cosmos. Carl Gustav Jung promovió siempre la libertad del individuo y el valor de la consciencia frente a la violencia del oscurantismo y el miedo. Su mensaje moral, ante las tensiones personales y sociales, coincide con el de toda psicoterapia dinámica, al subrayar la necesidad de asumir cada cual su propia sombra, es decir, los aspectos reprimidos e infradesarrollados en uno mismo. Jung invita a resolver en nuestro interior aquello que criticamos en el exterior, a fin de aumentar la responsabilidad individual en la solución de los diversos problemas colectivos. Pero frente al Psicoanálisis clásico, señala la base arquetipal de los procesos históricos que configuran los órdenes simbólicos, en cuyas redes prendemos nuestra consciencia individual.

Notas

[1] Objetos Voladores no identificados. *(N. del T.)*. <<

[1] *Weltwoche*, Zürich, 22. Jahrgang, n.º 1078, 9 de julio 1954, pág. 7. <<

[2] The Report on Unidentified Flying Objects, New York, 1956. <<

[3] Major Donald E. Keyhoe. U. S. Marine Corps, Retired, *The Flying Saucer Conspiracy*, London 1957, y *Flying Saucers from outer Space*; New York 1953. Véase también de Aimé Michel, *The Truth about Saucers*, London 1957. <<

[1] Prefiero el término “visión” al de “alucinación”, porque este último tiene una connotación patológica, en tanto que “visión” da la idea de un fenómeno que en modo alguno corresponde exclusivamente a estados enfermizos. <<

[1] Las esferas luminosas *verdes* observadas con frecuencia en el sudoeste de los Estados Unidos merecen mencionarse especialmente. <<

[1] A. Michel hace la observación de que aparentemente y por lo general quienes ven los *ufos* son personas que no creen en ellos o que son indiferentes al problema. <<

[1] *Flying Saucer über Südafrika*, Pretoria 1955. <<

[1] Véase sobre esto la esclarecedora exposición de Eugen Böhler: *Ethic und Wirtschaft* (Industrielle Organisation, Zürich. 1957). <<

[1] Las raras formas de cigarro de que se nos da cuenta tienen tal vez como modelo el *Zeppelin*. Es natural que la comparación con el falo, esto es, la traducción en lenguaje sexual, figure en el vocabulario popular, como por ejemplo la designación berlinesa de “Espíritu Santo” y la denominación directa del globo cautive entre los militares suizos. <<

[2] En sánscrito, *círculo*. <<

[1] *Uber Mandalasymbolik*, en *Gestaltungen des Unbewussten*, Zürich 1950, así como el capítulo “Das Selbst”, en *Aion*, Zürich 1951. <<

[1] El hombre verdadero o cabal. <<

[1] También se alude metafóricamente a Elías llamándolo *águila* que, desde lo alto, examina la in justicia de la Tierra. <<

[2] Representantes de las ciencias de la naturaleza suelen caer en el error, que nada justifica, de creer que yo entiendo los sustratos profundos psíquicos como “metafísicos” en tanto que inversamente los teólogos me reprochan que yo “psicologice” la metafísica. Ninguna de las dos afirmaciones da en el blanco, pues soy un empírico que se mantiene dentro de los límites impuestos por la teoría del conocimiento. <<

[1] Un informe sobre el caso ya clásico del capitán Mantell, habla de la semejanza del *ufo* con una *“Tear drop”* (lágrimas) y dice que éste se comporta como un líquido (*fluid*). Harold T. Wilkins: *Flying Saucers on the Moon*, London (sin fecha, ¿1954?), pág. 90. <<

[1] El falo no es un signo que indica el pene sino que, a causa de su pluralidad de significación, es un símbolo. <<

[2] *Kolpos*, caverna, golfo. *Enkolpios*, el que se encuentra en la caverna. <<

[1] Así como no hay prueba de que sean *sólo* psíquicos. <<

[1] Aquí debo rogar a los lectores que no caigan en el frecuente error que consiste en creer que estos estratos profundos son “metafísicos”. Esta idea es el producto de un grosero descuido en el que incurren hasta espíritus académicos. Se trata más bien de instintos que influyen no sólo en el comportamiento exterior sino también en la estructura psíquica. La psique no es una fantasía arbitraria, sino un hecho biológico subordinado a las leyes de la vida. <<

[1] *El espíritu como antagonista del alma* (N. del T.). <<

[1] El que está conmovido es el que conmueve (N. del T.). <<

[2] Véanse los trabajos de J. B. Rhine. <<

[1] E. Sievers (*Flying Saucers über Südafrika*), cita en la página 157 la hipótesis de Gerald Heard de que se trate de una especie de abeja marciana (*The Riddle of the Flying Saucers*, London 1950). Harold T. Wilkins (*Flying Saucers on the Moon*) cita un relato sobre una caída (lluvia) de hilos, que deben provenir de arañas desconocidas. <<

[1] Aimé Michel: *The Truth about Saucers*. <<

[2] H. T. Wilkins: *Flying Saucers on the Moon*, pág. 138. <<

[3] *Die Absicht*, la intención. *Die Sicht*, la vista (N. del T.). <<

[1] El perro sueña con pan; el pescador, con peces (Nota del Traductor.). <<

[1] *Affekte* (N. del T.). <<

[3] Con nombre y apellido. <<

[31] *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken*, Leipzig, 1903. <<

[1] Remito aquí al lector al libro de A. Jaffé: *Geistererscheinungen und Vorzeichen* (Rascher-Verlag, Zürich, 1958), que investiga hechos extraños en el hombre actual con referencia a su contenido mitológico. <<

[1] *Mago*, en el dialecto alemán de Berna. <<

[1] El ejército de Wotan (N. del T.). <<

[2] Ánimas benditas (N. del T.) <<

[3] Expresión suizoalemana para designar al íncubo o espectro de los corrales. <<

[1] Debo al doctor H. Y. Kluger, de Los Ángeles, la cortesía de haberme hecho conocer este sueño. <<

[1] Si la llamada “sombra”, es decir, la personalidad inferior, es inconsciente en grado mayor, entonces el inconsciente está representado por una figura masculina. <<

[1] Esther Harding: *Journey into Self* (New York 1956). <<

[1] No es en *“saucer addict”* y no conoce la literatura sobre los *ufos*. <<

[2] Seguidamente se alude muchas veces al simbolismo medieal, que quizá el lector no conozca. Este encontrará la necesaria información histórica en mi libro *Psicología y Alquimia* (Santiago Rueda, Buenos Aires, 1957, traducción de Alberto Luis Bixio) y en otros escritos. <<

[1] “Vine a echar fuego en la tierra…, etc.” (Lucas XII, 49). <<

[1] Con referencia a los cuerpos redondos, quisiera recordar aquí la “Noche de estrellas” (1889) de Van Gogh, sobre la cual algunos amigos me han llamado la atención. En el cuadro las estrellas aparecen como grandes discos luminosos, es decir, en una forma en la que nunca se manifiestan al ojo. El artista, hablando de su cuadro, emplea la expresión “ebriedad panteísta” o lo llama “la idea de una fantasía apocalíptica” y compara los discos estelares “con un grupo de figuras vivas, que son como nosotros”. Este cuadro deriva probablemente de un sueño. <<

[1] En la “time machine” de H. G. Wells, ¡hay tres columnas visibles, pero la cuarta sólo se percibe indistintamente! <<

[1] *Gesicht*, rostro y también visión (N. del T.). <<

[1] O bien lo contrario. <<

[1] Vacilación, interrupción, promesa, reiterado olvido, etc., forman los llamados signos del complejo. <<

[1] Sagittarius-Verlag, Pretoria, 1955. <<

[1] *Die Psychologie der Ubertragung*, Zürich. 1946, págs. 95 y sigs. <<

[1] Quien lo Puso cortésmente a mi disposición fue el señor van Houten, de Bergen, Holanda. <<

[1] Reproducido con el gentil permiso de la editorial Orto Müller, de Salzburg. De Hildegard von Bingen: *Wisse die Wege, Scivias*, traducido y arreglado por María Böckeler, Salzburg, 1954. <<

[52] Según las palabras de Hildegard. <<

[53] *Klecks*, mancha de tinta o pintura (N. del T.). <<

[1] Amhurst Press, 1955. <<

[2] El autor caracteriza el contenido como “Atomic Evolution, Suspension and Involution, Origin of Cosmic Rays”, etc. <<

[1] Sobre el problema de los fundamentos fisiológicos, véase R. W. Bash, H. Ahlenstiel y R. Kaufmann: *Uber Präyantraformen und ein lineares Yantra*, en *Studien zur Analytischen Psychologie*, de C. G. Jung, colección de escritos en ocasión del octogésimo cumpleaños, Zürich, 1955. <<

[1] Véase *supra*, pág. 39. <<

[1] Heinemann, London, 1957. <<

[1] Traducción: “Al mirar desde lejos vi una gran nube (o niebla), que cubría de negro toda la Tierra y que absorbió la que cabría mi alma…” (M. L. v. Franz: *Aurora Consurgens*, *Mysterium Coniunctionis*, vol. III, pág. 48). <<